

MARIA ESTHER ORTUÑO
DE AGUIÑAGA

Páginas escogidas

SELECCIÓN DE LA AUTORA

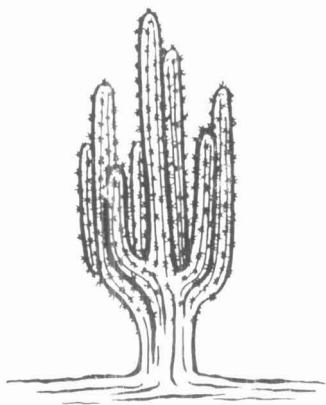


Foto: A. Torres D.

C A C T U S

11

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

MARIA ESTHER ORTUÑO DE AGUIÑAGA
Páginas escogidas



MARIA ESTHER ORTUÑO
DE AGUIÑAGA

Páginas escogidas

SELECCIÓN DE LA AUTORA

C A C T V S

11

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

ISBN 968-6194-02-9

COLECCION COMPLETA

ISBN 968-6194-56-8

0326-93028-A0047

Derechos reservados conforme a la ley

© 1993 Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Editorial Universitaria Potosina

MARIA ESTHER ORTUÑO DE AGUIÑAGA

Nació en la ciudad de San Luis Potosí, el 3 de marzo de 1913.

Durante ocho años fue colaboradora de El Heraldo con reportajes, entrevistas, fichas bibliográficas, etc. Formó parte del consejo de redacción de la revista Estilo, fue integrante de su Taller, y colaboró en la misma, de igual modo que en Letras Potosinas.

En la ciudad de México, fue colaboradora de la revista de Bellas Artes Mester, del grupo de Juan José Arreola; de la revista Mujeres, e integrante del Taller de Literatura de Fausto Vega, del de Juan José Arreola y del de Agustín Yáñez.

Fue autora de guiones de televisión para las series "Aprendiendo a Vivir", del Canal 8 de Televisa; "Ernesto Alonso presenta. . ." y "Leyendas de México", ambas de Alonso, en el Canal 2.

Durante veintiún años fue Supervisora Literaria de la Dirección General de Cinematografía de la Secretaría de Gobernación; durante nueve desempeñó la jefatura administrativa y la supervisión de la asesoría de

Difusión Cultural de la Comisión Federal de Electricidad.

Fue miembro de la Academia Potosina de Ciencias y Artes en aquella ciudad y miembro de la Asociación de Escritores de México.

Figura en 12 Cuentistas Potosinos Contemporáneos, "Bajo el ángulo de Letras Potosinas", con prólogo de María del Carmen Millán, 1959; en Anuarios del Cuento Mexicano, del Instituto Nacional de Bellas Artes, 1960, 1961 y 1962; en Girándula, Siete Autoras, Veintiuna Historias Recurrentes, Tres en el Haber de Cada Una, con el Aval de Agustín Yáñez, Editorial Porrúa, S. A., 1973, y en Asechando al Unicornio, La Virginidad en la Literatura Mexicana, Selección, estudio y notas de Brianda Domecq, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Radica en la ciudad de su nacimiento.

FIN DE LA ZOZOBRA

Al instalarse en la nueva pensión creyó gozar al fin de reposo. Llegó el anochecer. El barrio era muy transitado y ninguna persona se fijaba en otra; pero en la calle tuvo a menudo la impresión de que los ojos de cada una lanzaban dardos de acusación en su contra.

En la pensión se registró con cualquier nombre y dijo ser escritora en busca de un lugar apacible para realizar su trabajo.

La conserje de la hospedería, vieja y miope, la acompañó hasta dejarla instalada. En tanto que subieron la escalera que conducía al cuarto piso, la vieja no paró de hablar.

— Verá que le acomoda. Los ruidos de la calle ¡qué esperanza que lleguen! Lo único que usted percibirá serán los pasos en la escalera, como ve, es de cedro macizo y el pasillo de alfombra no ha sido repuesto; aunque durante una semana sólo usted transitará por ella cuando guste, los demás inquilinos son empleados públicos y aprovechan ahora sus vacaciones visitando otras ciudades. Todos son personas honorables, no debe preocuparle si la puerta de su cuarto queda asegurada con llave o alguna vez falta el cerrojo interior.

Ella escuchaba con el anhelo vehemente de que todo fuese verdad, de haber conseguido ahora un refugio efectivo, de que ellos hubieran perdido sus huellas para siempre.

Cuando llegaron a la habitación la conserje se despidió con amable sonrisa:

—De veras, creo que su estancia aquí va a satisfacerle del todo.

Ella agradeció las palabras.

La alcoba estrecha y deteriorada contaba con lo indispensable: una lámpara colgada del techo, cama, buró, guardarropa, una mesa pequeña y una mecedora. Apenas quedó sola cerró la puerta con llave, echó el cerrojo adicional, se despojó de abrigo y gafas, hizo a un lado los mocasines, apagó la lámpara y se tendió en la cama.

El cansancio, la tensión sufrida por sabe Dios cuánto y la esperanza de estar al fin en lugar seguro, le ayudaron a conciliar el sueño. Mas la zozobra persistía, imágenes oníricas siguieron a la inquietud de la vigilia. Ojos amenazantes, dedos acusadores, enormes oídos sordos a su grito exacerbado de ser inocente.

Un quejido de alguien que estuviera muy cerca la despertó.

Temerosa estuvo escuchando. No volvió a percibirlo. Cuando se dio cuenta pudo advertir que provenía de los resortes de la cama gastados y resecos.

Ahora que estaba a salvo, pensó, debería recordar sucesos amables, momentos felices de otros días que

aparecían tan lejanos, anteriores a su continuo peregrinar de pensión en pensión, siempre acosada por la amenaza.

Empezó a recobrase. Abrió lentamente los ojos. La oscuridad era profunda y el sobresalto no se hizo esperar.

Como si la confianza momentánea de una paz duradera infundiese vitalidad a su memoria, cada detalle aparecía con mayor nitidez, inmediato, tortuoso, lleno ahora de malignas significaciones, y otra vez, como en aquellas horas cruciales de su vida, comenzaron a sacudirla los sollozos.

Debo sobreponerme, se dijo con desesperación. No pudieron seguirme, tomé precauciones, ignoran que estoy aquí.

Una idea llegó como latigazo:

¡La vieja, la vieja es uno de ellos, en cuanto me dejó fue a delatarme! Recordaba la insinuación intencionada de que no importaría cerrar la puerta.

Torpemente, pegada a la pared, empezó a buscar el encendedor de la lámpara. Repasaba la voz melosa de la conserje: "De veras creo que su estancia aquí va a satisfacerle del todo." ¿Qué alcance demoníaco tendrían sus palabras?

Avanzaba con una mano en la pared, con la otra tocó la mesa, entonces se orientó. Siguió avanzando. La luz la tomó de sorpresa y lanzó un gemido de impotencia, pero su mano permanecía allí en el botón eléctrico. Estaba sola en la habitación, sin embargo en

un impulso fue a revisar el armario y a mirar bajo la cama.

Quiso acostarse de nuevo y sus nervios le exigieron estar en movimiento. Comenzó a caminar, a girar en la pequeña cárcel. No apagaría la luz, la oscuridad daba vida a ojos y palabras que clamaban castigo. ¿Sus propios pasos la habrían llevado allí para recibirlo? Soy inocente, se escuchó gritar, pero la imagen de otros oídos sordos se le presentó irremediable.

Fue a cerciorarse de que la puerta seguía cerrada con llave. El pasador adicional aseguraba la protección del cuarto. Se encaminó a la mecedora. Junto a ella se detuvo alerta. Unos segundos conservó su mente en silencio; pero no se engañaba: pies pesados, lentos, seguros, subían por la escalera sin alfombra. Pasos resueltos como deberían ser los de cualquiera de ellos. Un paso tras otro, espaciado, sólido, lleno de intención.

No tuvo fuerza para seguir de pie y lentamente sentóse al borde de la mecedora. Sus manos tensas se adhirieron a sus muslos buscando amparo. Uno, dos. . . Uno, dos. . . Un paso y siempre otro paso. Cada uno atormentaba sin misericordia. ¿Cuántos escalones podría soportar? Quiso levantarse y la rigidez de sus piernas se lo impidió.

Los pasos golpeaban cerca. Sentía la sangre detenerse en sus arterias. El terror la enajenaba. En helada inmovilidad esperó. Sólo un paso más y cualquiera de ellos estaría ante su puerta. . . ¡Ahora estaba allí! Las

manos aflojaban la presión sobre los muslos y cayeron a los lados como badajos de campanas que doblan.

La mecedora al recibir el cuerpo laxo inició un ir y venir acompasado y violento, que fue decreciendo hasta convertirse en vaivén sedante, como la soledad no interrumpida de la escalera desde la víspera, cuando la conserje la dejó en el preámbulo de su negada liberación.

Desmadejada, inerte, ya sin zozobra, frente a la puerta asegurada con llave y cerrojo interior, ella permanecía sin vida en la mecedora, impulsada aún en lento balanceo.

EL DIALOGO

Matilde abrió la puerta de la casa y los hombres entraron a través de la estancia llevando a Pablo en la camilla, ella les señaló el sillón de felpa verde que Pablo acostumbraba ocupar cuando leía el periódico y saboreaba café y cigarrillos y ahí fue depositado.

Apenas los hombres salieron Matilde lo contempló con asombro. Nada quedaba del marido arrogante y apuesto en aquel fardo sin alma ajeno a lo que le rodeaba. Ahora, tras el lapso en que los sucesos rompieron la rutina, él y ella volverían a dormir bajo el mismo techo.

Matilde se acomodó en el diván frente al recién llegado, cuya actitud ausente y grotesca pinchaba en ella los recuerdos de aquella tarde, la última de tantas tardes, el final de innumerables momentos en que puso en tela de juicio la lealtad de Pablo. En que la maraña de la irrealidad la había ido atrapando. La duda se derrumbó en certeza, la certeza en tormento y el tormento en aquel ser anodino echado como quiera sobre el sillón de felpa verde.

Con sollozos entrecortados Matilde imploró cle-

mencia. Besaba las manos de Pablo y se asía desesperada a una justificación: Creyó que él había dejado de amarla, el fastidio sin recato de Pablo ante sus manifestaciones vehementes y asiduas de cariño; las ausencias frecuentes por negocios que ella atribuyó a despego; ¡la posibilidad de que otra mujer...! Los fantasmas fueron creciendo, la desesperación armó su mano y ya no fue dueña de su desbocado proceder.

Testimonios de arrepentimiento salían a raudales a sabiendas de que iban a estrellarse en la idiotez de Pablo.

En el hospital el diagnóstico fue preciso: secciones vitales del cerebro habían sido destruidas por la bala; la capacidad mental del hombre quedó como la de un recién nacido.

El tiempo, el infinito tiempo fue testigo de la lealtad de Matilde junto al enfermo. Sentada cerca, leyó libros y terminó incontables labores de aguja.

Los ojos del demente permanecían fijos en un punto y, sin embargo, a veces seguían objetos en movimiento: Matilde, o una mosca que volara; pero un día la mujer creyó advertir que la expresión era distinta si la fijaba en ella y no en las moscas. Comenzó a obsesionarle la diferencia. Culebrillas de hielo le corrían por el cuerpo cuando la mirada de Pablo le caía encima. Evitó verle a la cara, mas su esfuerzo provocó que la tuviera siempre presente a cada paso, a cada minuto, y acabó condensándola en sí misma, hasta ser igual descubrirla en su espejismo o en el cuerpo de Pablo.

A pesar del diagnóstico, creía ver el odio en aquellas pupilas y entendía su parlamento: la injuriaban, le lanzaban escupitajos de ira.

Agobiada Matilde abandonó la lucha y se sentó para siempre frente a su marido. Lo aceptó como expiación.

Diálogo interminable entre el *Yo acuso* y el *Soy culpable* era interrumpido tan sólo cuando Pablo dormía, porque si las fatigadas pupilas de Matilde pedían dormir o volverse a otro lado, los ojos del hombre aullaban mudas imprecaciones que exigían ser oídas.

Ahora él permanece dormido. Ella, en el diván, quiere disfrutar la tregua. Sus músculos van relajándose. Los ojos cerrados. La conciencia en suspenso. Reposará hasta que el sexto sentido le anuncie el despertar de Pablo.

El inválido se mueve pesadamente. Matilde levanta la cabeza. Sus facciones se tornan rígidas. Sentada, apoya las manos con fuerza en sus propios muslos.

Los párpados de Pablo se van abriendo con lentitud. Su mirada acuosa, inexpresiva, se prende en lo primero que está delante: la cara de su mujer.

Ella lanza un gemido de impotencia.

Con la tenacidad de la ceguera, los ojos de ambos reanudan su diálogo en el infierno.

PASOS DE AMOR Y MUERTE

Las pisadas de Melchor caían en los tepetates como golpes de marro.

Un paso y otro paso, con firmeza de quienes llevan en sí la victoria, avanzaban hacia la casa de las Valdivia.

Rosaura y Estefanía, cada una desde su cama, calculaba por el oído la distancia de las pisadas. El pulso les latía con apremio.

Un domingo al salir de misa vieron a Melchor frente a ellas.

Ambas sintieron cómo el deseo del hombre se les untaba en cada porción del cuerpo.

Inquietud y zozobra acosaron desde entonces a Rosaura y Estefanía; marchaban por los corredores, por la cocina, por el huerto sin mirarse a la cara. Desconfianza y recelo fueron armando la estructura del odio.

Ahora cada una desde su cama escuchaba los pasos y medía por el latir de su sangre la proximidad del hombre.

¿Por cuál de las dos habría emprendido el camino?

La puerta se abrió con cautela.

El oído de las Valdivia agudizó su percepción.

En reclamo amoroso Melchor pronunció el nombre.

Vibraciones de complacencia respondieron a su llamado.

De la otra cama se desprendió una sombra.

La oscuridad ocultó el rictus amargo y el sigilo, el rumor de las pisadas. Pisadas de rencor. Sigilo cargado de intenciones.

La sombra se detuvo brazo en alto y la ira se desplomó en tormenta.

El jadeo amoroso de dos cuerpos entrelazados fue decreciendo mientras la hoja del acero se hundía . . . se hundía . . .

LA INFINITA TAREA

Esteban despertó más temprano esa mañana. Se proponía realizar modificaciones en el jardín ahora que la temporada de lluvias tocaba a término.

Fue al vestíbulo y abrió la puerta. Bañado por la brisa encaminó sus pasos hasta el centro del huerto. Aspiró con glotonería y después de retener el aire unos segundos lo expelió lentamente.

Miró a su alrededor. Empezaría por los crisantemos y las dalias. Era indispensable remover la tierra para conseguir floración en los próximos meses.

Se dirigió al ángulo del terreno en donde se encontraba la bodega de las herramientas. Muy cerca de la entrada encontró una guía de madreSelva obstruyendo el sendero. El alambre correspondiente se desprendió por un extremo del emparrado y colgaba junto a la guía.

Esteban apartó la rama; pero el alambre no fue doblgado por sus manos. Traería las pinzas de la bodega para enmendar el desperfecto. Entonces recordó que en días pasados las había utilizado para retirar un

clavo de una pared en la alcoba del segundo piso y olvidó regresarlas a su lugar, así que subiría a traerlas.

Entró en la casa. Con agilidad fue subiendo los escalones de dos en dos. Lo esperaban muchas tareas en el huerto y la lluvia no terminaba de hacer visitas.

Mientras subía reflexionó en una labor imprescindible, la limpieza de los rosales: eliminar de ellos la "mancha negra" que no hubiera evitado el fungicida. Apenas subió y ya estaba en el jardín inspeccionando los rosales. Revisó cada planta y con satisfacción pudo advertir la ausencia de plaga.

Sus rosales habían ganado premios en exposiciones y elogios en la prensa especializada. Era indispensable aplicar la dosis de abono. En la bodega guardaba lo necesario.

Se dirigió a la bodega. El alambre desprendido del emparrado le pinchó una pierna. Necesitaba las pinzas para volver el alambre a su sitio y en días pasados las utilizó en la alcoba de la segunda planta para extraer un clavo de la pared.

Regresó a la casa e inició el ascenso. Subía con pasos que denotaban decisión y entusiasmo. Quizá la lluvia le diera tiempo de revisar el drenaje, pues si el riego pasa demasiado rápido hay que hacer hundimientos alrededor de la planta y zurcos de retención y si el riego pasa demasiado lento, es necesario acercar arena de tezontle para impedirlo. La lluvia no debería sorprenderlo sin haber arreglado estos detalles.

Ya en el escaño superior se apresuró a salir y fue

hacia la bodega por la herramienta. El alambre colgaba rebelde a un lado del sendero. Las pinzas estaban en la alcoba de arriba. Regresó a la escalera. Ascendía la escalera con menos celeridad de la que se creyó capaz. Se solazaba con el convencimiento de que el jardín era la razón de su vida. El mismo calor que ponía en el cultivo de las pequeñas frisias, lo prodigaba a las margaritas, los lirios y las crisantemas, pero indudablemente por los rosales se acentuaba su inclinación, tal vez porque ellos fueron los primeros que alegraron el terreno contiguo a sus habitaciones. Debería enfatizar el colorido del prado en que los cultivaba.

Una vez arriba, la idea de alfombrar con arena roja el prado de los rosales, lo empujó a salir al jardín. Fue hasta el montón de arena colorada, mas no era posible hacer tantos viajes como paladas fuesen necesarias; sacaría una carretilla de la bodega.

Esteban atravesó el huerto en diagonal para ahorrar tiempo, el agua podía soltarse de uno a otro momento. ¡Oh descuido, la guía de la madreselva no se libró del zapato de Esteban!, éste lanzó una maldición. Intentó atar la guía al alambre suelto del emparrado, pero era más fuerte que sus propias fuerzas. Necesitaba las pinzas, subiría por ellas al segundo piso, en días pasados las utilizó allá y no las trajo a su lugar en la bodega.

Sus pasos avanzaban lentos por la escalera; mientras tanto llegó a la conclusión de que el mayor porcentaje de la belleza del jardín, residía en la dota-

ción acertada de nutrientes, que él proporcionaba a las plantas; el nitrógeno para las hojas y los tallos; el fósforo para las semillas y los frutos, y el potasio esencial para las raíces y todas las células. Siempre eran precisas las sustancias en este orden: nitrógeno, fósforo y potasio.

Levantó la mirada hacia el término de la escalera, le pareció que ahora no tenía fin; apoyándose en el pasamanos continuó ascendiendo. El abono lo preparaba él mismo de acuerdo con la fórmula. En una ocasión lo compró enlatado y sólo provocó el debilitamiento de las casuarinas. Entró en la recámara del segundo piso, pero el interés por las casuarinas lo condujo a largos pasos hasta ellas. El veneno comenzaba a ser eliminado, el follaje lucía casi normal. Sólo otra aplicación de superfosfato de cal para terminar el tratamiento.

La fatiga lo agobiaba. Descansaría tendido en la hamaca, luego a reanudar su infinita tarea; la guía de la madre selva estaba en el suelo y un alambre se hallaba en el emparrado.

LAS VOCES RONCAS

Toda la vida quise tener un hijo. Nunca lo había dicho, podría pensarse que deseaba pecar, ya ve cómo es la gente.

Ahora ese hijo está en mis extrañas y nadie hablará mal, nace de mi pureza y de la gracia de un santo.

Me trajeron aquí para que me atiendan bien y no haya dificultades a la hora de la hora. Vea mi vientre, cada día crece. ¿La colcha doblada bajo mi falda? Eso es aparte, mi hijo está aquí. Tengo que abrigarlo bien, puede sentir frío aunque lo cobije mi carne. Chist. . . Ahora despierta, empieza a moverse. A la ro ro niño de mi corazón. Duérmete mi cielo, duérmete mi amor.

¡Mírelos. . .! ¡Mírelos! ¡Jesús me ampare! ¡Otra vez esos animales! Salen de abajo, corren por el piso, suben a mi silla. No, ¡qué van a ser ratones! Los conozco bien. ¿O es que usted está de acuerdo con ellos para hacer mi desgracia? ¡Fíjese. . .! ¡Son ajolotes! Los ajolotes son malvados como los hombres, también ellos deshonran a las mujeres. ¡Malvados, como los hombres!

¿A usted le gustan los hombres? Yo les tengo miedo

y asco. Cuando voy por la calle siento sus pasos detrás. Pasos pesados, aplastantes. Pasos seguros que avanzan, avanzan, avanzan. Yo camino aprisa y un calosfrío corre por mi cuerpo cuando adivino sus brazos peludos, tirantes para atraparme. Entonces oprimo esta medalla de la Inmaculada, ¿la ve? es de plata pura. La llevo desde que profesé en la Congregación de Hijas de María. Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan grandiosa belleza. Me gusta esta alabanza, ¿sabe? se canta después de rezar el Oficio.

¡Ay, siempre he procurado ser como la Virgen María, pura, casta, limpia de pecado! Porque los pecados son como ajolotes que entran en el cuerpo y con babas nos ensucian el alma.

¿Ha visto su alma? Yo he visto la mía, es una paloma con cara de niña y vive aquí dentro de mi pecho; es blanca, pero si la mancharan los pecados no entraría jamás al cielo. Ella me habla siempre y tiene la voz muy dulce, en cambio, las Tentaciones tienen voces roncacas, yo creo que tienen bigotes. No las conozco, pero me hablan con frecuencia: Duerme . . . Duerme . . . Duerme . . . Quieren que el sueño llegue a mis ojos y no pueda defenderme de los ajolotes; yo me pongo lista y los abro a la fuerza. Si no supiera que las Tentaciones quieren mi desgracia, les hubiera hecho caso el otro día del camión: "No retires tu pierna de la mano de ese hombre, te gusta su caricia, déjala ahí, acércate más" y yo me acercaba. Entonces la voz ronca del hombre, igual a la voz de las Tentaciones dijo: "Va-

mos a dar un paseo”, sus caricias mataban mis fuerzas. Iba a decir “Sí”, cuando de lejos llegó el sollozo de mi alma.

Jalé el cordón y el chofer paró. Corrí por la calle, no estaba lejos la soledad de mi casa. ¿Usted conoce la soledad? Es una niebla delgada y fría que nos envuelve y a través de ella vemos otra niebla que la circunda, y luego otra, y otra más y ninguna voz las traspasa porque las voces que deseamos oír no existen. El frío de las nieblas nos entra en los huesos. Un llanto sin lágrimas nos cubre por dentro, y se busca la compañía de un hijo y el hijo no existe; para tenerlo hay que pecar. Con palabras que no se escuchan, porque están dentro del alma, imploramos el gran milagro y el milagro nos es concedido al fin. Sí, sí, el milagro se hizo en mí, imagínese, a través de la luz opaca de las nieblas lo ví llegar humilde y bondadoso como siempre, bajó de su nicho en la Iglesia de Nuestra Señora y fue a visitarme para deshacer mi soledad; en cuanto estuvo cerca se realizó el portento, nomás puso una de sus manos sobre las mías, bañó de ternura mis ojos con sus ojos y dijo en un susurro: “Lo que anhelas con tanta fe Dios te lo concederá.” Se me llenó el alma de paz, los ojos de frescura y un rayo de luz penetró en mis entrañas. . .

Volví los ojos a la imagen de la Santísima Virgen con el niño en brazos, ella me sonrió complacida y entendí en su grandeza las palabras de mi santo, yo iba a ser madre y, a semejanza de la de Dios, había concebido sin mancha.

El padre de mi hijo es él. Descendió de su nicho, fue hasta mi casa, desvaneció las nieblas y sacó el frío de mis huesos porque con su mirada dio vida al fruto de mi vientre. En la Iglesia de Nuestra Señora lo he contemplado siempre llena de felicidad. Creo que el Señor se dio cuenta y me concedió la inmensa gracia. "Señor y Dios Infinito, vuestro nombre sacrosanto sea en todo el orbe bendito, y todos con dulce canto digan levantando el grito: ¡Oh Dios Santo, Santo, Santo!"

REQUIEM

La sala está llena de visitas. Desde aquí, junto a tu féretro, las he visto llegar. Las gafas oscuras libran mis ojos de miradas indiscretas y puedo pasearlos sin tropiezo.

Todos son nuestros vecinos. Han traído para ti coronas y rezos, y para mí compañía y palabras de aliento.

Olvidaron tus desaires, tus palabras hirientes, tu profundo desprecio. Como si ellos nos hubiesen obligado a vivir en su barrio; a soportar carencias de lujos y frivolidades, y no tu insaciable egoísmo, madre, tu infinito deseo de distracciones onerosas que la decorosa herencia de papá no pudo soportar.

Elena estuvo a darme el pésame. ¡Qué saludable sensación de vitalidad me comunicó su presencia! Conserva su juventud y su elegancia. Por un momento me creí en el pasado; pero advertí mi mano rugosa entre las suyas y de golpe retorné a la verdad.

Madre, yo hubiera sido como ella, quizá mejor. Los compañeros de la universidad me preferían, aseguraban que yo ganaba en belleza y talento. ¿Por qué

tuve que abandonarlo todo? ¿Fue justo someterme a tu mandato?

— Lydia, hijita, mis compromisos sociales me impiden atender a la abuela enferma; ella te llama con insistencia; recuerda que eres su nenina del alma. Pronto morirá y podrás retornar a tus estudios.

Tu autoridad melosa y mi cobardía se unificaron y días sin fin me encontré sepultada entre toses asmáticas y conatos de asfixia.

Mientras tanto, tú luchabas con denuedo, con desesperación para conservarte joven y atractiva. Adquirirías joyas y vestidos caros para conservar en tu ambiente social un lugar de preferencia.

El dinero ocioso no se reproduce y las reservas fueron llegando a su fin. ¡Cuántos gritos de rabia, cuántas injurias a papá por su mediocre patrimonio tuve que soportar! La realidad tajante estaba a nuestros ojos y empezó el desahucio de objetos de valor para proveer nuestra subsistencia. . .

Luego la venta de la casa y el guarecerse en este barrio alejado y modesto.

Cuando murió la abuela me sentí liberada. Regresaría a la universidad. . . a mis compañeros. . . a la vida; pero tú, madre, incapaz de afrontar la situación, de resistir tus fracasos, te refugiaste en supuestos achaques.

— Lydia, hijita, ahora que la abuela se ha ido debes consagrarte a cuidarme. No saldré más de casa, no soporto la humillación de vivir entre la plebe y el opro-

bio de la miseria que nos rodea. Tengo los nervios hechos trizas. Las personas sensibles somos así.

Y con tu frustración a cuestas te encerraste para hablar sin descanso de tus virtudes y de la injusticia divina.

Entonces en mi vida sombría surgió Roberto. Me contagiaba su euforia y su fe en el porvenir.

—No soy rico, Lydia, mi título profesional es reciente. Lucharé, la vida es hermosa. Mi amor por tí hará milagros.

¡Qué ardid tendiste, madre, para contrarrestar mis anhelos! ¿Cómo refutar tus argumentos sin sentirme ingrata?

—Yo me sacrifiqué tantas veces por cuidarte. Fui-te una niña traviesa, insoportable. Por tu alegría desbocada sufrías accidentes; me dabas disgustos, preocupaciones. Por tí, pequeña, hice lo que sólo una madre perfecta es capaz de hacer. Tus enfermedades infantiles significaron desvelos, días de angustia y ahora te pido un pequeño sacrificio: aplaza tu matrimonio unos meses, estaré bien.

Y allí seguiste postrada en el trono de sábanas ajadas y almohadones marchitos.

Bajo el disfraz de inválida fue más poderoso tu dominio. En vano mis intentos de rebeldía. Mis intereses no contaban. Roberto esperó más de lo prudente mi decisión de aceptarlo.

Imposible el tiempo para estudiar. . . para salir. . . para amar. . .

La "enferma" apremiaba, la "enferma" exigía.

En horas de insomnio robadas a mi fatiga, mil recuerdos de ilusiones fallidas me hacían llorar hasta el agotamiento.

En desquite de tu intolerable opresión impulsos violentos en tu contra me sacudían hasta la locura. ¿Tendría valor suficiente? pero, ¿cuándo? ¿cómo? me repetía con vehemencia, y una vez más, mis arrebatos de osadía sin firmeza, navegaron en un mar de indecisiones y tu vida siguió su curso sin contratiempos, paralela a mi aniquilamiento.

Mi cutis comenzó a marchitarse, mi pelo a encanecer, y el rencor estancado se desplomó en indiferencia. Tú, las personas, la vida, perdieron su significado.

Madre: comienza el movimiento en la sala. Es hora de llevarte, han venido por tí.

En el Camposanto, a la luz del día, seré blanco de miradas compasivas. Me creen sumergida en un dolor sin límites y tendré qué asumir actitud de circunstancias. ¡Qué fastidio, madre! ¡Que murieras ni me importaba ya! Podías haberte quedado hasta el fin del mundo.

PLATILLOS A LA CARTA

Estoy muy sentida con Ramón, me dijo boba sin motivo.

¿Pues qué hay de malo en indagar lo que está pasando en este pueblo? Todas, pero todas, esperamos niño.

A las casadas les sucede con frecuencia y de vez en cuando alguna señorita como yo da la sorpresa. Pero ahora prendió como epidemia. Casi nada más se salvaron las recién nacidas.

Quien menos, tiene dos meses de encargo. Otras saldremos en cuestión de días.

A mí es la primera vez que va a sucederme. ¡Me había guardado con esmero por tantos años! Pero llegó Ramón, guapo, orgulloso, varonil, tierno y le entregué mi tesoro. Entre la envidia de las otras yo fui la preferida. Me adora, bien lo sé, por eso no entiendo este modo de tratarme.

— Fíjate, Ramón, le dije, no puedo dejar de pensar en los nacimientos que se avecinan.

— No debe preocuparte lo de las demás.

— Pero en esto hay un gran misterio.

— ¿Misterio?

— Tú, por el poco tiempo de vivir aquí no te das cuenta.

— Bueno, va para un año que llegué.

— No lo olvido, ocho meses con veinte días. Tengo presentes todos los momentos, desde tu bajada del camión cuando yo pasaba. “Perdone, linda ¿dónde está el Hotel?” Me quedé como alelada. No pude hablar. Con la mano te señalé el hotel. Ramón, desde ese instante te pertenezco, sólo pienso en tí.

— Pues no lo parece, te preocupan otras cosas.

— Sí, de veras, porque conozco la vida de cada mujer. Allí tienes a Lupe Arroyo la del hotel, cuando menos tiene seis meses en estado y hace dos años la abandonó el marido. Y Socorro la catequista, a ver, dime, ¿cómo? ¿con quién? casi ni sale de la iglesia y el señor cura es un santo. Toña Rosales, viuda. Vive nada más con sus sobrinos menores de edad. Y Rosita la dueña de la botica tan flaca y tan fea, no va a hacernos creer que entre sus menjurjes está el de la concepción. Catalina Méndez, ¡por Dios...! tiene edad, pero el marido es ya tan inocente como el día que abrió los ojos a esta vida. Ni sigo, no acabaría. Sin embargo, te aseguro una cosa: hasta ahora ninguna de ellas había dado motivo de murmuraciones. Todos los hombres de aquí las respetan. Ellos no son los malhechores.

— ¿Entonces?

— Sé quien es el culpable.

—¿De veras lo sabes?

— Sí, Ramón, quise decírtelo primero a tí.

— Está bien, tenía qué descubrirse algún día. ¡Anda, habla, dilo de una vez!

— A eso voy. ¿Te acuerdas?, a pocos días de tu llegada comenzó el run run de los platillos voladores. Entonces no le dí importancia, pero ¿sabes? dicen que los marcianos tienen muchos adelantos. Según cuentan para todo usan tretas desconocidas. Cuando menos alguno bajó, y pienso yo, bueno, quién sabe, pudo hacerse invisible. Las pobres mujeres ni atinaron a saber lo que les estaba sucediendo.

— ¡Caramba!, ¡Ese fue tu descubrimiento!

— Sí, Ramón, gracias a Dios escapé. En cuanto tú llegaste me entendí contigo, si no, ¡imagínate! Debe ser horrible tener un marido como de aire.

— ¡Diantre de marciano! ¡Ay, mi vida, eres boba, boba como no hay otra!

Mucho me lastimó. Ni palabras tuve para reprocharlo. Me las pagará. Sin embargo, ahora recuerdo, se reía con ganas cuando lo dijo. Mejor me hago disimulada, pobre, no ha de creer en los platillos voladores.

EL ANIVERSARIO DE LINA

Mariana extendió sobre su falda la tela que bordaba y la contempló satisfecha. Lina, sentada enfrente, dejó de limarse las uñas y miró hacia la prenda.

—El trabajo es perfecto, mamá; las crisantemas parecen reales, se verán magníficas sobre la colcha de raso.

Mariana se puso en pie y extendió el bordado ante sus ojos.

—¡Crisantemas. . . su flor predilecta! Otra vez, como todos los años llenaremos la casa de crisantemas, tengo encargados cuatro cestos llenos. —Mientras doblaba la tela continuó añorante—. También le gustaban los jazmines, se prendía un manojito en el pelo y por donde pasaba todo olía a jazmín. —Se volvió a medias hacia Lina para comentar: — Tu perfume predilecto no tiene la delicadeza que tenía el de tu hermana.

Lina suspiró: — Nunca seré para tí tan perfecta como ella. Cuando yo muera, mamá, no dejaré el rastro que mi hermana dejó.

—No digas eso, vuestro parecido es sorprendente,

lindas las dos, es verdad que la mitad de mi vida quedó aprisionada en su recuerdo, pero la otra mitad te pertenece a tí.

—En la parte que me pertenece no cupo mi nombre verdadero y tuve que responder al suyo en cuanto ella faltó.

—Jamás pensé que eso te lastimara. ¡Eras tan pequeña! y yo imaginé que nombrándola en tí, las tendría a las dos.

—Perdona mi reproche, no me molesta llamarme Lina como ella, el nombre es hermoso y me has enseñado a quererla y añorarla, como si de verdad hubiésemos vivido juntas mucho tiempo.

—Entonces, ¿pasado mañana estarás conmigo desde primera hora?

Lina guardó silencio unos segundos: luego dijo en voz baja, como si en esta forma entristeciese menos a la madre:

—Creí que Eduardo te había confirmado lo de sus vacaciones. El y yo saldremos de viaje precisamente pasado mañana a primera hora.

Mariana tardó en contestar. Era cierto y lo había olvidado. Debería mostrarse serena. Hizo un esfuerzo para que el acento no la traicionara.

—¡Qué memoria! ¡Claro!, Eduardo me lo dijo. Será para ustedes una segunda luna de miel.

—Y será el primer aniversario de Lina que conmemores sin mí.

—Ahora te debes a Eduardo —dijo sin poder evi-

tar cierto tono de amargura—. Tu hermana comprenderá. . .

—Lo lamento de veras mamá, —después de una pausa continuó— aunque es posible que el viaje no se realice. Hay un problema entre Eduardo y yo.

—Hija, ¿a los seis meses de matrimonio?

—Bueno, nada grave, es sólo que Eduardo desea complacer a su tía Susana; quiere que vayamos a visitarla a la hacienda, y yo estoy decidida a pasar estos días en la playa.

—Eduardo quiere a esa tía como a una segunda madre.

—Pero ella no me quiere, tenía otros planes para Eduardo, tú lo sabes. Si él insiste en visitarla, que vaya sin mí.

Lina se puso en pie y fue a recoger su bolso para marcharse.

—Hija, sé prudente, convéncelo en buena forma.

Lina dio un beso a su madre y dijo mientras salía:

—Espero hacerlo; si eso no sucediera, aquí me tendrás desde temprano.

Mariana despertó antes de la hora habitual. Por la noche había tardado en dormirse. Le angustiaba la falta de Lina para celebrar unidas el aniversario de la Lina ausente. Mas ahora no tuvo tiempo de lamentarse: antes de abrir los ojos escuchó un toque de nudillos y la voz de la hija del otro lado de la puerta.

—Madre, estoy aquí.

— ¡Qué sorpresa, Lina! ¡De veras no te esperaba!

— ¡Cómo iba a dejarte sola en este aniversario!

Mariana comenzó a levantarse.

— Mientras estoy lista prepárate, ve a cambiarte, — y levantó la voz para que Lina no perdiera palabra — puse el vestido en el sillón de tu hermana, y encima el collar y los aretes.

— Bien, mamá.

— Hija, — Mariana levantó la voz — te espero en el comedor. No olvides peinarte como ella.

— Todo como siempre, — contestó Lina risueña desde el pasillo.

Cuando Mariana entró al comedor quedó impresionada, era como si la primera Lina estuviera ahí y no la pequeña. La semejanza era completa. Mariana le sonrió agradecida.

— Tú y ella son dos rayos de la misma luna. Tu expresión, tu voz, tus modales son los mismos de tu hermana. ¿Cómo lo has logrado, hija?

— Somos hermanas. ¿No? o quizá obra tu imaginación, tu ardiente deseo de que seamos la misma.

Mariana recordó que su primer impulso, cuando llegó Lina minutos antes, fue el de preguntarle por lo sucedido con Eduardo; ahora iba a hacerlo, pero se contuvo a tiempo. ¿Para qué ocupar la mente de Lina en asuntos desagradables?

Este día se debían ambas al recuerdo de la otra Lina.

Mariana acabó de preparar el desayuno mientras la hija arreglaba la mesa. Luego se dispusieron a desayunar entre el consabido ritornello de la madre:

— Las tostadas le gustaban así, doraditas, la fruta fresca, el café como éste, no muy cargado.

Lina, bondadosa y complaciente, escuchaba a la madre.

Al terminar, ambas fueron a la recámara de la festejada. Tendieron en la cama la nueva colcha y los cojines apenas terminados la víspera.

— Todo quedó bellissimo.

— Tal y como a ella le agrada. Ahora tú colocarás las flores mientras yo enciendo la lámpara votiva. Recuerda que las crisantemas deben conservar el tallo largo y no quedar apretujadas en los floreros.

— Para que proyecten lozanía — completó Lina sonriente —. Ya ves, lo recuerdo muy bien.

— Sí, esas eran sus palabras: "Para que proyecten lozanía." ¡Todo su ser la proyectaba! ¡Oh, mi Lina ausente y adorada!

Por la tarde fueron a sentarse en la terraza en donde la primera Lina hubo pasado tardes enteras, ocupada en labores de aguja, o en la lectura de algún libro. Era parte del ritual.

— ¿Qué libro prefieres, madre?

— Cualquiera, todos se los oí leer.

Lina entró en la recámara y luego regresó con el libro.

Mariana se había acomodado en la mecedora. Complacida primero, luego embelesada, escuchó la voz dulce y convincente de la hija. . . Cerró los ojos y quedó inmersa en el clima feliz de una vida sin tropiezos, anterior a la muerte de la hija mayor.

Abstraídas por completo en la atmósfera alucinante de la lectura no sintieron el paso de las horas. De pronto Mariana se percató.

— Hija, empieza a oscurecer. Saquemos las flores a la terraza. Mañana habrá que llevarlas a la iglesia y no deben marchitarse.

Mientras realizaban la tarea, la hija preguntó:

— ¿Has pasado el día feliz, madre?

— Más de lo que imaginas. En todo momento creí sentir la presencia de tu hermana muerta, como si hubiera querido conmemorar con nosotros su aniversario.

Cuando Lina sacaba el último jarrón, la campañilla del teléfono sonó extraña en el ambiente litúrgico que envolvía a las dos mujeres.

— Yo contesto — dijo Mariana —. Cámbiate. Deja el vestido y las joyas sobre el sillón —. Ya junto al teléfono se volvió a ver a Lina ahora de pie bajo el dintel de entrada de la habitación.

Mariana le sonrió mientras decía:

— Debe ser Eduardo para hacer las paces contigo.

— ¿Eres tú, Eduardo?

Del otro lado del espacio llegó una voz inesperada.

— No, mamá, soy Lina. Eduardo y yo nos detuvimos todo el día en la playa antes de llegar al hotel.

Mariana, con desconcierto, fijó la mirada en Lina . . . en Lina . . . en su sonrisa estimulante y serena de despedida. El receptor del teléfono se le fue de las manos. Estupefacta contemplaba la increíble verdad: Lina se iba desvaneciendo paso a paso en la penumbra.

Mariana abría y entornaba los ojos en su afán de retener la imagen. Con el asombro estancado empezó a caminar hacia la recámara. ¿Lina estaba ahí? ¿no estaba ahí? Mientras, el auricular colgante repetía con apremio:

— Mamá, mamá, contesta, soy Lina, mamá.

Mariana se detuvo en el centro de la alcoba saturada de olor a jazmín, y ahí sobre el sillón, amorosamente colocados, sólo encontró el vestido vacío, el collar y los aretes de la otra Lina.

INVENTARIO PERPETUO

Las tres de la madrugada e Irene permanecía despierta. Inútil fue apagar la veladora que acostumbraba dejar mientras dormía. Inútil también contar cabras imaginarias manteniendo los ojos cerrados. La conciencia de su propia cobardía la llenaba de desesperación.

Un tanto por ideas erradas acerca de la condición de esposa y otro más por evitar discusiones, no puso las cosas en su lugar desde el comienzo y ahora le parecía imposible.

Cuantas veces tuvo el impulso de marcar un hasta aquí al hábito morboso de Pedro su marido, la indecisión la traicionaba, pero el suceso del día anterior había colmado su resistencia.

¿Quién va a creer, se decía, que esta casa tan amplia resulte insuficiente para nosotros dos y los niños?

Cuando Pedro y ella ocuparon la casa, recién casados, las habitaciones le parecieron excesivas: tres recámaras, sala, comedor y demás servicios. Sólo la conveniencia de la renta congelada les convenció de tomarla.

Con los ojos abiertos en la oscuridad, Irene veía el desfile de sucesos, que amalgamados, ahora provocaban su insomnio.

Una mañana, Pedro que espiaba todos sus movimientos dentro del recién establecido hogar, la vió arrojar al cesto de basura una lata vacía de sardinas.

—No la tires, Irene, mamá las utilizaba para moldear el pan.

La sugerencia le pareció buena y guardó el envase; pero cuando le dijo lo mismo de una de legumbres, Irene le hizo notar que no era adecuada por angosta y honda.

—Tienes razón. Sin embargo, puede servir para estuche de hilos y botones en tu costurero, o para clavos que siempre tengo de reserva.

De mala gana Irene recogió el bote y lo guardó en un armario de la cocina.

Cuando iban a la tienda cada quincena, ambos seleccionaban las provisiones, y diariamente Pedro, al llegar de la oficina, iba a la despensa para sugerir el próximo menú; así conservaba en la mente el número de alimentos enlatados.

—Irene, mañana haces coctel de camarones, pero no te olvides de guardar el bote.

Luego asomaba al armario.

—Irene, falta el envase de salmón que comimos la semana pasada.

—Lo tiré, Pedro, apenas puedo guardar allí otra cosa que no sean latas vacías.

—Es para sacarles provecho. ¿No comprendes? Si estos chicharos costaron cuatro pesos, vendido el envase en veinticinco centavos, sólo habrán costado tres setenta y cinco.

Después fueron llegando los niños. Irene no logró amamantarlos y hubo que comprar para los primeros días leche en polvo y luego leche evaporada. El caudal de latas vacías fue en rápido aumento.

Cuando tuvieron dos costales grandes repletos, Irene fue resuelta al mercado con unas muestras. No le costó trabajo encontrar cliente y lo citó para esa misma tarde en su casa.

Ya había convenido en vender aquellos doscientos envases en quince pesos cuando llegó Pedro. Al enterarse montó en cólera. Hizo salir al hombre llamándolo bandido; a ella, desperdiciada.

—¿No sabes que ellos fabrican juguetes y utensilios para diversos usos que venden muy caros y pretenden conseguir el material gratis?

Y la miraba con indefinida expresión de lástima o desprecio.

Si esto pasó con los envases, lo mismo ha sido con todo lo demás; ropa usada, calzado viejo, muebles inservibles. Cada objeto tiene prendida una etiqueta con su precio, y como ningún comprador le llega, siguen acumulando capital. Un capital que puede ahogarlos, que cualquier día será tan cuantioso que no deje el menor sitio para ellos.

Por sugestión de Pedro dedicaron un cuarto para

objetos fuera de uso y ahora dicho espacio había sido rebasado: frascos que contuvieron medicina, pomos vacíos de loción, cascotes de refrescos, botellas de vino, llenan cajones que ocupan la mitad del cuarto, luego, los costales de latas.

Dos sillones destartalados. Las cunas que fueron de los niños soportan pesadas mochilas de ropa.

En otro ángulo el voluminoso baúl con libros, revistas y apuntes de la vida estudiantil de Pedro. Y encima del baúl, hasta el techo, ensartadas en heroico equilibrio, seis sillas de bejuco que no tienen ya bejuco, herencia de la mamá de Pedro.

Perico tiene nueve años; Agustín, ocho, e invariablemente cada año, al terminar el ciclo escolar, su padre les recoge por riguroso inventario los libros y útiles que van desocupando. Esto yace tras la puerta de la recámara. El armario está lleno de ropa inservible en su mayor parte.

Un leve sonido bajo la cama como el tic de un reloj, interrumpió los pensamientos de Irene. Esta quedó en tensión. Luego trató de alejar la imagen que el ruido le sugiriera.

—¡Oh, debe ser sólo un objeto mal acomodado que resbala, hay tantos en esa caja! Tuercas, tornillos, frascos aún sin clasificar, y cabos de lápices que Pedro está listo a recoger en la oficina.

El ruido volvió a escucharse: mitad salto, mitad deslizarse entre cacharros. Después un incesante roer en la madera de la caja.

Irene se enderezó con violencia. Un calosfrío le pasó por el cuerpo.

—¡Dios bendito...! ¡Esos animales se reproducen sin descanso! ¡Pronto invadirán la casa! ¡No bastarán trampas ni venenos! ¿A qué medios debo recurrir? ¿A qué...?

De pronto pareció haber encontrado la solución.

—¡Si pusiera una estopa encendida en cualquier rincón y me llevara a Juana al mercado...! Volveríamos cuando ya nada tuviese remedio—. Unos segundos se recreó en el plan. Sacudió la cabeza y lentamente la volvió a la almohada.

—¡Bah! ¡Qué ocurrencia! Estoy nerviosa. Debo sobreponerme para estar en ánimo de asear la cocina y el comedor. Pedro ofreció traer un baúl para los utensilios que están en el suelo y no lo ha hecho.

Cerró los ojos en otro esfuerzo por dormir y los pensamientos interrumpidos por el roedor se hilvanaron de nuevo.

Hace algo más de un año, creyó haber descubierto una argucia difícil de llevar a la práctica, pero que le daría un respiro. Realizó pequeñas economías en el mandado. No dio más las camisas de Pedro a planchar fuera de casa; evitó adquirir prendas de ropa aun siendo necesarias; hasta llegó a extraer monedas de las alcancías de los niños, todo para comprar trebejos a su marido y poderse deshacer de ellos libremente.

—Mira, Pedro, logré vender el ciento de botellas en lo que tú estimas razonable. Aquí tienes, esto

corresponde a cinco kilos de bolsas de papel que guardabas entre la tarima y el colchón de las camas. Toma además estos veinte pesos, son de tinas desfondadas.

— Lo he dicho siempre, Irene, el comercio es buen negocio, lástima que no tengas vocación. Deja que yo disponga de tiempo y verás.

El mes pasado, Irene recibió la sorpresa de su vida: tendía la ropa en el patio cuando escuchó la voz de Pedro.

— Irene, Irene, ¿dónde estás? Ven pronto.

Irene atravesó apresuradamente la cocina y pudo ver que dos hombres colocaban en el pasillo un armatoste de madera ennegrecida por el uso.

— Mira, Irene, es un estante de muy buen tamaño. Pude conseguirlo a bajo precio con el dinero de tus ventas. Aquí adosado a la pared sólo reducirá un poco el pasadizo. Le cabrá bastante. ¿No crees? — Pedro, en su euforia, ni cuenta se dio de que ella se mordía los labios hasta sangrarlos para no gritar.

Su único refugio era la sala. Por las tardes iba allí a tejer. Contemplaba la habitación palmo a palmo y se complacía cerciorándose de que aún quedaba en casa un rinconcito decente. Lo defendió de la humillante invasión con todos los argumentos de que fue capaz. Se refirió a la belleza del mueble que merece un marco adecuado. Hizo hincapié en la posible censura de las visitas que conservan su casa libre de cachivaches. Gracias a esto consiguió que la llanta y el cigüeñal exportados del garage por falta de cupo, fueran depositados en un rincón del baño.

No era posible conservar la sala como oasis. El jueves pasado, Irene avisó a Pedro que tenía cita con el médico por la tarde. Encontró mucha gente en el consultorio y hasta horas después pudo volver a casa. Al llegar, le extrañó ver por las ventanas de la sala las lámparas encendidas: como esto no era necesario a menos que se estuviera haciendo algo especial, aún era de día, se aproximó para ver. Pedro estaba inclinado sobre el tapete seleccionando periódicos. Los niños se acercaban a recogerlos y los colocaban en algo que ella no alcanzaba a divisar y volvían con las manos vacías para llevar más. Irene pegó la cara a la ventana y entonces descubrió el horrible armatoste del pasillo puesto allí. Tapaba grotescamente el muro adornado con el gobelino que tanto esfuerzo le costó adquirir. Furiosa golpeó el vidrio con los puños y ellos entendieron que se anunciaba. Pedro estuvo pronto a franquearle la puerta.

—Albricias, querida, por fin encontré algo apropiado para la sala siempre tan vacía. Quise darte la sorpresa, pero no terminamos. Mira, se trata de formar una hemeroteca—. Luego añadió señalando el tiradero de papel en el suelo:

—Lo compré por kilo, resultará barata.

Pedro se alejó para seguir su tarea. Irene quiso hablar, pero la rabia se le atoró en la garganta. No pudo moverse para huir. Entre el zumbido de la cabeza que le estallaba, escuchó estupefacta lo interesante y ameno que sería para ellos a la vez que instructivo para los hijos cuando pasen los años, leer noticias atrasa-

das. "Además, Irene, la hemeroteca en la sala será un exponente de cultura ante las amistades."

Irene imaginó con deleite la estopa encendida en la tal hemeroteca. Allí el resultado sería efectivo. Un nuevo rascar leve entre frascos vacíos y cabos de lápices, se perdió pronto entre el estruendo de los pensamientos de Irene.

La situación no sólo es irremediable, sino desesperada después de lo ocurrido ayer, pensó. Primero traté de no darle importancia; pero al mediodía no tuve apetito, por la tarde sentí jaqueca y aquí estoy sin poder dormir.

Angustiada recorrió con la imaginación lo sucedido. El día anterior, mientras ella y Pedro desayunaban, Juana salió con una tina de basura. Pedro clavó la vista en la muchacha, la observó inquisitivo. Era la primera vez que hacía cosa semejante. Juana desapareció y él seguía viendo el hueco de la puerta. Estuvo silencioso, absorto en alguna profundidad mental; luego, en actitud de quien va a confiar un preciado secreto, adelantó la cabeza hacia Irene.

—¿Sabes, Irene? He visto a Juana salir con una y hasta con dos tinas de basura para llevarlas al camión, basura que irá con la de toda la ciudad a parar a los incineradores, total, a convertirse en nada y no puedo permanecer indiferente. Urge hacer algo. Sacar provecho de lo que se tira así como así. Inventaré alguna cosa, te lo juro, Irene. Tiene que haberla. Por lo pronto no vuelvas a permitir que esos desperdicios salgan de casa, no te lo perdonaría. Ordena a Juana que vacíe

todo en el patio. Durante las tardes los niños y yo haremos la clasificación por materias.

Se puso repentinamente adusto, amenazante.

—Y si ahora te ordeno almacenarlos, una vez clasificados, seré el único en decidir su destino.

El recuerdo de la voz de Pedro se hizo física en sus oídos agudizándose hasta hacerle daño. ¿Por qué ese inventario perpetuo de objetos abominables?

Pedro había vuelto a quedar pensativo. Se le fue iluminando la cara y dijo lleno de júbilo:

—Lo lograré, Irene, será una industria próspera. Imagínate, sin invertir en materia prima. Porque no dudo que los vecinos obsequien gustosos toda su basura, y como tienes que cooperar en alguna forma, desde mañana serás la encargada de recogerla casa por casa.

El roedor había cobrado confianza, su anuncio llegó de cerca, muy cerca, del interior del buró. Era como un alegre zapateado en un escenario minúsculo.

Irene quedó en guardia. El ruido incesante le barrenaba el ánimo. Y allí nomás tras de la almohada junto a su cabeza, un deslizarse suave como dedos que proyectan una caricia, la precipitó a quedar en pie lejos de la cama.

Aún era de noche y buscó acomodo en el sillón. Fatigada comenzó a llorar. El sueño le fue ganando. Se sintió impelida vigorosamente dentro de un agujero. En cuestión de segundos viajó en círculos concéntricos hasta caer al fondo en una girándula. El artificio se

puso en movimiento y objetos diversos iniciaron extraña danza a su alrededor.

Juegos malabares de armatostes con periódicos, moscas verdes que zumbaban como aguacero, trozos de metal, ratones cuyos chillidos horadaban los tímpanos, cabos de lápices, botellas, tinas desfondadas, ratones que se reproducían sin cesar, jirones de ropa, chanclas, muebles desvencijados, cacharros de cocina, periódicos y ratones, ratones, ratones que giraban, giraban, giraban en aterradora velocidad hasta asfixiarla.

Enloquecida salió del abismo. Poco a poco las palpitations de su corazón fueron decreciendo. Abrió los ojos. Encendió la luz. Respiró con profundidad y se vistió sin prisa.

Está amaneciendo, —pensó— son las seis. Dentro de dos horas los niños habrán marchado a la escuela y Pedro a su trabajo. Entonces Juana y yo iremos al mercado. Voy de una vez a preparar la estopa. . .

EL PARENTESIS

Marcos llegó a su casa fatigado. Los clientes tenían sus negocios muy alejados unos de los otros y recorrer la gran ciudad entre congestionamientos de tránsito, con la onda cálida abrumadora, resultaba agobiante; además, la fuerza de convencimiento ejercida para ganar ventas a la competencia, lo agotó. Por fortuna, al abrir la puerta de su casa no lo recibieron los acostumbrados gritos de su mujer reconviniendo a la sirvienta, debía andar por el comedor disponiendo la mesa para la merienda. Marcos no necesitaba alimentos, le urgía descansar. Sin hacer ruido se introdujo en la recámara, se desvistió y se metió entre las sábanas.

La perspectiva feliz de pasar la próxima tarde con Rosalba relajó su mente y cuando su mujer entró en la alcoba, mientras iba despojándose del vestido, del fondo, del sostén, como de costumbre trató de interrogarlo acerca del monto de las comisiones a que tuviera derecho por las ventas del día; pero ya lo encontró dormido.

Por la mañana Marcos se levantó de buen humor, el júbilo le salía de muy adentro: ¡día de ver a Rosalba... a Rosalba...!

Mientras desayunaban, la esposa le dijo intencionada:

— ¡Vaya, se ve que descansaste bien!

— Es verdad, descansé bien.

— No sé de qué te cansas, si trabajaras ya estuviéramos ricos. A ver, ¿cuánto ganaste?

— No sé. No he hecho cuentas.

— Si fueras inteligente, en cuanto te firmaran un pedido harías tus cálculos.

Marcos se levantó, le molestaba la rutinaria y maligna agresión doméstica.

— Te espero a las doce para que me lleves al dentista— alcanzó a oírla cuando ya salía de la casa rumbo a la Distribuidora de Vinos y Alimentos Enlatados, S. A., para la cual trabajaba.

Al entrar en el elevador vio su reloj de pulso, las nueve menos diez. Cuatro horas, cuatro largas horas faltaban para ver a Rosalba.

Ya en su escritorio separó las "órdenes de pedido" levantadas la víspera, convino en que fue un trabajo fructífero. Elaboró su informe, lo anexó a los pedidos y regresaba de entregarlos cuando llamó el teléfono. Era su amigo de siempre, compañero desde la preparatoria, su confidente.

— ¿Marcos?, escúchame. Algo muy grave sucedió. Muy grave. Se trata de Rosalba.

— ¿De Rosalba? ¿Qué puede ser? — Contestó alarmado.

—Ayer sufrió un accidente mortal. Un automóvil la atropelló. La están velando en una funeraria del Seguro Social.

Antes de que Marcos, impactado, pudiera asimilar la noticia, el amigo le dio la dirección y cortó.

Perturbado se dirigió al elevador; cuando reparó en que no llevaba el portafolios, regresó por él y de pasada le dijo al subgerente:

—Voy a salir para atender el llamado de un cliente.

—Suerte —le dijo aquél.

Salió del edificio y se detuvo en la esquina a esperar un libre, no se sentía en condiciones de conducir. Lo invadía una sensación de aturdimiento. La calle, los automóviles, la gente reflejábanse en sus pupilas; pero el cerebro no los registraba ocupado en escudriñar pasadas vivencias.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que conociera a Rosalba? Casi dos años. Dos años escasos que encerraban toda una vida. Todo lo mejor de una vida. Los sucesos, desde el primero que iniciara un paréntesis en su descolorida existencia, fueron cayendo como notas de una balada en el teclado de su añoranza.

Fue en un pequeño restorán de las calles del centro antes del medio día. En esa hora la clientela era escasa, siempre la misma, empleados y funcionarios de empresas circunvecinas; si hasta se conocían entre sí y se saludaban.

Aquella mañana apenas tomó asiento advirtió en

la mesa contigua a una desconocida. Le sedujo la serena expresión del rostro juvenil, la delicadeza de sus modales y un presentimiento confortante le dio ánimo para quedar en acecho. Siempre huía de aventuras fáciles, pero algo muy profundo le hacía sentir que estaba ahí lo que su ser hambriento anhelaba y quedó alerta para coger al vuelo la más leve oportunidad de abordarla. Desesperaba de lograrlo, cuando ella interrogó al mesero acerca de la hora. Como el que a punto de caer al abismo logra asirse de una cuerda en movimiento, con gran alivio dijo en voz alta:

— Son las once.

— Gracias, es usted muy amable — su voz era dulcemente modulada.

Marcos continuó sin soltarse de la cuerda.

— ¿Almuerza aquí por primera vez? Soy cliente asiduo desde hace tiempo y nunca nos habíamos encontrado.

— Lo hago siempre en casa; esta semana será una excepción —. Y añadió titubeante como si de pronto se viera en la exigencia de revelar secretos de familia:

— En casa todos salieron de vacaciones.

— ¿Cómo es que no los acompañó?

— Mi trabajo me lo ha impedido —. Se puso en pie y comentó afligida. — Apenas tengo tiempo de volver al Banco.

El la había seguido hasta la puerta.

— Nos veremos mañana, ¿vendrá usted?

—Sí, es el lugar más próximo a mi trabajo.

Llegaba aquí en sus reminiscencias cuando el chirrido de unas llantas sobre el pavimento lo sacó de su abstracción. Un automóvil se detuvo a unos pasos para dejar un pasajero y él se apresuró a ocuparlo. ¡Cuántos habrían ya pasado inadvertidos!

Dio la dirección al chofer y se acomodó en el asiento trasero.

Su mujer estaría esperándolo para que la llevara al consultorio del dentista. ¡La tremolina que le esperaba cuando volviera a su casa! ¿Por qué siempre tendría que volver a *su casa*, la cual, desde que la llave daba vuelta en la cerradura, emanaba un ambiente hostil que lo hacía replegarse en sí mismo oprimido y quebrantado? Trataba de refugiarse en un silencio pertinaz. En su indiferencia al fin inútil, porque las estridentes y estúpidas reconveniones hogareñas por ineptitud para los negocios, acababan por exasperarlo.

Por otra parte el mundo prosaico de su trabajo: las mañanas y las tardes ocupadas en relaciones triviales entre compradores y agentes de ventas, hacíanle inevitable un tratamiento eficaz para el espíritu; pero si en casa, ya de noche, creía ser poseedor de un tiempo enteramente suyo para aplicarse una dosis sedante y empezaba a saborear la esencia de un libro, lo interrumpía su mujer desde la cama.

—Deberías estar pensando en lo que vas a decir mañana a tus posibles clientes para convencerlos.

Esta situación reiterada día tras día, hizo que un sentimiento de impotencia comenzara a destruirlo. El veneno de una idea obsesionante se filtraba en su cerebro casi invadiéndolo. "La vida no ha sido creada para los cobardes, para los pusilánimes", estaba cansado de oírlo a los instructores de ventas, y él era un cobarde, y él era un pusilánime, luego, no merecía vivir; sin embargo, el instinto de conservación, o la pequeña parte de su cerebro todavía a salvo, seguía repitiéndole que algo llegaría de pronto que justificara el hecho de su existencia y al borde del desastre Rosalba llegó.

Los grilletes de rencor y de amargura que lo ataban a su mundo se disolvieron, y en cambio, un aroma sutil procedente de las horas vividas con Rosalba, preñaba su ánimo y lo acompañaba hasta volver a encontrarla.

Dos veces a la semana, por las tardes, Rosalba y él podían estar juntos. Rosalba se le entregó con toda su capacidad de ternura, con su maravillosa inexperiencia.

En aquel pequeño cuarto que amueblaron con lo indispensable y como tal sus libros, sus discos que ahí recibían el homenaje de llenar su objetivo, y un enorme jarrón de vidrio lleno de flores que Rosalba festejaba con amoroso entusiasmo. El sentábase a leer en voz alta horas enteras. Ella, plácidamente, en silencio, permanecía sobre un cojín con la cabecita sobre las rodillas de Marcos, brindándole sus cabellos castaños, suaves, perfumados, nido de seda para sus caricias. Solía interrumpirlo para aclarar el significado de al-

gún concepto, luego volvía a su quietud, subyugada, más que por el sentido de la lectura por la emoción de su dádiva plena.

Marcos conoció la vanidad de ser admirado. Vivió la maravillosa fantasía de estar sobre el abismo del mundo, ajeno a sus miserias, mecido por brisas de vanagloria que le comunicaban seguridad en sí mismo. En el trabajo obtuvo dos premios por sus logros; desde hace unos meses figura en los primeros lugares de ventas y últimamente ha conseguido, en representación exclusiva, artículos comerciales que le han proporcionado apreciables utilidades.

La llamada insistente del chofer le hizo descender de sus remembranzas.

—Hemos llegado, señor.

Tardó unos segundos en pisar tierra, en reintegrarse al presente.

Cuando el automóvil partió, Marcos paseó por la acera; fue de aquí para allá hasta situar sus ideas. Sí, era ahí enfrente en donde se desarrollaba el ritual increíble. Coordinó sus músculos como el corredor que va a emprender el final de una competencia y se lanzó dentro del edificio. Descubrió el número en una puerta franca. Dentro había gente. Había llegado a tiempo. Se introdujo sin ser percibido.

Rosalba está allí en medio del salón sin advertir su presencia. Compañeros de trabajo y familiares la rodean. Es centro de comentarios, objeto de loas. No se atreve a llegar hasta ella. Le indigna el derecho que todos se atribuyen para ocuparse de su persona.

Cuando los uniformados entraron para llevarse a Rosalba, Marcos no pudo contenerse y avanzó tras ellos.

Su dolor convertido en sollozos iba a estallar cuando se llegó al féretro. Por el ventanillo la vio dulce, hermosa, apacible, como por las tardes en la placidez del sagrado refugio. El grito que afloraba se diluyó en sus labios: No había perdido a Rosalba. Rosalba viviría en él.

El paréntesis abierto en su anodina existencia aquella mañana en un pequeño restorán de las calles del centro no se cerraba ahora. Marcos estaba seguro de que el venero de poesía y bienestar que Rosalba era en sí, habitaría en él como esencia de su nueva actitud frente a la vida.

Salió del velatorio y se perdió entre los transeúntes.

A MODO DE JURAMENTO

Entumecido, tiritando en la oscuridad, Felipe Rosas estaba de pie entre las paredes húmedas de aquella grieta, tan angosta, que no le dejaba hacer arco las piernas para descansar.

La huída y el aguacero lo llevaron a la cueva; creyó estar a salvo, pero no tardaron en guarecerse allí los otros. Cuando oyó las pisadas cerca y a contraluz resaltaron las formas, Felipe Rosas fue a repegarse en el fondo y a tientas encontró esa rajadura. Ahí seguía encajado. El miedo le martillaba las sienes. Bastaría que echara a rodar cualquier pedruzco para ser descubierto.

Era pura fregadera desde que los afectados discurrieron juntarse —pensó—. No han parado de cuchiliarnos a los policías de San Cristóbal; apenas la semana pasada cayeron a balazos dos de la cuadrilla y con esta rejolina nomás mi persona quedará con vida. ¡Animas Benditas que mis pies no derrumben algún terrón, porque los mentados policías que ai'nomás están sentados en la entrada me hallarían luego. Ni piensan que los estoy oyendo. Dicen que Bendito sea Dios que nos han desgraciado y no hay derecho, ni un

ciento de méndigas reses destazadas por nosotros valen la vida de un cristiano.

Le entró a la cuatreada porque era de ambiciones. En su pueblo los logros eran raquíuticos, nagueleadas para mal comer. Acá, en la cuadrilla de Chano la cosa cambió; éste luego le agarró voluntad porque siempre atinaba en las tantiadas.

—Oye, Chano, aquí no costea aventarse, con los pastos encanijados los animales han de estar como tasajo—. Chano estaba conforme y pasaban de filo a otra región. Una vez Chano se le hizo el sordo y tuvieron que largar los animales. Por trasijados nadie los quiso comprar.

Y no era que el cabecilla fuera tarugo, nomás que la comezón del dinero le tapaba el entendimiento.

Otras veces tuvo que atajarle el afán:

—No hay que darle más de dos arriadas en cada lugar, y cuánto mejor si nomás damos una, en la segunda podemos caer en un cuatro—. Chano consentía y no pasaban descalabros.

Así recorrieron territorio de puro llano, de puro cerro, de puro monte, hasta llegar a éste, sanos y salvos. A éste con pastizales de gloria, en donde las reses tenían cuernos lustrosos, restirados, cueros rellenos de carne fresca y color de rosa. Por eso Chano, borracho de ansia, ordenó sin parar redadas en los potreros de San Macario y La Herradura, hasta que vino la desgracia. Ahora quedaban los vales muertos, desparramados como hojas después de un remolino, y él

aquí arrojado, con la muerte abrazada a su persona, cogida de su pescuezo como sogá que de repente da el tirón y ya.

Y éstos, sus perseguidores, que ni maliciaban su presencia, allí, junto a la entrada, nomás soba y resoba sobre la misma ancheta: que el agua no amaina, que nos va a agarrar toda la noche de camino y cada uno con su muerto atravesado en la silla.

—¿Y por qué no los dejamos? nosotros cumplimos. Que mañana vengan por ellos— dijo una voz tipluda.

—¡Sí, cómo no! Van a mandar un airoplano. ¡Ah qué Pajarito, tú como estás recién entrado, no conoces a mi comandante!

—¡Ah qué agüita que no amaina!

—Pos yo digo que es mejor, si estuviera pegando el sol, llegaríamos a San Cristóbal con un jededero.

Felipe Rosas dio un grueso trago de amargura. La imagen de sus compañeros, llevados como hilachos sobre las bestias le traspasó el corazón.

“¡Malditos, cayeron de golpe! Acababa de arrancar la troca que se llevó la carne. Las nubes renegridas estaban por soltarse cuando el alboroto se armó con ganas. Ni quién los columbrara y ya estaban encima. No hubo tiempo de repartir el dinero que pagaron por la carne. Nomás ví cómo Chano metía el rollo de billetes en el morral y echaba a correr entre la breña. Yo también le di recio a las piernas rumbo al cerro. Las pajueadas de los balazos me pasaban encima. Mientras corría doblaba el cuerpo para torearlas. A veces cami-

naba a rastras sobre la barriga, luego me quedaba tirante, como lagartija en el sol. De repente, que tropiezo con un cristiano empinado sobre una piedra. Antes de voltearlo adiviné que era Chano por el morral solferino que le colgaba. Me vino a la memoria el rollo de billetes y a toda prisa lo cambié a mi propio morral.

Para entonces, el chaparrón que había agarrado fuerza, me maneaba las zancas para correr con soltura: "Sálvame, Patroncito San Dimas, tú que te has de haber visto en éstas." Y ai' nomás que se fue atravesando la cueva. Para pronto me colé en ella y todavía no empezaba a descansar, cuando entraron estos jijos de la tal por cual y tuve que meterme en esta rajadura. Por tener que estar tan tieso, bien que me está jorobando un calambre."

— A ver si mi comandante no nos deja chiflando en la loma con la recompensa, oyó que decían —. Los hacendados de La Herradura fueron los primeros en soltarla, luego los de San Macario y El Tecolote.

Felipe Rosas comenzó a interesarse en la plática. ¡De manera que hasta recompensa! ¡Su cabeza tenía precio! ¡Si lo hallaban, quién lo iba a perdonar! Saliendo con bien de allí, estaría salvado. Nadie en la región le había visto la cara.

— Pos sí, mi comandante se ha echado el compromiso de limpiar de cuatreros, ya hasta va a enrolar unos diez pelados más que ayuden a perseguirlos.

— Oye, Tejón, y lo que decías de la recompensa, ¿también nosotros alcanzaremos?

— ¡Ah qué Pajarito! Se ve que estás recién entrado, ¿no miras que quieren tenernos contentos? Ora, que lo gordo, se lo guardan ellos. Bueno se pone cuando no están presentes. Oye, Cucho, ¿te acuerdas qué bien nos fue con aquéllo de cobrar por la pasada a Las Grutas? Nomás cuéntale al Pajarito.

— Sí, para qué es más que la verdá, mi comandante sabe discurrir, y como el presidente municipal, pos “aquí te aguardo, no te tardes”, ni tenemos trompezones. Sucede que nos mandaron a éste y a mí a cobrar cinco pesos a cada automóvil y diez a los camiones, queque era orden del gobernador para hacer la carretera. Juntamos harto y agarramos nuestra buena raja, ¿verdad Tejón?

Festejaban sus hazañas a risotadas. Felipe imaginaba al Cucho torciendo la boca como huarache viejo.

— Oye, Cacarizo, ¿y cuando ya no nos gustaban los borrachos?

— Pos sí, un día nos llamó mi comandante: “Oigan, muchachos, el señor Cura está friegue y friegue en la iglesia, que hay qué acabar con la bebida, que es pecado ser borracho y vamos a ayudarle con las obras; el domingo, Juan Medialuna, El Garras y La Zorra, se me van a la cercanía de La Cañada, y tú Cacarizo, El Tejón y El Cucho, junto a Las Grutas. Detienen a los que vayan llegando a pasar día de campo, los esculcan y arrean con todo lo que sea vino, digan que es orden de la autoridá.” Volvimos oscureciendo y entre unas jarillas enterramos nuestra parte. ¿Verdá, Cucho? Nomás les digo que los jefes tuvieron para em-

borracharse dos días y dos noches con las viejas de Doña Chole.

—¿Y ustedes?

—¿Nosotros? ¿pos tú que crees? — Risas destempladas volvieron a llenar la cueva — . Si es re fácil, todo está en agarrar el modo.

—Ya está parando el aguacero.

—Era hora

—Pos a cargar muertitos.

—Oye, Cacarizo, y el negocio de los animales sin fierro. . .

El agua se fue casi de golpe como había llegado. Los hombres salieron de la cueva y las palabras se regaron con el viento.

Entonces, Felipe Rosas apareció como Lázaro, demacrado y enceguedo. Salió cargando el peso del cuerpo en las manos menos entumecidas. La hendedura era larga y él nomás estuvo a cada rato poniendo los brazos en cruz.

Se tiró en el suelo para descansar la cabeza, los brazos, la espalda.

El peligro pasó y él estaba con vida. Tenía el dinero del morral y podría dar comienzo a una nueva gavilla, de la que él fuera capitán. Iba a juntar unos cinco valientes y matreros para empezar. Dando ora un golpe acá y el siguiente a muchas leguas, lejos, a ver qué desgraciado llegaba a pisarle los talones.

Así, echando ensueños al aire, se quedó dormido.

Cuando asomaba la mañana, Felipe Rosas salió de la cueva. Después de orientarse, tomó con seguridad el rumbo opuesto de San Cristóbal. Adelante estaba la hacienda de Chupiros, sería bueno quedarse allí unos días a ver si se conchavaba alguno que le sirviera en sus planes.

Su ropa y sus huaraches, en parte, quedaron entre la breña.

La humedad le calaba en los huesos. Con las uñas de los pies iba rascando tepetate y hierbas. ¡Ya llegarían días mejores, aunque tuviera que jugar con la muerte!

Comenzó a repasar los sucesos de la víspera. ¡Qué carambas! ¡Haberles cebado el premio por su cadáver! ¡Malditos! Felices contando sus trácalas, mientras él agonizaba en aquella como sepultura.

Las carcajadas del Cucho, la voz tipluda del Pajarito, el hablar del Tejón le revolvían los sesos. De pronto se detuvo. ¡Quién sabe qué le abrió el entendimiento! La sorpresa, al correrle el cuerpo, lo dejó engarrotado: “Y yo que me iba a aventar otra vez a los padeceres, a vivir siempre a salto de mata, perseguido como chucho del mal! ¡Si no seré tarugo!”

Levantó el pecho y resolló con fuerza. Abrió la boca en ancha y estrepitosa carcajada. Dio la vuelta, y cara a San Cristóbal caminaron sus pasos: Quería llegar sin tardanza, al cabo habían dicho aquéllos que andaban enrolando gente.

Cuando de regreso pasó por la cueva, testigo de su agonía, Felipe Rosas gritó hacia el fondo a modo de

juramento: "Si casi llegué a cabecilla de cuatros, ¿por qué no he de llegar a comandante? Todo está en agarrarle el modo, como dijo el Cacarizo."

EL ENTIERRO

Al bajar del camión quedaron junto a la esquina. No sabían a dónde ir. José Bernabé cargaba la frazada y el morral con gordas y mezquites. María Sanjuana anudaba en la cintura las puntas del rebozo que servían de nido en su espalda a una recién nacida.

Estuvieron allí buen rato, no hablaban ni se movían, sólo la niña empezó a toser. En el camión el ambiente era tibio y cuando bajaron una bocanada de aire húmedo les azotó el cuerpo.

Por fin José Bernabé echó sus pasos por la calle que tenía enfrente. Con trote regular le seguía María Sanjuana.

Acababa de llover en la gran ciudad como todas las tardes de agosto y el cielo no tenía traza de limpiarse.

Caminaron cuadras y más cuadras. José Bernabé se detuvo de pronto, había divisado el esqueleto de un edificio en construcción. Lo señaló a la mujer y fueron hasta el viejo que recargaba su aburrimiento en el marco de la entrada.

—¿Me lo das trabajo? Soy albañil.

— ¡Mmmm trabajo...! ¡trabajo...! la gente está completa.

— Vengo de lejos nomás a eso.

— Muchos vienen de lejos y no encuentran nada.

— Si no me lo das trabajo mañana, éstos tienen hambre.

— Yo nomás soy el velador; si quieres, vuelve mañana cuando esté el maestro de obras.

José Bernabé no contestó. Estuvo escuchando sus propios pensamientos: ¿para qué volver si ya estaba allí? Además, ¿volver de dónde?

Dijo a su mujer unas palabras en mazahua y despacio se sentaron a un lado de la construcción.

María Sanjuana acostó la criatura en su falda. La recién nacida tosía sin descanso. José Bernabé les empalmó la cobija y fue a acurrucarse junto a ellas.

Muy entrada la noche sintieron cómo unas gotas de lluvia gruesas y pesadas golpeaban la frazada del hombre y el rebozo de la mujer. Luego se fueron adelgazando para hacerse cada vez más tupidas.

El velador asomó la cabeza y dijo con voz amorrida:

— Entren, parece que el aguacero viene con ganas.

A la turbia luz de una linterna de petróleo se acomodaron en el rincón más protegido, pero hasta allí el aire chocaba sobre sus cabezas. Se metía por las ventanas sin vidrieras.

La niña no paraba de toser. La tos se le fue hacien-

do ronca. Las ansias por no ahogarse abrían sus ojos y zarandeaban su cuerpo. Para buscarle alivio, los padres la destapaban al ventarrón, querían que resollara a sus anchas.

La noche seguía pasando. Tras dolorosa sacudida la niña no tosió más. Quedó con la mirada fija en el techo. María Sanjuana ahogó un gemido en el rebozo e hizo una seña a José Bernabé. Este nada dijo, estuvo mirando a la niña, luego agachó la cabeza.

Apenas clareaba. El agua había dejado de caer, cuando el hombre extendió la cobija. Su voz era entrecortada.

—Dácala. María Sanjuana, aquí la voy a enredar para enterrarla.

Con cuidado, para no hacerle daño, la envolvió en el sudario y arrastrando los pies, como si la carga fuera más grande que sus fuerzas, salió.

No sabía qué hacer con el bulto. Anduvo unas cuabras y encontró un jardín. Recorrió los prados. Se detenía a ratos para escoger, hasta que de rodillas hundió muchas veces las manos en la tierra blanda y húmeda. Puso el envoltorio en el hueco, lo cubrió con la tierra y volvía cuidadosamente una a una las plantas a su lugar cuando oyó que alguien se acercaba.

—¿Qué haces allí?

—Nomás doy entierro a mi niña que murió a la media noche.

—¡Cómo, pero la enterraste aquí, en el parque!

— Aquí está güenito, digo yo, queda todita coronada de flores.

José Bernabé, que mientras hablaba iba levantando la vista, miró primero unos zapatos negros, luego un pantalón azul, después la pistola fajada en lo alto del pantalón.

Se paró con prontitud hasta quedarle la cara al ras de otra tan trigueña y tosca como la suya.

— Mira qué tarugadas hiciste, te voy a llevar a la comisaría, mi deber es dar parte.

— ¿Dices que no quedaron bien trasplantadas las matitas?

— ¡Indio maje! Tienes graves delitos de qué responder.

José Bernabé nada entendió. Fue conducido a la patrulla. Una vez en ella y hasta que perdió de vista el Parque, se entretuvo inútilmente en divisar entre los árboles el almacén del edificio en donde quedó esperando María Sanjuana.

EL SANTO Y LA FERIA

Era cerca de media noche y dentro de la capilla Maclovio sudaba ansiedad. Iba y venía del altar en penumbra a la puerta entornada y de la puerta al altar.

Ahora deteníase de rodillas ante el Santo. Ahora de pie atisbaba la noche.

En el interior, Nuestro Padre San Francisco, inerte, solitario, cuajada la túnica de oro y plata en exvotos.

Afuera, cohetes luminosos horadaban tinieblas y el jolgorio de la feria se tendía en el espacio.

—Hay qué velar por la fortuna del Santo Patrono durante su festividad —pidió el capellán—, entre tantos fuereños suelen colarse algunos sin escrúpulos.

Muchos fieles ofrecieron hacer guardia nocturna; pero esa tarde, después de cubrir al Santísimo, al final del ejercicio, sólo Maclovio estaba ahí desgranando lamentos.

—¡Qué ingratitud, por Dios! ¡Cuánto mal pago recibes, Padre Santo! Como si a la hora de la hora no fueras tú quien auxilia nuestras necesidades. Allí está si no José Pantoja, caminando como si nada, sin bas-

tón y sin muleta, después de tamaño voltión de troca. Gumersindo Pérez ni un rasguño ¡quién lo creyera después de haber sido acuchillado y tenido por muerto!; en la última boquiada nomás te invocó y tú generoso lo dejaste bueno y sano. ¡Hipócrita Sebastián el manco! ¿No que lleno de gratitud porque su tienda se libró del incendio? Tengo presente el suceso: eran tales las llamaradas, tales las chispas, tamaño el achicharramiento de la casa vecina como alaridos pegaba el hombre: "San Francisquito, nuestro Padre de Asís, salva mi negocio. Ya ves que ningún año te desamparo con mi limosnita para tu fiesta. Sabes cuánto te respeto. Te quiero como a mi padre, como a mi madre, como a mi hermano, como a mi esposa, como a mis hijos. ¡Amparo de los pobres, no me hundas en la miseria! ¡Ay, Jesús, qué lengüetazos de lumbre se embarran en el techo de la trastienda! ¡qué borregadas de humo negro tapan ya la mitad de la finca!"

En eso llegó corriendo su señora y aventó en la lumbrada un cordón franciscano bendito. El fuego empezó a amainar y los gritos de Sebastián se volvieron de agradecimiento:

— ¡Voy a doblar en dos la limosna de cada año! ¡Prometo aumentar la vendimia de estampitas y medallas de tu divino rostro! ¡Juro nunca olvidar esta gracia y quedo pa' servirte!

— ¡Farsante! ¡Rajón! Ahora que tú lo has menester se da la sentada. Ni Toribio, ni Tiburcio, ni Juan Salas. ¡Marranos! ¡Todos a la feria! ¡Qué le hace que desvalijen a nuestro Padre Santo!

Apoyado en el reclinatorio Maclovio hundió la cabeza entre las manos. Cantos de mariachi, pregón de lotería y olor de pólvora disparaban sugerencias. Con lentitud se puso de pie y caminó hacia la puerta.

¡Qué hermoso castillo de luces fosforecía por encima de la multitud! ¡Qué chispiadero de colores en el viento! verde, azul, lila, solferino, anaranjado. . . Desde pequeño practicó, como un rito, bañarse en aquella cascada de luceros.

Primera vez en su vida que no tomaría parte en el regocijo de tirar saltapericos a los pies de las mujeres, de brindar con curados de guayaba, piña, naranja, melón, plátano y papaya. Primera vez que como prisionero divisaba el barullo desde una puerta.

—¡Vaya, nomás faltaba que esto fuera a pesarme! —dijo vuelta y fue a arrodillarse cerca del altar—. Soy el único que te cumple en este trance y todavía me quejo. No me hagas caso Padre mío, es mi mala naturaleza que salta de repente.

Dispuesto de nuevo a cuidar el sacrosanto decoro, Maclovio sacó el rosario y comenzó a pasarlo entre los dedos. Sin misericordia cantaban los de afuera y ¡oh irreverencia! en la mente se le enredaban la letra de ¡Ay Jalisco! con la del Ave María.

Quiso concentrarse contando los milagros de San Francisco manifestados allí en figuras humanas o de animales: piernas, brazos, cabezas, corazones de plata y oro. Eran muchos, tantos, que la franela roja en que estaban prendidos pasaba por detrás de nuestro Padre

e invadía el altar de Santa Teresa su vecina. Tan numerosos, que antes de llegar a la mitad perdía la cuenta y volvía a empezar.

Una carga de pólvora lo sacó de su abstracción.

—¡Salvajes! Otro camarazo y darás en el suelo con tu divina persona.

Cuando acordó ya estaba en la puerta. El taconeo sobre los tapancos le sacudió el ánimo. Quién sabe cómo se le batió la sangre. Comenzó a bailar a saltos mientras cantaba en voz baja. La euforia lo atacó a mansalva. Iba a desbocarse un ay! ay! ay!, estridente cuando la música paró.

—¡Qué tarugadas hago, merezco una cintariza!

Se recargó en el marco de la puerta absorto en el espectáculo: una, dos, tres, cuatro saetas en competencia de altura anuncian su trayectoria con silbidos frenéticos. Huellan el viento, ascienden, elévanse hasta su resistencia, hasta desintegrarse en armonía de luciérnagas que van devorando la oscuridad.

—Adiós, Maclovio, ¿a quién esperas aí' tan solo?

—Estoy de guardia en la capilla.

—Vamos a echarnos un zapateado.

—No hay a quién dejarle el cargo.

—Pos te la pierdes, el baile está re suave.

Julia y sus amigas mezcláronse entre la gente y Maclovio penetró en el sagrado recinto. Quedó molesto y pensativo: ella bailarí­a con quien la solicitara. Todos la deseaban, la apetecían. Codiciaban su boca, su

cuerpo, gloria de las miradas, maleficio de los sentidos, manada de provocaciones. No se esforzó en imaginar, como si la tuviera a la vista estrechada por cualquiera, el pulso y la carne se le afilaron hasta causarle dolor físico. Y él, como un imbécil clavado ahí por una promesa.

Levantó los ojos y los clavó rencoroso en la imagen; pero su mansedumbre lo desarmó.

—¡Ave María Purísima del Refugio! Mis pensamientos del mismísimo infierno habrán manchado tu inocencia. ¡Apíadate de mi taruguez! Pensé en esa vieja nomás sin querer. Soy un mal agradecido. . . ¡Yo, a quien no le bastarían los dedos para contar tus mercedes! ¡El único en la familia libre de la viruela, cuando la epidemia llevó a mis hermanitos y a mis amados padres a gozar de la gloria! ¡Y gracia sobre gracia, alargaste su agonía hasta mi llegada para recibir su última bendición! ¡Ay, Padre Bendito, cómo no he de estar endrogado de favores con tu Divina Gracia! ¿Te acuerdas? ¡Cuando el robo de todas mis herramientas de trabajo! Fuiste tan parejo, nomás vine a decirte y para pronto me haces la balona. No sólo arreglas que aprisionen a los bandidos sino que me devuelves las herramientas sin faltar una.

El pensamiento de Maclovio se cortó de tajo; luego volvió arrastrándose en la revelación:

—¡Tú arreglaste que aprisionaran a los bandidos! ¡Si no seré tarugo! ¡Cómo me has de estar compadeciendo! ¡Por maje, Padre Santo! ¡Mira nomás que

cuidarte yo a tí. . . ¿Pos quién de los dos es el milagroso?

Maclovio dio fin al estira y afloja de la indecisión. De un salto estuvo afuera de la capilla y segundos después, íntegro en el bullicio de la feria, martillaba con los pies el tapanco y brindaba con curados de guayaba, piña, naranja, melón, plátano y papaya.

EL FUGITIVO

Mucho antes de que oscureciera, cuando los pájaros no revoloteaban aún buscando acomodo en los mezquites y huizaches de las afueras del pueblo; cuando los ganados no comenzaban a regresar a sus corrales, entre la tupida nopalera del montecillo que se eleva frente al caserío, se ocultaba un hombre.

Sus ojos negros y brillantes tenían un mirar ansioso en dirección del pueblo; nervioso agitaba las barbas de su frazada o se removía el mugriento sombrero sobre su pelambre hirsuta; su respiración era agitada, todo su ser denotaba una aguda ansiedad.

Dos años antes se había marchado de su lugar de origen; todo había sido inesperado, cosas del vino que ofuscan el entendimiento convirtiendo la amistad en discordia.

El y Gumersindo, su mejor amigo, casi su hermano por el afecto que los uniera siempre, se habían pasado la tarde bebiendo pulque en el tendajón de su compadre Andrés.

Ya entrada la noche él se negó a seguir tomando y Gumersindo se empeñaba en que bebiera otro jarro a

su salud; cada uno se amachó en su capricho y la discusión empezó; se lanzaron palabras ofensivas, de éstas pasaron a los hechos y salieron a relucir las guaparras.

El sólo se aprestó a defenderse, pero al sentir en el costado un agudo piquete del arma del otro, una sorda furia nubló su mente. Pocos segundos después Gumer-sindo yacía tirado en el suelo con el corazón atravesado por el acero.

Todos los presentes se habían quedado inmóviles; entonces su comadre, saliendo del cuarto contiguo, lo había jalado, llevándolo hasta el corral.

— Váyase pronto, compadre; yo me haré cargo de su chamaco.

Y él había brincado la barda echando a correr hasta que se sintió seguro; pasó la noche en una cueva del arroyo; hasta ahí llegaban las pisadas de los caballos y los gritos de los que lo perseguían. Apenas clareó, se puso a caminar de nuevo hasta alejarse lo suficiente para no ser reconocido.

Había pasado esos dos años trabajando en un pueblo distante; hubiera sido feliz si no le atormentara la idea de Gumersindo difunto, y si no le llegaran a veces deseos incontenibles de ver a su hijo. Desde que la madre murió dejándose de un año, él lo había cuidado con mucho cariño acostumbándose a sus gracias. ¡Cómo lo extrañaba...! ¡Debía estar ya muy crecido! Soñaba en aquellos días felices de paseo acompañado por el pequeño, o lo imaginaba hombre, compartiendo con él el trabajo de la siembra y la escarda; ¡sueños nada más!, volver a su lado era imposible, sabía que si

regresaba no saldría de la prisión hasta después de mucho tiempo, y no por cobarde se ocultaba, ¡cuántas veces rayando su penco con audacia se había enfrentado a partidas de cuatreros no importando el número de adversarios!; tampoco le temía a la muerte, ¡pero a la soledad, a la inactividad de la cárcel. . .!

Que lo enterraran muerto era natural, ¡pero que vivo lo sepultaran en una celda sin luz, sin aire, alimento principal de su alma de campesino montaraz! Tendría que esperar. . . ¿Qué?, posiblemente un milagro por el cual su crío fuera a reunirse con él; y con esta vaga esperanza pasaba los días y las noches en su destierro.

Una ocasión, mientras amarraba las pacas de ixtle en la jarciera en donde trabajaba, oyó que unos arrieros nombraban su pueblo, Santa María de los Huizaches. Sintió la necesidad de oír nombres de personas y de lugares conocidos y se dio maña para entablar conversación.

Se enteró de que ahora el juez del pueblo era Atenógenes Esparza, tío de Gumersindo, ¡menuda esperanza tenía de ser absuelto!, ¡si era de los más ensañados en su aprehensión! Supo también que la cosecha de maíz y frijol había sido abundante a pesar de la raquíca en toda la comarca y, cómo se logró con creces, la codicia hacía merodear a una partida de bandoleros; que Don Andrés el de la cantina, su comadre, lograda mejor cosecha, más dinero había llegado a reunir y, por último, que una epidemia de viruela negra tenía asolado el pueblo y sus alrededores, y co-

mo los niños son menos resistentes, casi no quedaba un chiquillo por el rumbo.

Todo lo escuchado se borró de la mente de José, el fugitivo, mas la última noticia persistía tenaz atormentándolo sin compasión. ¿Su chamaco se habría librado de la enfermedad o cuando menos de la muerte? ¿Sería posible que nunca más volviera a verlo, acariciar su cabecita inquieta, gozar de las gracias infantiles de sus escasos cuatro años?

El corazón se le oprimía dolorosamente, no volvió a conseguir calma y dos días después emprendió la marcha de regreso.

Y ahí se encontraba oculto ahora entre la nopalera del pequeño monte. Santa María de los Huizaches se le ofrecía clara a la vista no obstante estar por extinguirse la luz del sol; pero ¡la conocía tan bien!; ahí había nacido y pasado su vida: aquella era la casita en que fue feliz con su mujer y su hijo, ésa, la de Atenógenes el Juez, a un lado de la placita que domingo a domingo se llena de vendimias de todas clases, frutas y jarcia, ropa, loza de barro y baratijas multicolores; al otro lado, la capilla en donde celebró su matrimonio y más tarde el bautizo del pequeño; y un poco más acá, en la acera de Don Atenógenes, la casa de sus compadres; en ella debía estar su pequeño José.

Con agobiadora ansiedad esperó a que anocheciera; serpenteando entre los nopales comenzó a descender con precaución. Hasta allí llegaban voces desiguales y chillonas que entonaban cantos místicos, procedentes de distintos rumbos del poblado. José sabía lo

que significaba aquéllo: eran velorios, consecuencia de la viruela que podía haberle arrebatado a su pequeño.

Ahora caminando de prisa, ahora deteniéndose tras una esquina u ocultándose en el quicio de una puerta, José avanzó por las angostas calles; subrepticamente, enredado en su cobija parda y con el sombrero calado hasta la mitad del rostro, pasó frente a la casa del Juez, era forzoso hacerlo para llegar a la de su compadre. También ahí se velaba un cadáver, por las ventanas abiertas pudo ver los mortecinos cirios. Advirtió que el muerto no era un adulto, por las gasas blancas que lo cubrían y por las flores que lo coronaban.

Al llegar a la casa de su compadre, se detuvo ante la puerta, iba a tocar, pero reflexionó un instante: podía llamar la atención de los que velaban en la casa del Juez, mejor sería introducirse por el corral, la barda la había brincado en otra ocasión. Desanduvo hasta la esquina y dio vuelta a la manzana hasta llegar a la parte posterior de la casa; con agilidad subió por los hoyancos del adobe y de un salto se puso dentro.

Cuidando de no hacer ruido para no alarmar a sus compadres, tardó un poco en levantar con su cuchillo de monte, a través de la pequeña abertura, la aldaba interior de la puerta que comunicaba al patio; no escuchó ningún ruido, todos debían dormir. Se introdujo en la habitación, la noche era clara y por la puerta semi abierta penetraba la luz de la luna haciendo posible el avance sin tropiezos.

Con voz baja y emocionada comenzó a llamar:

— Compadre . . . compadre . . .

Silencio profundo; se acercó entonces a la cama y vio que estaba vacía, debían andar en alguno de los velorios, ¿y el niño? Le espantaba pensar en la posibilidad de que ya no existiera, soportaría otras horas de angustia y lo vería luego llegar con sus padrinos, alegre y saltarín.

Se sintió muy cansado, y se disponía a echarse sobre el camastro cuando advirtió que algo se movía encima, era un cuerpo pequeño, no podía ser otro que él, su chiquillo . . . su pequeño José . . . y ahora ¿iba a dejar que la viruela lo atrapara y le diera la muerte como a los demás?, huiría con él fuera del contagio, lejos del peligro; no se detuvo a pensarlo, apresuradamente lo envolvió en la cobija y con cuidado se lo echó sobre el pecho; salió del cuarto y se dirigió al corral.

Cuando a punto estaba de alcanzar la puerta que momentos antes abriera con ayuda de su cuchillo, oyó que la de la calle se abría chirriando y la voz de Don Andrés en amena charla.

Se detuvo con intención de regresar a encontrarlo, pero otra voz de hombre lo dejó inmóvil; en un momento midió el peligro, se imaginó detenido, encarcelado, y su pequeño José debatiéndose moribundo, con el tierno cuerpecito cubierto de ámpulas putrefactas; comprendió que aún era tiempo y avanzó. Desgraciadamente, al traspasar la puerta que tenía delante, el fleco de la cobija se enredó en la aldaba golpeándola contra la madera. pensó que había sido escuchado y tiró nerviosamente, volviendo a golpear con fuerza. De

un salto estuvo junto a la barda, pero el saltarla, por baja que fuera, no era tan sencillo como la vez que lo hizo sin carga; potente llegó hasta sus oídos la voz de su compadre Andrés.

— Ya han de andar ahí esos tales robando a la gente honrada.

A continuación dos disparos, sintió las balas tan cerca que se sorprendió de no haber sido tocado; dobló dos o tres esquinas y echó a correr hacia el monte. El niño, sintiendo al parecer incomodidad por los saltos y las carreras del padre se removía con fuerza y estaba a punto de escurrírsele de la manta. José pensaba llegar a la cueva que le sirvió de escondite en su primera huída, pero sintiéndose cansado y considerando al niño, se introdujo en un círculo estrecho de nopales y ahí sentóse cuidadosamente; con precaución descubrió al pequeño por el temor de algún golpe de viento, y entonces notó con espanto que la cobija estaba mojada de algo negrusco y pegajoso; desesperado tiró de ella y con los ojos desmesuradamente abiertos vió las ropitas bañadas en sangre. Un sudor frío cubrió su cuerpo. Violenta sensación de terror lo invadió de la cabeza a los pies; quedó inmóvil, azorado, con la vista clavada en el cuerpecito inerte, y así hubiera permanecido horas indefinidas si un leve quejido del niño no lo hubiera hecho entrar en reacción; estrechó entonces contra su pecho aquel pedazo de su propia carne en un intento inútil de protegerlo; comprendió que todo estaba a punto de perderse, el niño agonizaba. Y el desencanto y la amargura y la angustia y el dolor

invadían todo su ser. Adivinaba más que veía aquellos ojitos vivarachos opacarse como luceros desmayados. Sentía el cuerpo del pequeño convulsionarse entre sus brazos fuertes hechos para protegerlo. Y sentía la desesperación de su impotencia ante algo intangible que se lo robaba impune.

Cuando los espasmos estrujantes cesaron, cuando las tiernas manecitas atormentadamente en puño se abrieron como lirios a la brisa matinal, José no pudo moverse, una pesadez de cuerpo y espíritu lo clavaba en el sitio. Como de un mundo irreal le llegaban los cantos a los difuntos y los disparos de los que buscaban a los supuestos ladrones.

Poco después lo encontraron sus perseguidores. Cuando los sintió cerca, celoso, envolvió el cadáver y lo abrazó estrechamente.

Para todos fue una sorpresa encontrarlo, y con la autoridad del más fuerte lo obligaron a ponerse en pie y a bajar hasta el poblado.

Por la achocolatada vereda avanzaba entumecido el infeliz José. Habíase dado cuenta apenas de las armas insultantes que sus aprehensores empuñaban en alarde de fuerza innecesaria. Guardaba un silencio absoluto; no le importaba ya su suerte; las cuerdas todas de su sensibilidad estaban prendidas de aquel fardo fúnebre que oprimía con desesperación.

Antes de que llegaran ante la casa del juez, ya éste se encontraba de pie junto a una de las rústicas ventanas de su vivienda. Con fanfarronería le gritó uno al llegar:

—Mire, Don Atenógenes, lo que le traímos aquí. Lo ha de 'ber alcanzado una bala, lo encontramos por las huellas de la sangre.

La sorpresa del viejo fue sincera.

—Conque eras tú condenado. . . yo no creiba que a más de matón jueras sinvergüenza. ¡Ora verás lo que se te espera, tanto como lo he jurao!

Y añadió con feroz alegría:

—Ya verás la muerte que te'está esperando.

Y dirigiéndose a los oyentes ordenó:

—Ora llevénselo y amarrao lo avientan al joyo, más tarde allí nos veremos. Y tú deja aquí ese envoltorio, ai' has de traer lo que te robaste.

Y tiró con violencia de la cobija ensangrentada. La cabecita quedó al descubierto. La carita lívida hablaba elocuente del dramático suceso.

El viejo no supo qué decir, con espectación miró a José, y éste, que no había dado señal de comprender las amenazas e insultos, al contemplar de nuevo el querido despojo se estremeció dolorosamente y un sollozo convulso, prisionero de su alma atormentada, salió pregonando la innenarrable angustia de su querer de padre.

Como movido por un resorte Don Atenógenes volvió la cabeza al interior de la habitación y clavó sus ojos inyectados por la noche de vela en el cuerpecito rodeado de flores y cirios. Cuando de nuevo miró a José su semblante había cambiado, la expresión de feroz alegría por su venganza próxima, se había trocado en

un rictus amargo de dolor infinito. Su acento fue casi tierno cuando preguntó emocionado Don Atenógenes:

—¿Por eso has venido?

Guardó silencio unos instantes y continuó con voz entrecortada:

—Aquello ha quedao ya bien pagao. . . ora todos sufremos lo mesmo. . . entra y tiéndelo, junto al mío hay un lugarcito.

No se vio un ademán de protesta. Los que presenciaban la escena se habían inclinado conmovidos. Más de algunos ojos que momentos antes lanzaran miradas de odio o de sangrienta burla sobre el prisionero, estaban ahora húmedos por el llanto. Pocos eran los que no habían sufrido la pérdida de un jirón de su propio ser. Todos sentían ahondarse sus heridas frescas.

Y en aquel momento solemne, en que el hambre voraz de venganza se había trocado en comprensión, el dolor indescifrable hermanaba los corazones inundándolos de una dulce ternura filial.

El sol asomaba sobre el montecillo vecino; el canto de los gorriones se entretejía en la arboleda y el viento soplaba leve envolviendo a Santa María de los Huizaches en un invaluable y dulce perfume de ternura y perdón.

LA TRAGEDIA DEL CAMPO

Conocí a Emilio en el autobús que nos conducía a nuestro respectivo trabajo. Lo abordábamos en la misma esquina y muchas veces coincidíamos en el momento. No tardamos en cruzar las primeras palabras, vagas e intrascendentes, pero que fueron la base de una amistad perdurable.

En el trayecto comprendido hasta mi trabajo, él continuaba hasta la zona industrial, charlábamos amigablemente. Así pude enterarme que era obrero en una fábrica de aluminio y originario de La Estanzuela, ranchería situada en un Estado del centro de la República y que abandonó su casa porque el trabajo del campo no le seducía.

Después de varios meses de conocernos, Emilio me habló de la próxima visita a sus padres; disponía de una semana de vacaciones y en ello pensaba emplearla. Mi felicitación fue tan efusiva, mi creencia tan firme en el beneficio que le reportarían unos días pasados lejos del barullo citadino que le inspiré la idea de invitarme, lo hizo, y yo acepté con inmensa alegría.

La víspera del viaje estuve agitado. El próximo su-

ceso me llenaba de un sobresalto infantil; temía que algo inesperado impidiese mi salida y me tranquilicé cuando abandonamos la ciudad.

De madrugada Emilio y yo nos instalamos en el autobús que había de alejarnos muchos kilómetros de la capital, y cuando una hora después salimos a campo abierto, ni el incipiente y hermoso resplandor del sol, ni el rocío que perlaba los cristales de las ventanillas, o el frescor saturado con perfume de montañas lograban sustraerme del ambiente que ansioso abandonaba.

Comentarios de los pasajeros sobre el problema del tránsito de la ciudad; quejas de otros por asuntos de trabajo y las discusiones de política, me ataban contra mi voluntad a las complicaciones de costumbre.

En el lugar donde la carretera comenzaba a desviarse nos esperaba Lino, hermano mayor de Emilio. Además de su cabalgadura había traído un caballo alazán y una yegua tordilla, ambos de buena alzada y de pelo suave y lustroso. Emilio montó en la yegua y yo en el caballo. Empezamos la marcha hacia La Estanzuela.

A pesar de mis esfuerzos no pasó inadvertida mi torpeza de jinete. Emilio y Lino con disimulo se detenían a esperarme cada vez que el caballo, desorientado por mi estupidez de tirar casi instantáneamente de un lado y otro de la rienda, hacía un semicírculo sin avanzar o levantaba las patas delanteras.

El camino que recorriamos era sobre terreno áspero y estéril, alguno que otro nopal, alguno que otro za-

catillo. Más de dos horas prolongamos nuestro tránsito como jinetes, a veces cuesta arriba, pero siempre sobre campo yermo.

De pronto, — artimañas de la Geografía — apareció a nuestros pies un paisaje de juguete: una llanura con árboles, humaredas olorosas a ocote que en sutiles columnas salían de las casuchas, zurcos recién abiertos para la siembra, magueyales que jugaban a la geometría. Era La Estanzuela, por fin llegamos a nuestro destino.

El rancho entero sabía de mi llegada y como nadie ocultaba su curiosidad, en la casita de Emilio habíanse reunido todos a recibirnos. Emilio había mandado decir que llegaría acompañado de un señor muy decente y eso de “muy decente” era para estas buenas personas lo mismo que decir muy principal, muy adinerado y a todos sorprendía que Emilio tuviera amistades distinguidas.

En cuanto desmontamos se acercaron los padres de mis amigos: Francisco, viejo enjunto pero macizo, y doña Jesús, mujer cincuentona, llena de carnes, sonrosada y risueña; después los demás. Los hombres me daban la mano derecha mientras con la izquierda levantaban su sombrero; las mujeres cubrían su mano con el delantal o con el rebozo para tendérmela. En seguida se dispersaron y quedamos solos la familia y yo.

Me asignaron el dormitorio de Pancho, otro hermano de Emilio empleado entonces en una hacienda vecina. La cama, aunque un poco dura, estaba muy limpia; había también un baúl que serviría a la vez de

buró y guardarropa y una mesita que después supe fue adquirida especialmente para mi uso; pretendían que tomara en ella mis alimentos.

La comida fue abundante y sabrosa. Me empeñé en que me dejaran comer con ellos en la cocina, a lo que se oponían por querer librarme del humo de olotes y leños en el fogón. Desheché el vaso de vidrio y quise beber aquella agua fresca y azulosa en un auténtico jarro nuevo.

Por la tarde se soltó el aguacero. Ni Lino ni el viejo salieron a la siembra y nos la pasamos charlando y viendo llover. Para ellos era corriente la lluvia en el campo, tal vez por eso no le prestaban mayor atención que como elemento principal en el cultivo de sus tierras. A mí en cambio me fascinaba el musical caer de las gotas sobre los tepetates; ver cómo en los charcos los "patitos" de plata, de marfil, de espuma, de cristal, chapoteaban juguetones y al desleírse dibujaban círculos que desaparecían paulatinamente. Me engolosinaba aquella sensación de frescura; la magnificencia del horizonte infinito a través de la claridad cristalina del día.

Francisco y sus hijos fueron los primeros en hablarme de la cosecha esperada:

— Ahora no será como el año pasado, el agua llegó tarde y por aquello de agosto andábamos sembrando; las milpas prometían mucho; pero vino el hielo y no levantamos ni moloncos para los animales.

— Con esta agüita bien aguantan las tierras hasta

fines de junio; la semana pasada, el merito día de San Isidro comenzó a llover. Ojalá caigan otros aguaceros y después se vieren las aguas.

— Para las aguas tiene usted qué venir, — me decían todos los amigos del rancho — ahora el campo está triste, pero entonces sí que se pondrá bonito. Le asaremos elotes al pie de la milpa.

El día de mi llegada, a pesar de sentirme cansado por el viaje a caballo, conversamos hasta entrada la noche y al siguiente día muy temprano estaba despierto. El mugir de las vacas, el balar de las ovejas, los cantos de los pájaros, las alegres mañanitas de los gallos, toda esa música extraña me invitaba a dejar la cama.

Contento me vestí y fui a reunirme con los que ordeñaban media docena de vacas gordas y lustrosas; después de varios ensayos pude también hacerlo y encontré placer en ello las mañanas subsecuentes.

Me integré al paisaje como el agua que corre en el arroyo, como el viento que silba entre los árboles; era un ser privilegiado, lo creía así. ¡Cuántos de mis amigos desearían tener la maravillosa oportunidad a mi alcance de saborear un tibio jarro de leche junto a la vaca proveedora, de saturar sus pulmones con aquel aire vivificante, de disfrutar el ambiente de calma y de poesía que ennoblece el espíritu y lo depura como fuego ritual. Envidiaba con el alma a los labriegos que transpiraban satisfacción por el presente y auguraban un porvenir lleno de prodigios.

— Ahora sí tendremos buena cosecha, no como el año pasado.

— Las cabañuelas anunciaron lluvias continuas de abril a septiembre.

— Yo compraré pronto dos yuntas y dos arados.

— Entonces sí echaré trato por uno de los caballos de Caracoles.

Escuchaba sus diálogos sencillos y confiados y aunaba a ellos mi alegría, mi interés por sus métodos para conseguir logro tan halagador.

Raudo pasó el tiempo, y el día indeseado para mi regreso estaba ahí. Emilio y yo volvimos al rutinario bregar por las necesidades prosaicas. ¡Qué deslucidas quedaban las galanterías de salón y rebuscamientos literarios ante las parcas y sencillas manifestaciones de aquellas buenas personas llenas de sinceridad, que no saben de convencionalismos ni de politiquerías!

— Su mercé se va muy pronto, ha de extrañar la ciudadá.

— Lo vamos a recordar. Muy pronto se dio a querer.

— No tarde en volver.

— Que Dios lo acompañe en su viaje.

— Bébase este tesito, es pa' el mareo que da en los camiones.

Los abracé a todos y prometí volver. ¿Cómo no hacerlo? Sentía que lo mejor de mí ser quedaba ahí prendido de las gentes, de los árboles y de los campos. No comprendía cómo Emilio y otros abandonaban por la ciudad aquel paraíso pleno de bienaventuranzas.

Trotando aún en el alazán que fuera mi compañe-

ro de excursiones, alejado relativamente de La Estanzuela me llegaban las voces de despedida opacadas por la distancia.

- Vuelva pronto. . . .
- Lo esperamos. . . .
- Venga pa' las aguas. . . .
- Venga. . . . Pa'las a. . . .guas. . . .

Ya de vuelta, cuando la configuración del terreno permitió divisar desde el autobús las chimeneas de las fábricas, de las innumerables industrias cuyo humo negruzco y pestilente nos salía al encuentro, me sentí abatido. ¡Qué contraste brutal con aquel otro humo gris perla, sutil, transparente, que como varita de virtud al aparecer sobre las humildes cabañas de La estanzuela dilató mi corazón oprimido a fuerza de asfixiantes actividades.

Sin embargo, y como estaba previsto, los días pasados en tan benéfico ambiente cumplieron su cometido. Me sentí otro, sano de cuerpo y espíritu. Mis amigos lo notaban y me felicitaron por ello. Contra mi natural ordinario, de suyo reservado, mostrábame locuaz, para alguna brusquedad de algún jefe impaciente me conducía con prudencia. Para todos tenía una sonrisa y un saludo amistoso. Pero corrieron los días y la ciudad me envolvió de nuevo en su egoísmo, en sus miserias morales, en su sistema mecánico agobiador.

Este agitado ir y venir a la oficina, el continuo y ensordecedor sonar de bocinas y pregones, los alimentos adulterados y las diversiones excitantes enfermaron de

nuevo mi sistema nervioso. Resistí lo que me fue posible y un día por fin resolví curar mi malestar. Por fortuna sabía dónde encontrar remedio: allá en La Estanzuela, en el campo, en donde no había motivo de zozobra porque no existían problemas ni complicaciones. Me parecía ver a los labriegos, mis amigos, con caras risueñas y llenas de satisfacción.

Era tiempo de aguas, ellos me habían dicho un día: "entonces sí se pone bonito el campo". Saboreaba goloso sólo de pensar en ello, los elotes asados al pie de la milpa. . . Me veía entregado a ocupaciones amables: ensillar caballos, ir a los gallineros y levantar los huevos, lazar yeguas brutas y trepar a los árboles para contemplar los nidos habitados con pajaritos sin plumas, y correr como chiquillo tras de las mariposas multicolores.

Seguro estaba de que en La Estanzuela encontraría salud, de que la Gracia Divina manifestada en el cielo lleno de nublazones, en los campos cargados de frutos, en los semblantes de mis amigos, me devolvería la tranquilidad.

Arreglé un permiso en mi trabajo, preparé mi equipaje y como Emilio no pudo acompañarme, solo emprendí mi visita a La Estanzuela.

El semblante de Lino, que me esperaba en la carretera, me hubiera indicado algo de la situación reinante si mi alborozo no lo hubiese pasado inadvertido. Además, en el cerro árido por donde atravesábamos, era poco notable, para un novato en cuestiones de campo como yo, la sequía por aguda que fuese.

Hasta cuando bajamos a la llanura eché de menos la riqueza verde que esperaba encontrar.

Intrigado interrogué a Lino y entonces supe la desgracia que los cobijaba: Desde mi visita anterior, el agua no había vuelto a caer.

Por muy preparado que me encontrase cuando llegué a La Estanzuela con la noticia en la voz quejumbrosa de Lino, el espectáculo me llenó de doloroso asombro: las milpas raquílicas, de un verde terroso, se reclinaban anémicas, extenuadas. Una que otra manteníase erguida, marchita también, pero con fuerza todavía para implorar agua que mitigara su abrumante sed.

Como la primera vez, todo el rancho fue a saludarme; pero ahora, en lugar de brillar en sus ojos la lucecita de curiosidad, estaban tan marchitos como las milpas y como los árboles. Sabían que yo no era un desconocido que venía de la ciudad sólo con el afán de cambiar ambiente, sino un amigo sincero que haría suyas sus penas como había hecho sus alegrías.

—Nada que encontró bonito el campo.

—Después de que usted se fue no volvió a caer el agua.

—Hemos paseado a la Virgen y a los Santos por todos los sembradíos; ni el Cristo negro que es tan milagroso ha querido mandarnos la lluvia.

—Si lloviera, todavía se lograría algo.

—Si lloviera, tendríamos agua pa' que no murieran de sed nuestros animales.

Salimos a caminar. Me acompañaban los hombres y yo trataba de distraerlos. Les prestaba mi escopeta y contaba cosas de la capital.

No tardaron en presentarse nuevamente las señales de angustia. Errabundeaban sus ojos por los horizontes, para el lado del valle, para el del cerro escrutando con ansiedad y descansaban por fin en una nubecilla apenas perceptible. Sentían necesidad de engañarse y se aferraban con esperanza a ella.

—¡Ora sí se miran nubes!

—Va a llover, ya verán para en la tarde.

Y la tarde nublada no llegaba nunca.

La situación era cada día más aflictiva. Las matas de maíz se enjutasen sin salvación. Los animales tenían qué hacer largas caminatas para saciar su sed en el único aguaje de muchos kilómetros a la redonda de donde se acarreamos el agua para beber nosotros.

Una tarde se vieron nubes cargadas por el lado de Caracoles. El júbilo fue indescriptible: los ojos brillaban, los pechos dejaban escapar carcajadas frescas. Todos nos sentíamos felices. Volvió la alegría.

Por la noche me acosté pensando en dormir arrullado con el rumor del aguacero y nunca desperté con mayor ansiedad; pero a la mañana siguiente todo estaba como los amaneceres anteriores. A las nubes se las había llevado el viento y sabe Dios dónde habían ido a descargar su bastimento líquido.

Y la congoja continuó. Inútilmente mecíamos la mirada de confín a confín. El aguaje estaba a punto de

secarse. Dolorosa disyuntiva; o los animales o la gente. La decisión era obvia y los resultados no tardaron en aparecer. A la vez que el campo se doraba a fuego lento, las entrañas y las gargantas de los animales se consumían paulatinamente. El mugir de las vacas, el balar de las ovejas que en otro tiempo fueron música para mis oídos, me llenaban ahora de desesperación. Eran lamentos de moribundo. Los matábamos alevosamente al privarlos del agua cenagosa que bebíamos para defendernos de la muerte.

El cielo seguía impasible, siempre abierto, con su azul resplandeciente que sabía a insulto en aquel tendido de miseria y de agonía.

Los hombres no lloraban. La raza estoica del indio se revelaba en toda su grandeza. Yo sabía que sus sollozos eran interiores y desgarraban sus entrañas. Callaban con un silencio doloroso, derrotados e impotentes.

Las mujeres, menos parcas en sus manifestaciones, dejaban escapar de vez en cuando un "Sea por Dios" quejumbroso y con la punta del mandil recogían una lágrima.

El otro año llegó tarde el agua y el hielo temprano. Ahora los engañó la lluvia, vino a tiempo pero no volvió. ¡Tragedia constante del campesino! ¡Otro año más de miseria, de mudas imprecaciones, de paladeo de lágrimas contenidas!

Tuve que volver a mi trabajo, era necesario y los abandoné.

Allá quedaron todos en La Estanzuela, ayudándose a sufrir, sufriendo su común desgracia.

Tres meses han pasado de mi regreso. Pareciera incomprendible y brutal mi afirmación de que el último viaje me fue benéfico.

Es verdad que estoy abatido, acongojado, porque un dolor sincero tarda en mitigarse y sufrí de veras la tragedia del campo. Pero he aprendido una gran verdad: siempre hay desgracias mayores que las nuestras y el arte de vivir consiste en encontrar dones en nuestras propias circunstancias.

Mi carácter violento se ha domado; el consuelo que una frase amistosa puede brindar, lo derramo sin ambages. Lamento, sincero, la miseria del mendigo; y cuando se acerca a mí y no tengo con qué mitigar su desgracia, estrecho al menos su mano extenuada y fláccida y, con un "¡buen amigo!" que brota del fondo de mi alma, le doy a saber mi comprensión.

LA NORIA

De los brazos morenos saltan los cántaros a sumergirse en la oscuridad del abismo. El agua chasquea por el ímpetu del encuentro. Enaguas multicolores cobijan el borde de la noria. Los rebozos se enroscan en lo alto de las cabezas y el rodar de las voces conforma noticias y comentarios:

— Ahora volvió doña Remedios del pueblo a poner su queja por lo de Eulalia.

— ¿Y presarían a Chon?

— No, él dijo que no se la había llevado a la fuerza y que está dispuesto a casarse.

— Pero si Eulalia no lo quiere.

— Que aprenda que con los hombres no se juega, para qué le dio palabra.

— Eso fue antes de que él se arrejuntara con Herlinda.

— Y qué importa, Paula, Chon estaba amachado, decía que dónde se iba a quedar con la burla.

— Burlada dejó Tirso a la hija de doña Julia y nadie lo hizo que cumpliera.

—¡Ah qué Paula, no miras que él es hombre!

—Y eso de que Eulalia se fuera por su voluntad son embustes; mi hermano los encontró de aquel lado de la acequia; dice que Chon la llevaba a empujones.

La respiración contenida por el esfuerzo corta las voces: lentos, pesados, ascienden los cántaros del fondo de la noria a la cabeza de las mujeres. Ellas siguen hablando mientras caminan juntas, luego se dispersan entre el caserío.

Desde que Chon se llevó a Eulalia, doña Remedios barajaba su soledad con el ir y venir a la noria, hacer tortillas, ordeñar la vaca, machacar el maíz para los pollos y remendar su ropa.

Por las noches, antes de tirarse a descansar, bendecía a su hija en nombre de Dios para librarla de enfermedades malignas y darle fortaleza en su destino; pero esa noche el recuerdo de la muchacha se le prendió tenaz en la memoria. Porfiada angustia le llenaba el pecho. En vano llamó al sueño en su ayuda, seguía y seguía con el pensamiento fijo en Eulalia: ésta era sana y fuerte, capaz de sufrir cualquier trato. Verdad que Chon tenía mal genio a causa de la borrachera, por eso Herlinda no lo aguantó mucho tiempo. . . bueno, Herlinda era su querida y podía abandonarlo; Eulalia en cambio, casada por las dos leyes, estaba obligada a soportarlo. . . En cuanto nacieran los puerquitos daría una vuelta al pueblo a ver qué había sido de ella.

Cuando se disponía a soplar la vela le pareció oír que algo se arrastraba afuera; escuchó con atención y un gemido leve, agonizante, le llegó apenas:

— Ma . . . má.

Alarmada doña Remedios se levantó, abrió la puerta y salió.

La luna bañaba el monte y se filtraba por los matorrales.

Doña Remedios no tuvo qué buscar, ahí tirada afuera de la cerca estaba Eulalia boca abajo. Cuando la madre la volteó pudo verle la cara abotagada y llena de sudor.

A rastras la metió al jacal y con aguardiente le frotó las sienes y la nuca. Después de unos minutos la muchacha abrió apenas los ojos, movió lentamente los labios y dijo en un murmullo:

— Mamá, déjeme, ya quiero morirme —, y quedó quieta otra vez.

La madre, con el semblante sombrío y lleno de ansiedad, le seguía frotando el cuerpo.

— ¿Te golpeó?

Eulalia hizo un gesto afirmativo, después hubo un largo silencio.

A doña Remedios se le quebró la voz:

— Traes el chomite empapado en sangre. ¡Mira nomás cómo te ha dejado la cara!

— Y los brazos y las piernas y la espalda; el estómago me duele más de adentro que de afuera.

— ¡Desventurado!

— Mamá, escóndame, no quiero verlo nunca, no es nomás miedo el que le tengo, ¡qué diera porque de una vez me matara! Le siento una muina que ya nunca

podrá acabarse... quisiera tener fuerzas, muchas fuerzas, para retorcerle el pescuezo hasta que ya no pataleara y dejarlo allí tirado, que se lo comieran los zopilotes.

Respiraba agitada. A medida que hablaba se había ido incorporando, pero luego volvió a desplomarse.

—Eulalia, hija, te has vuelto loca; los ojos te brillan como si fueran brasas; eso no es cristiano. A todas nos han golpeado nuestros maridos y ninguna ha dicho lo que tú. Ya te acostumbrarás, la vida no es para siempre.

Doña Remedios sollozaba con la cabeza hundida entre las manos; Eulalia, tirada en el petate, tenía la vista fija en el techo de palma.

—Mamá... el niño me nació muerto.

—¿Cuándo?

—Al oscurecer... Chon no se dio cuenta porque después de golpearme siguió bebiendo hasta dormirse. Ahí tuve el cuerpecito ya todo formado, si hasta creo que lo oí gritar antes de sentarme a agarrarlo, lo envolví en unos trapos y entonces me dí cuenta que todavía no era para este mundo... me entró un miedo muy muy grande... unas ganas de correr, de irme muy lejos, de no volver a ver a Chon nunca... nunca..., mamá, escóndame.

—No llores, Eulalia, mañana nos iremos a donde no pueda encontrarnos. Ya no te buigas, huele más aguardiente y duérmete.

La promesa comenzó a tranquilizar a Eulalia y al fin el agotamiento la sumió en un sueño profundo.

La llama de la vela que agonizaba ya cobró de pronto energía inusitada, iluminó vivamente a las dos mujeres y se apagó sobre la mancha del sebo consumido.

A oscuras, con los ojos cerrados, doña Remedios paseaba su pensamiento de Eulalia a Chon.

Sinvergüenza, desventurado, cómo le dolían también a ella la carne y el alma. En su vida de casada sufrió golpes; nunca como éstos; su marido no era borracho, la golpeaba, sí, pero nomás por deber. En cuanto amaneciera se llevaría a Eulalia lejos, no importaba a dónde; era seguro que Chon la buscaría, estaba encaprichado en tener a la muchacha, en su cara se lo dijo al juez y al señor cura: "si pa' vivir con ella hay qué casarse, pus me caso". Y si algún día llegara a encontrarlas, entonces, entonces entre ella y Eulalia le cortarían el resuello. Pero no, Chon era más fuerte. ¿Y si llevara a la muchacha a la casa del juez? El, como autoridad, estaba obligado a protegerla; a su mujer no había de caerle mal que Eulalia le alzara el quehacer. Ahora recordaba que la marrana estaba ya próxima, en agradecimiento le llevaría un par de marranitos. . . Esto sí que estaba bien pensado, no había por qué preocuparse. . . a dormir, mañana sería otro día.

Estuvo un momento quieta, descansada la mente. De pronto la duda la atormentó de nuevo. ¿Y el juez estaría de acuerdo? Necesitaba decirle que Eulalia se le había escapado a Chon y eso estaba mal hecho.

Aunque también le informaría de los golpes que recibió hasta nacerle el niño muerto. No, el juez haría lo que con otros: a Chon cobrarle la multa y entregarle a Eulalia. ¡Eso nunca! la defendería con su vida. Aunque, mirándolo bien, ella no podía quitársela, era mujer de Chon, por la voluntad de Dios. ¡Por la voluntad de Dios. . . ! Bien claro dijo el señor cura: "La mujer queda sujeta al hombre y no saldrá de su casa sin su licencia": Nomás faltaba que Eulalia después de sufrir tanto en esta vida fuera a padecer más en la otra. . . No, su deber de madre era darle buenos consejos y devolverla a Chon aunque se le partiera el alma. . . Entonces, pensarlo y hacerlo. A buen paso harían tres horas de camino y pudiera ser que Chon aún no despertara de la borrachera.

Con la firme resolución de quien cumple un sagrado deber, se levantó y fue a mover a Eulalia.

— Eulalia, levántate, empálmate estas enaguas y cobíjate mi rebozo nuevo.

— ¿Nos vamos ya?

— Sí, cuanto antes mejor.

Con la ansia de poner tierra de por medio Eulalia se olvidó de sus dolencias.

El canto de los gallos y el balar de alguna oveja perdida salpicaban la quietud de la noche. Entre la nopalera dormía el caserío velado de luna. Pronto dejaron atrás el mezquital.

Madre e hija caminaban en silencio, cada una sumida en sus propias reflexiones. Doña Remedios pen-

saba en la forma de hacer más humano a Chon. Lo granjearía dándole la marrana con todas las crías; hasta haría el sacrificio de endrogarse con un pantalón y una guayabera. No le iba a reclamar los golpes a la hija, al contrario, en presencia de él le recomendaría a Eulalia que cumpliera con su obligación de tenerlo contento.

La muchacha, aturdida de fiebre, caminaba en seguimiento de la madre. Ni buenos ni malos augurios era capaz de hacerse, sólo de vez en cuando se le borraaban el chaparral o los tepetates y ante sus ojos quedaba un pedazo de carne, de su propia carne ensangrentado y convulso, que después de un grito prometedor quedaba inmóvil entre el cobrizo temblar de unos brazos que lo estrechaban con desesperación.

Llevaban andada la mayor parte del camino. El viento aleteaba ya fresca de amanecida, cuando Eulalia, aterrorizada se adelantó a preguntar:

— Mamá, ésta es la vereda del pueblo, ¿a dónde me lleva?

Seca, cortante, salió la respuesta:

— Con tu marido, hija. ¡Dios te lo dio!

Eulalia recogió unos sollozos en el rebozo. La razón de la madre era indiscutible. Bajó la cabeza en sumisión absoluta y guardó silencio el resto del camino.

Ya el sol miraba de arriba el cerro vecino cuando las dos mujeres entraron al poblado. A las dos les saltaba el pecho debajo del rebozo. Un sudor frío y espeso

les pegaba las ropas al cuerpo. Su suerte estaba ahí, prendida del parecer de Chon.

Junto al pretil de la noria las mujeres conversan. El eco de sus voces y el golpe monótono de los cántaros en el calicanto mohoso producen una extraña sinfonía.

—Chon la criminó de haber matado adrede al niño.

—Desvergonzado...

—Primero no quería creer que había pasado la noche con la madre y cuando parecía que estaba conforme, doña Remedios salió a sepultar al chiquito.

—¿Y entonces?

—Cuando volvió estaba Eulalia bien muerta y Chon ni sus luces.

—¿El la mató?

—¿Tú qué crees?

—Doña Remedios se la fue a entregar. Ella tuvo la culpa.

—¡Ah qué rejega de Paula! ¡Tú no vas a acabar bien! No miras que cumplió con su deber; en esas cosas hay que caminar derecho.

—Eulalia, ¡pobrecita!

Un sollozo bajó rodando hasta refugiarse en el agua.

—Tú aprende que no hay qué hacer lo que ella cuando te cases.

—¿Yo casarme?... ¡Nunca!

—¿Y luego tu novio Andrés?

—¡No me lo miente...! ¡No me lo miente...! ¡Ni siquiera Andrés!

ANDRES... ANDRES... ANDRES... Repitieron sentenciosas hasta el abismo las piedras negruzcas y enmohecidas de la noria.

LA LOCURA DE CHABELA

De Chabela se dice que está loca y todo porque a los cuarenta le da por jugar con muñecas de trapo.

¡Qué loca ha de estar! Lo de siempre, la gente cuando no es capaz de comprender hechos y reacciones que salen del cartabón de las costumbres se conforma con la explicación que primero le viene; y aquí en Soledad de Los Ranchos, donde vive Chabela, se desconocen sus inquietudes, sus angustias, su pasado.

¿Por qué no había de jugar ahora con niños de trapo, de grandes ojos y bocas de hilvanes, si cuando estuvo en tiempo de hacerlo, sus muñecos fueron de carne y hueso, que lloraban y comían de verdad?

Sucedió que todavía no era señorita cuando Roque la llevó a vivir con él; por eso tardó en venir al mundo Calixto el primer hijo, que murió a los pocos meses precisamente de chipileza porque ya venía en camino su hermano Martín. Nada más se fue poniendo tristecito, tristecito; no quería comer y una deposición tenaz se lo llevó en una semana.

Y es que Chabela no sabía, ¡qué había de saberlo entonces!, que cuando un niño está chípil, se cura con

traguitos de yerbabuena y leche de burra y un collar de ajos para que absorban el mal. O bien, haciendo que el paciente abrace de cuando en cuando una mata de ruda.

Roque le llevaba cuarenta y cinco años. No sólo parecía su padre, sino su abuelo; pero en Carretones, donde ellos vivían entonces, nadie se escandalizó por aquella unión, todos se alegraron por el bien de Chabela.

Ella le sentía afecto de protegida. Huérfana de madre, padre no conoció, vagaba de jacal en jacal sujeta a la buena voluntad de unos, a la ojeriza de otros, hasta que Roque la recogió para que alegrara sus últimos días de hombre apto.

Chabela era trigueña y chapeteada. La mirada vivaz de sus ojos negros revelaba una inteligencia precoz. La boca de labios carnosos "como de garambullo", que dijera Roque, dejaba asomar la blancura de unos dientes macizos a cada carcajada fresca, siempre pronta a escapar.

El cuerpo de Chabela quedó chiquito por el peso de tantos pesos: el cántaro en los hombros, el tercio de leña en la espalda, el hijo prendido del seno aunque soliviado por el rebozo en columpio.

A la edad en que las niñas del pueblo tienen por obligación aprender a leer, a escribir y hacer las cuentas de corrido, Chabela encontró que la suya era tener a Roque contento, remendar ropa y hacer gordas enchiladas para el almuerzo.

Más tarde, cuando las niñas del pueblo se engalanaban para gustar al primer novio y ocupan su tiempo en trabajos de adorno, Chabela curaba chincuales, mollera caída, seguía haciendo las gordas, lavaba, acarreaba agua y leña y no ignoraba cómo conducir la yunta.

No vaya a creerse que estaba a cien leguas de la coquetería; se daba tiempo y buen ánimo para tejer en la negrura de sus trenzas cintas de colores y anudar al cuello collares azules, verdes, solferinos. . . , así de risueño era el natural de Chabela.

A los tres meses de muerto Calixto, su primer hijo, nació Martín. Como se hiciera esperar otro embarazo, Chabela pudo criarlo sano y robusto. La madrugada se le juntaba con la anochecida en halagos y mimos.

Calixto fue demasiado para ella tan niña, una sorpresa desagradable en su vida casi infantil; pero Martín era ya el hijo, carne que duele más que la propia y melodía que vibra en cada célula.

— Martín es mi gloria, dígame Roque, ¿qué más quiero en esta vida?, decía a su marido con el alma en la mano.

Para Roque el sencimiento de su paternidad constituía un eterno día de fiesta. Sentaba a Martín en sus rodillas y lo hacía jugar con los colorines traídos del cerro. Vigilaba amorosamente que no los llevase a la boquita y sin hablar se complacía imaginándolo convertido en su apoyo. A veces llegaba a pensar en voz alta diciéndose a sí mismo: Ya la burra pinta va a parir,

el animalito será de Martín; si el maicito no se pierde, merco a Celedonio una pareja de becerros para ir haciéndole pie de ganado a mi muchacho.

Martín tenía ya cuatro años; inquieto, le gustaba correr por surcos y magueyeras.

Una mañana en que los padres almorzaban en el barbecho, Martín fue a tenderse de barriga para jugar con piedrecitas que hicieran veces de cabras pastando. Chabela escuchó su grito de dolor y de un salto llegó junto al pequeño: alcanzó a ver cómo la chirrionera se escondía entre el matorral. Desesperada succionó una y otra vez el punto rojo que la mordedura de la víbora dejara en la mejilla tierna; pero todo fue en vano; esa misma tarde, con la carita desfigurada, yacía Martín cubierto de flores, entre una mujer que gritaba su dolor entre sollozos y un viejo seco y reposado, con los surcos de la frente más hondos que de cuando en cuando secaba una lágrima con la manga de su camisa.

Pasaron los días. El dolor y el recuerdo unieron más a Roque y a Chabela. El suceso fue golpe brutal para el anciano. La más cara ilusión lograda en el oca-so de su vida se esfumaba de pronto sumiéndolo en la conciencia de su cercana decrepitud.

Chabela apoyaba la esperanza de un consuelo en la perspectiva de ser madre otra vez; pero los meses pasaban y los síntomas se hacían esperar. Piedad, vecina y amiga, le aconsejó que bebiese en ayunas infusión de raíz de atepatli con chilatoli, ya que tomada con regularidad le habían nacido cuates a ella; así, le decía Piedad, repones de una buena vez tus dos niños.

Mañana tras mañana la ollita del té prescrito fue puesta en la lumbre por las manos devotas de Chabela. Luego, la joven fue dándose cuenta que el esposo respondía menos a sus reclamos.

—¿Es que no quiere otro muchachito, Roque? ¿Qué vamos a hacer tan solos?

—Cómo no voy a quererlo, el Señor del Saucito ya no quiere ayudarme, Chabela, y tú tan muchacha.

—No se ponga triste, el Santo Señor ha de querer que vayamos hasta su iglesia a pedírselo.

Hicieron viaje a San Luis Potosí y ante el Cristo del Saucito, unidos en el fervor sus corazones, suplicaron la realización del milagro. Roque hizo el ofrecimiento de exvoto de plata en figura de hombre que lo representara; Chabela, de un retablo que mandaría a su compadre Ernesto, que lo pintaba tan bien. Le pediría que aparecieran ellos cada uno con un niño en brazos y de rodillas ante la imagen dolorida del Santo Señor.

Salieron de la iglesia muy confortados. De regreso a Carretones Chabela opinaba que los cuatitos llevaran los nombres de Calixto y Martín.

—¿Le parece bien, Roque?

—Como tú quieras, Chabela, eso es cosa tuya.

El milagro se retrasaba y la esperanza comenzaba a desfallecer; no obstante, la juventud de Chabela se resistía. A cada nuevo fracaso, la joven trataba de alimentar el entusiasmo de Roque animándose a sí misma.

—No se apure, Roque, ha de haber alguna medicina.

Consultó a Piedad y ella sugirió se le diera a beber el cocimiento de flores de cempasúchil con gotas de bálsamo del Perú, en ayunas. Pasado un mes sin obtener resultados, Chabela lo administraba a Roque como agua de uso.

Fue consultada por fin la curandera; el hombre no quería que trascendiese su cuidado; pero Chabela lo convenció. Las cataplasmas de huevos de gallo vivo mezclados con aguacate que aquélla mandó también los defraudaron.

Roque todo se dejaba hacer. Ni los sinapismos de linaza para restablecer la fuerza, tan ardorosos y picantes, le sacaron protesta. Comenzó a prologar su estancia en el campo sintiéndose culpable. Al regresar advertía el cambio operado en Chabela. Ya no le hablaba de los díceres y sucedidos del rancho. Lo atendía como siempre; pero un hálito de frialdad se interponía entre ellos. Por eso fue que le sorprendió verla llegar una tarde con expresión de buen humor. Chabela saltaba como cabrita joven.

—Roque, póngase contento, dice Pablo el barillero, que en Ebano hay un doctor que lo cura todo. Yo nada le pregunté. —expresó al ver en la cara de Roque una mueca de reproche— ; Piedad le dijo que por ahí, donde él camina, le consiguiera un remedio para ese mal que a usted le aqueja. Tenemos que ir, Roque, allá sanará, o ¿es que usted no quiere?— preguntó al ver que Roque guardaba silencio.

— Lo haré por tí, que bien sé, no son más hijos lo que te hace falta.

Chabela sólo entendió que él estaba de acuerdo y ya planeaba la forma de solventar el gasto. Vendieron la yunta, las cabras y algunas gallinas. Las más ponedoras se las dejaron encargadas a Piedad, y una madrugada, a pie, Chabela animosa, Roque resignado, en dos horas de camino llegaron a la estación para abordar el tren.

En el trayecto Roque olvidó su desgano e hizo mención de otro viaje que efectuara en años remotos al servicio de un comprador de ganado por la selva huasteca; de cómo los había atacado un tigrillo, que otro de los vaqueros mató a tiempo, de un escopetazo. De la nigua que se mete en las uñas hasta hacer pus la carne. De las parvadas de pericos que se confunden con el verdor de los árboles. Ni siquiera dio muestra de disgusto cuando una compañera de viaje le obsequió a Chabela unos bolillos con chorizo:

— Uno para usted y otro para su papá.

— Roque agradeció el regalo y se lo comió.

En Ebano, sin dificultad localizaron a don Matías; era famoso por sus maravillosas curaciones. En cuanto vio a Roque y se le consultó el caso, movió la cabeza.

— No, viejito, ora ya no es tiempo. Lo que usted tiene es la edad.

Roque agachó la cabeza. Chabela no se dio por vencida.

— Hágale la lucha, yo sé que es usted muy buen doctor. Venimos desde muy lejos.

Por la insistencia de la muchacha y por justificar el cobro, Don Matías dio a Roque envueltas en un papel de periódico, una raíces blancas, carnosas, para que las comiese así crudas por la noche antes de acostarse. Cuidó de advertir que eran muy caras porque las mandaba traer de lejos. Le recomendó que al día siguiente volviera en ayunas. Cobró cinco pesos.

En la casita en que les dieron albergue, dijeron que aquellas raíces tenían el nombre de matlacaca, muy buena también para acabar con los celos reviviendo el cariño entre los esposos.

Apenas clareó, estaba Roque con Don Matías. Otra vez le echó en cara su decrepitud.

— Pero si esa muchacha está re entera, para qué la agarró con tanta ventaja.

A Roque le dieron ganas de responderle una violencia; pero ahí estaba su última esperanza, por eso calló.

Por prescripción médica se desnudó y fue metiéndose en una artesa que había en medio del cuarto llena de un líquido de mal olor; según dijo Don Matías toda la noche se habían remojado ahí las yerbas medicinales. Francamente le cayó bien el remedio. ¡Con el calor que hacía en esas tierras!

Cuando después de una hora, según dijo el hombre, lo sacó del baño, fue tendido en una cama de ramas, con hojas redondas y pequeñas espinas que le resultaron muy molestas; pero la ilusión del buen resultado lo ameritaba y sumiso se acostó boca abajo. Estu-

vo ahí un tiempo que le pareció eterno. Cuando se levantó, mientras sacudía la basura del cuerpo, Don Matías le dijo en tono de convencimiento:

—La cama de esta yerba, que se llama cosolmecha, es muy sustantiva. Creo que le va a ser muy provechosa porque se le pegaron una hojas en la parte enferma; esa es la señal; si no se pegan el enfermo ya no tiene calor de salud. Así que lo espero mañana de vuelta. Y ya en la puerta le hizo una nueva recomendación que Roque cumplió al pie de la letra:

—Que le haga su señora un caldito de chachalaca y todos los días, al comérselo, revuélvale una cucharada de aceite de tortuga caguama que le doy en esta botellita. Aunque se le atragante bébaselo porque es muy vigorizante.

Con el venturoso augurio, con el frasco de aquel aceite sin refinar y cinco pesos menos en la alcancía, volvió Roque a reunirse con Chabela. Le dio la buena nueva y ella lo animó a seguir adelante.

Día tras día, siguió tendiéndose sobre aquel lecho martirizante y por las noches a masticar los tubérculos carnosos, hasta que se le agotó el dinero y a Chabela se le fue aminorando el afán.

Ahí quedó con Roque y con su juventud baldía en lugar lejano a enfrentarse con el único problema que les preocuparía en adelante: el de su manutención. El consiguió animales para cuidar, ella se dedicó a lavar ajeno.

El tiempo paseó su indiferencia sobre sus vidas de-

sencantadas. Chabela se sintió vieja en lo mejor de su edad. Entre el quehacer del lavadero y el de atender a Roque que desde hace cinco años padece los fríos, se le van las horas.

Chabela, apta en los menesteres de la aguja, descubrió un día que hacer muñecos con trocitos de tela no era muy difícil y con emotiva tenacidad fue mejorando su manufactura y haciendo a esta labor un huequito en horas de trabajo. Va a cumplirse un año de que Roque comenzó a insistir en pasar sus últimos días al lado de Trinidad, la hermana viuda que vive en Soledad de los Ranchos. Trinidad tiene una huerta de verduras que le da lo suficiente para vivir con desahogo. Cuando recibió la carta que Chabela mandó escribir, se alegró del deseo de su hermano y les envió para el pasaje, por eso ahora Roque y Chabela viven en su compañía. El no tiene ya fuerza para caminar. La vejez y el paludismo se lo han comido. Tose el día y toda la noche y se le transparentan los huesos por entre el pellejo.

Chabela levanta el quehacer de la casa, ayuda a su cuñada a cortar las verduras y cuida de lo que se ofrece mientras ella sale a venderlas; pero la tarea a que se dedica con toda la alegría de su corazón, es a elaborar muñecas, "monas de trapo", como dicen las niñas que se las mandan hacer.

Para ella ha fabricado también buen número de niños, ahora puede tenerlos sin ayuda de Roque. Antes de acostarse los arropa con celo maternal, los arrulla y muy temprano los levanta y los viste. Cada

uno tiene nombre. Están allí naturalmente Calixto y Martín. Les canta, les habla y los acaricia llena de ternura. Chabela es ahora feliz, ¿qué importa entonces que Trinidad, su misma cuñada haya sido la primera en correr la versión de su locura? ¡Como ella nunca tuvo un hijo entre los brazos...!

MI VESTIDO AZUL AÑIL

Aquel verano no esperé sola la llegada de mi primo Carlitos; me acompañó Camelia, la muñeca rubia de cuya propiedad me sentía tan orgullosa.

Camelia acababa de llegar de la ciudad; papá me la trajo cuando fue a vender la cosecha de trigo; así precisamente color de trigo maduro eran sus bucles. Sus zapatos estaban confeccionados con charol como los de una niña verdadera; pero lo que más hacía resaltar su belleza era el vestido con que venía ataviada: de azul más fuerte que el de sus ojos; de azul de cielo cuando al medio día lo lava el sol de manchas de nubes. "Azul añil", dijo Josefa mi nana que se llamaba.

La falda muy amplia a fuerza de tantos pliegues por toda la cintura, remataba en el borde, cerca del huesito del pie, con un olán que le daba un vuelo vaporoso. La blusa subía hasta el cuello y bajaba por los brazos ribeteada en el puño con encaje de bolillo. En el frente, pechera también de encaje y menudísimos botones de concha nácar. Vestida así me acompañó a recibir a mi primo.

Carlitos y tía Consuelo vinieron como todos los

años a pasar las vacaciones de agosto con tío Ramón. Tío no radicaba en la ciudad con la familia, sino aquí, en mi pueblo, atendiendo el cultivo de sus tierras.

Carlitos era dos años mayor que yo y desde muy pequeña lo convertí en objeto de mi predilección. Cuando tía Consuelo venía a visitar a mamá, también él venía de la mano de su nana. Esta me infundía una mezcla de temor y respeto: alta, flaca, ceño hosco, cara pálida, no permitía que Carlitos se acercara a nosotros, es decir, a Luciano y a Pepe, hijos de una hermana de mamá, y a mí, que en medio del patio jugábamos a la matatena, al pinaco y al pico mendorico.

Carlitos no era dueño de levantar una canica que rodara hasta sus zapatos albeantes de blanco de zinc; ella se lo impedía considerando que tenía microbios. Seguramente mi devoto comedimiento ablandaba su actitud y me trataba con menos dureza que a Luciano y a Pepe.

Mientras tía y mamá platicaban en la sala, yo corría a buscar mi sillita de tule laqueada en negro, fondo ideal para el azul audaz de las hierbas que lo decoraban y se la llevaba a Carlitos para que sentado como en un trono nos viera jugar. Le proporcionaban también, eso sí, acabado de bañar, el burrito de porcelana en que mamá sentaba a la santísima Virgen en tiempo de posadas, y así me era permitido quedarme cerca, contemplando su cara morena, sus mejillas rosadas, su pelo ensortijado y su ropa sin brizna de manchas. Qué diferente de Pepe y de Luciano siempre desaliñados; los zapatos llenos de raspones y las cintas

colgando; que sólo se lavaban las manos para comer y jugaban tirados en el suelo.

Llegué a pensar si a Carlitos lo tendrían guardado en un capelo de cristal como al Niño Dios que mamá tenía en la rinconera de la sala, y lo sacarían sólo para ir a mi casa. Josefa, mi nana, decía que lo iban a encanijar con tantos melindres. A la nana de la ciudad nunca la vió con buenos ojos, le llamaba “la espantada”, por lo delgada y pálida. Su presencia siguió molestándonos cada verano hasta que Carlitos cumplió nueve años.

Entonces sí que fuimos los mejores amigos, mi espíritu de niña soñadora no sabía conformarse con la rutinaria convivencia de Pepe y de Luciano; ellos sólo sabían hablar de lo que ya conocía de memoria: que lazaron un burro y le montaron en pelo; que fueron a comer jaltomates a la milpa; que pelearon con los compañeros de la escuela y salieron victoriosos; todo eso estaba lejos de sustituir el hechizo de los relatos de Carlitos.

Mientras duraba su estancia en el pueblo, las maravillas del mundo concentradas en la ciudad, llegaban hasta mí a través de su voz expresiva, y durante su ausencia eran evocadas en mi soledad: aquellas hileras de tiendas tan diferentes de éstas, cubiertas de enormes ventanas de cristal por donde asomaban carritos, trompos, soldados, pelotas. . .

—Hay tantas cosas bonitas — me decía —, que no te cansarías de verlas.

—¿También muñecas? —lo interrumpía anhelante.

—¡Oh, sí, y no de trapo como las tuyas!: tienen cara y manos de niña y saben decir mamá. Mis primas Lucero y Hortensia tienen muñecas como éstas. Los Santos Reyes les trajeron este año unas bicicletas en las que se pasean por la ciudad.

Y mientras él seguía hablando de juguetes, pensaba yo en los nombres de Lucero y Hortensia, parecían de muñeca. ¿Por qué no me llamarían así?

Los temas se sucedían inagotables. Sentados en el umbral de la casa me hablaba de la Alameda, un jardín grande, muy grande, del tamaño de todo el pueblo, con tantos árboles que había lugares en que no penetraba un rayito de sol. A la sombra de las jacarandas el estanque, en el que nadaban patos blancos, no cenizos como los que pasean por las presas de aquí. Había también jaulas enormes que encerraban monos changos, tigres, osos, águilas reales; y para hacerme comprender mejor estas maravillas, recurría a su libro de Ciencias Naturales.

Aquellas dos semanas ejercitaba mi fantasía e iba fabricando para mí sola un mundo, del cual ninguno de los que me rodeaba estaba capacitado para compartir. Mamá se admiraba de que permaneciera muchas veces quietecita contemplando al parecer un solo árbol, la higuera de mi casa; porque ignoraba que dentro de mis ojos había un mundo de árboles con pájaros que cantaban en su follaje. Los canarios de la pajarera quedaban convertidos en águilas, papagayos y

loros; el gato en pantera y la humilde pila en que echábamos a navegar barcos de papel, en una espléndida fuente con agua de colores.

El tiempo de la compañía de Carlitos se pasaba volando y al marcharse empezaba yo a tener un hilo de ansiedad hasta su regreso. Cuando aún no conocía el nombre completo, ni el orden de los meses, recurrí a mi nana para que me ayudase a ir contando los que faltaran para agosto, mes en que llegaría Carlitos; pero Josefa no sabía nada de esto.

Sin embargo, me enseñó a medir el tiempo a través de espectáculos y acontecimientos que se sucedían ininterrumpidamente; así, por ejemplo, cuando los árboles despojados de hojarasca y los surcos descansando de su benéfica labor de fabricar maíz, chile, frijol, amanecían salpicados de betún de azúcar, — como aquél con que mamá cubría los pasteles —, y el agua del estanque convertida en cristal, estaba aún muy lejos agosto, único nombre de mes que pronunciaba sin titubeos.

Después comenzaba a brotarles vestido nuevo a las ramas y en un abrir y cerrar de ojos se iban cubriendo de flores. ¡Un empujón vigoroso al lento caminar de los días!

Luego venían las golondrinas. Saludaba con alegría a la pareja que tenía construída su casa bajo el arco del zaguán. Mi nana decía que uno era macho y otro hembra. Yo les llamaba Mirto y Amapola. Amapola, como mamá, estaba siempre dentro de su casa. Mirto salía por las mañanas y, como papá, regresaba a

horas de comida, pues traía gusanos en el pico. Yo pasaba las horas atenta a sus movimientos y a sus ruidos esperando el milagro de oír piar a nuevos pajaritos. Cuando ello se realizaba, mi ansiedad quedaba prendida del momento de verlos salir; primero una y otra y otra golondrinita de vuelo titubeante, que si acaso llegaban hasta la higuera del patio y a veces caían al suelo llenándome de angustia. Unos días más y alcanzaban el lazo del tendedero; hasta que pasando sobre el pretil de las paredes, desaparecían y yo iba despertando de aquel lapso tan lleno de emociones.

Y las lluvias empezaban a caer y la higuera del patio a cubrirse de brevas. . . Y por fin. . . las cargas de tunas cardonas, mansas, fafayucas, iban bajando de los lomos cuadrados de los burros frente a mi casa.

¿Llegarán hoy? . . . ¿Llegarán mañana. . . ?

La calle de tío Ramón hacía surcos en mis pupilas desde la esquina cercana a mi casa hasta donde escapaba a cada distracción de mamá. En esta ocasión en que Camelia me acompañaba, podíamos ir y venir a mi lugar de observación: mamá había ido a la iglesia.

Buen rato tenía de estar vigilando cuando en el fondo de la calle apareció el automóvil negro de tío Ramón. Eché a correr a su encuentro, pasé por enfrente del jardín; entonces el automóvil se detenía en su destino; pero Carlitos, que acababa de bajar, me divisó y vino corriendo; risueño me estrechó la mano.

Como no reparara luego en mi muñeca, se la hice notar; ahora sabría que no sólo Lucero y Hortensia tenían muñecas bonitas.

—También ella ha venido a saludarte.

—¡Qué linda es! ¿Cómo se llama?

—Camelia —contesté con solemnidad—. Mira, tiene zapatos de charol. ¿Te gusta su vestido?

—Sí, me gusta por el color y los encajes; ¿por qué no te haces uno igual?, aunque no seas ni rubia ni tengas los ojos azules te verás bonita.

—Se lo diré a mamá —dije sintiendo que me ruborizaba.

Me pareció que hablaba como persona mayor, y claro, acababa de cumplir once años.

Esa misma noche, cuando terminé de rezar mis oraciones con mamá, le comuniqué mi deseo.

—Quiero un vestido del mismo color y modelo que el de Camelia.

—Pero si esos vestidos ya no los usan las niñas.

No insistí. Como tenía alegre perspectiva de pasar el día siguiente en el campo con la familia del tío Ramón, mi pensamiento tomó otro derrotero y pronto me quedé dormida.

Carlitos trajo de novedad unas pistolas, eran dos y decía que mataban. Me pedía no tener miedo a los bandidos porque él estaría siempre dispuesto a defenderme. Me contaba mil aventuras en que se veía envuelto por su valentía. Sin remedio, los motivos de mi admiración crecían desafortunadamente, y engriéndome en ellos, convertía en más doloroso el momento de su partida, aun cuando ahora la compañía de Camelia lo suavizaba.

Mamá y yo acudíamos siempre a despedirlos. Esta vez llevé envuelta en papel de china una mariposa disecada que extraje del libro de mi primera comunión; cuando llegó el momento lo llamé aparte.

— Toma, es para que te acuerdes de mí.

— Como el papel era transparente, lo tomó con delicadeza, pensó un momento; luego, desprendiendo el forro de su cachucha lo introdujo ahí. Hurgó en los bolsillos de su pantalón y encontró un soldadito de plomo.

— Mira, te doy éste a cambio.

Apenas tuve tiempo de tomarlo, sus padres lo llamaban para subir al carro.

Regresé a casa silenciosa, una mano en la de mamá y la otra guardando con ternura el símbolo de una grata presencia.

Camino de mi casa, del mar de melancolía en que mi mente iba sumergida, flotó un recuerdo y con más firmeza que la vez anterior dije a mamá:

— Quiero un vestido como el de Camelia.

— No se visten así las niñas.

— Mamacita, por lo que más quieras — dije levantando mis ojos suplicantes a los suyos —.

— He dicho que no, y se acabó. Tienes ya muchos vestidos.

Llegamos a casa y presurosa me dirigí al cuarto de Josefa para guardar en su petaquilla mi tesoro, pues consideré que allí estaría a salvo de los afanes destruc-

tores de Luciano y de Pepe. Cuando lo hube guardado, quedé en silencio. Mi nana advirtió la tristeza de mi expresión y, como siempre, cuidadosa de mis sentimientos, inquirió la causa.

— Carlitos quiere que yo tenga un vestido como el de Camelia y mamá dice que no, porque me verá muy fea — dije a punto de romper el llanto.

Josefa reflexionó un momento y luego se fue iluminando su boca gruesa y ancha con una sonrisa.

— Mira, de la plaza te voy a traer un marranito, allí juntas tus domingos y cuando sea tiempo vamos a mercar el trapo, ya verás que te vas a ver muy bonita.

Se acabaron mis preocupaciones. La buena de Josefa siempre sacándome de apuros.

Y así comenzaron los ahorros. Cuanto centavo caía en mis manos iba a dar a la barriga lustrosa de Tuli-pán; ¡mi manía de ponerle a todo nombres de flores! Fuera del postre y la fruta de la comida, con gran esfuerzo no probaba otra golosina. A la salida de la escuela mis compañeras compraban charamuscas, trompadas y pastillas de olor; yo miraba para otro lado y apretaba el paso para llegar pronto a mi casa; una vez ahí recogía a Camelia, y juntas nos dirigíamos a la petaquilla de Josefa, sacábamos el soldadito y sin darme cuenta se me iba quitando la tentación de los dulces.

Los domingos en la noche, cuando salíamos del rosario, mi martirio era mayor; afuera de la Parroquia, iluminada con hachones de petróleo, estaba la hilera de mesitas copeteadas de fruta de horno; ¡con lo que

me gustaban los polvorones! Mamá nos daba en aquel momento cinco centavos a mis primos y a mí y nos mandaba a comprar con mi nana.

—Mércate ora una rosquita, al cabo has guardado mucho.

La voz de Josefa llegaba insinuante hasta la boca que se me hacía agua.

—Ahora no, mejor el domingo.

Así fueron pasando los días, y se fueron cubriendo los árboles de betún de azúcar. . . vinieron y se alejaron las golondrinas y maduraron las brevas.

Hacía días que mi nana hablaba de darle muerte a Tulipán. Yo esperaba el momento con una mezcla de sentimientos; la ansiedad de saber a cuánto ascendería mi fortuna y el temor de que Tulipán fuera a chillar como los marranos de verdad cuando en el corral de mi casa les daban muerte, mientras yo aterrorizada corría a esconderme debajo de la cama.

Por fin tuve que convenir en que el tiempo se echaba encima. Josefa y yo nos encerramos en su cuarto; sacó de su escondite el cerdito de barro, pesado de ilusiones, de angustias, de ansiedades y lo colocó sobre su cama: tomó luego el trozo de leño llevado hasta allí para el sacrificio, y a la una. . . a las dos. . . y a las tres. . . Tulipán no chilló. ¡Qué reguero de monedas sobre la colchal! Las contemplamos un momento y luego nos miramos a la cara llenas de felicidad. Josefa echó todo en un paliacate y lo ató en quimil.

Esa misma tarde, cuando mamá la mandó a

comprar el pan, pedí permiso para acompañarla; fuimos a la tienda de doña Matilde, la mejor surtida. Buscamos el color, lo había en diversas clases de telas. Josefa pidió precios y comenzó a contar sobre el mostrador. Yo veía fascinada los montoncitos de a tostón que ella iba colocando. Hasta se completó para comprar sedalina, luego muchos metros de encaje y todavía sobró.

—¿Ya lo viste? ora sí ya no tendrás qué aguantarte. Todo esto te lo vas a comer de antojos, nomás poco a poco, para que no te empaches.

Allí mismo me compró una soda y un pirulí.

Cuando regresamos procuré no dar la cara a mamá; el regocijo que me embargaba no era suficiente para enmudecer los reproches de mi conciencia; pero, ¿si se lo confesaba y ella me echaba todo a perder? Mi conciencia salió derrotada y me fui a dormir muy calladita.

Otra escapada sirvió para que la costurera tomara medidas, y una semana antes de la llegada de Carlitos, Josefa fue a recoger mi vestido, guardándolo en su petaquilla. Mi nana estaba como yo, ansiosa del estreno; a cada rato contábamos los días en el almanaque colgado en una de las paredes de la cocina, desde que la sirvienta de tío Ramón nos dijo que esperaban el viernes a sus patrones.

El jueves por la noche yo misma dí grasa a mis zapatos. El viernes me levanté una hora antes a bañarme para que mi pelo alcanzara a secarse. Las horas se desgranaban más lentas que nunca. . .

Al mediodía papá llegó con la noticia. Acaba de llegar tío Ramón con la familia. Yo hubiera querido ir en seguida; pero mamá me lo permitió hasta después de comer. A ningún platillo le tomé sabor, varias veces derramé los alimentos sobre el mantel y en cuanto todos terminaron corrí a buscar a Josefa. Con cuidado, para no despeinarme, fue acomodando el vestido sobre mi cuerpo, me ató luego unos listones del mismo color en las trenzas, y ahí estoy ya, vestida de firmamento con un enorme prendedor de nube sobre el pecho.

— Nana, dame ahora mi soldadito para que Carlitos vea que lo conservo.

Con cuidado lo depositó en mi mano y fue a distraer a mamá mientras yo salía a hurtadillas.

Había dado vuelta a la esquina cuando divisé a Carlitos; iba por la banqueta del jardín, no estaba solo; pero mi emoción no me dejó reflexionar; eché a correr llamándolo por su nombre. A unos pasos de él me detuve en seco; a la vez que mi primo, voltearon a verme las niñas que lo acompañaban. Una tendría su misma edad, la otra parecía mayor. Vestían como las modelos del catálogo que le había llegado a mamá desde los Estados Unidos; la falda muy arriba de las rodillas, el pelo cortado alrededor de las orejas. Las dos eran rubias, muy delgadas y pálidas. La que parecía mayor, al verme comenzó a reír divertida.

— ¿Pero, quién es ésta que te llama? ¡Mira nada más, se viste como los retratos antiguos de mamá! ¡Qué cursi!

En medio de mi turbación me dolió el ultraje; intenté en vano protegerme en la actitud que asumiría Carlitos: paseó su vista por mi vestido; dibujó una sonrisa forzada; alzó los ojos sin mirarme a la cara y en tono displicente contestó:

— Es mi prima Juliana, pobrecita, como nunca ha salido de aquí—. Tomándolas de la mano las obligó a seguir adelante, mientras me decía con la misma sonrisa hiriente volteando apenas:

— Estos días tengo que acompañar a Lucero y a Hortensia que han venido a pasar vacaciones conmigo.

Mis pies quedaron adheridos al suelo, me pesaron enormemente cuando por fin logré moverlos para regresar a mi casa. De lejos llegaban risas inconfundibles golpeándome las sienes. La cabeza me zumbaba como si la tuviera llena de moscas. El esfuerzo que realizaba para no dejar escapar en la calle los sollozos que me ahogaban, era sobrehumano; mas no en vano había ejercitado el dominio sobre mis impulsos durante un año de privaciones.

Llegué a casa y llamé desesperadamente; mamá me abrió. No vi su cara porque ya las lágrimas me nublaban la vista; pero escuché su voz entre sorprendida y angustiada. Me retiró bruscamente de su cintura, a la que me había abrazado urgida de consuelo.

— ¿Pero, qué haces vestida así, niña desobediente?

En otras circunstancias esto me hubiera llenado de tristeza; pero dentro de mí no quedaba un resquicio para otro dolor.

Me alejé de mamá, porque comprendí, como otras veces, que mi refugio estaba allá en el segundo patio, en el regazo de mi nana. Ahí la encontré arrodillada junto a la artesa, disponiéndose a lavar. Me tiré a su lado, ya podía ensuciarse mi vestido nuevo. Con sus brazos robustos me acercó a su pecho. Seguí llorando hasta empaparle la blusa. Cuando las lágrimas se agotaron estaba desfallecida; no lloraba ya; pero de vez en cuando el filo de un sollozo rezagado sacudía mi cuerpo clavándose en mi garganta.

El soldadito de plomo hecho añicos por la presión involuntaria de mi mano, rodó por mi falda hasta el suelo. De agotamiento fui soltando la mente y el cuerpo. El arrullo de una voz fue haciéndose cada vez más lejano, y poco a poco, como cuando era pequeñita, me fui quedando dormida en los brazos tibios y maternales de mi nana Josefa.

¡PERDONALOS, SEÑOR!

Sentado en su amplia poltrona roja, cuyo tapiz descolorido y ajado confiesa humilde su respetable antigüedad, el padre Jesús, con su mirada gris, gris por el color de sus pupilas, gris por el velo de tristeza que nubla sus ojos, taladra los cristales de la ventana, las hojas de los naranjos que perfuman el aire y va a perderse en algún lugar del firmamento.

¿Qué pena moral estruja el alma de este santo varón que lo hace permanecer inmóvil? De no ser por el leve parpadeo en que se columpian sus pestañas, creeríase que se trata de una escultura pétreo.

Es que el padre Jesús está presente aunque su figurilla escuálida se arrebujé entre los viejos cojines del sillón. Su espíritu vaga ahora entre la espiral de nebulosa que la cinta de la vida ha formado en el cosmos.

Con los ojos del recuerdo ve un campo vasto, apacible, un centenar de jacales diseminados y uno que otro pequeño sembradío de frijol y maíz, entre la herbada parásita que las lluvias frecuentes hacen crecer vigorosa.

Los seres humanos que ahí habitan, abandonados

de la civilización, son apáticos, perezosos; ningunas aspiraciones de mejoramiento iluminan su espíritu. Siembran lo que ha de darles para subsistir y algo más que llevan al poblado próximo (cuarenta kilómetros, mitad tierra blanda, mitad cerro áspero) a convertirlo en trapos con que cubrir sus trigüeñas desnudeces.

Un día caluroso en que el sol incendia la región, baja de su cabalgadura un hombre ágil y fuerte, lleno de propósitos de redención para aquellos indígenas desarraigados. Es él, el sacerdote designado para la vicaría que se juzgó conveniente establecer, en vista del abandono moral en que se encontraba aquel puñado de seres.

Y así fue como el padre Jesús arribó a San Hipólito veinte años antes, para alumbrar con su virtud y enriquecer con su laboriosidad aquellas tierras incultivadas.

Luego se dio cuenta de que sus hijitos, como solía llamarlos siempre, eran sencillos y dóciles. Unas cuantas palabras de cariño bastaron para que lo considerasen amigo, consejero y padre.

A poco, la dulce doctrina de Cristo era recitada por labios toscos y agrietados. La pequeña capilla acondicionada en el jacal mayor, se iluminaba día a día con las preces ingenuas y sinceras que el buen pastor enseñaba a sus ovejas.

El padre Jesús, con el espíritu que animó a los frailes sus antecesores, de dar no sólo vida espiritual al indio, sino hacer evolucionar su civilización hasta lle-

varlos al nivel de vida material en que se mueven otros pueblos, se echó a cuestras con heroicidad la tarea de hacer de aquel ignorado haz de jacales y gente, un pueblito risueño y un puñado de hombres útiles a Dios y a la patria.

En su favor estaba la fertilidad de la tierra gruesa y negra desperdiciada en herbal inútil.

Con la misma dulzura que acariciaba las enmarañadas cabelleras de sus feligreses, levantaba en sus manos puñados de tierra fresca y aspiraba complacido su lozanía.

Sin dificultades consiguió plantar una pequeña almáciga de naranjos que cuidó con esmero, ayudado por los chiquillos a quienes reunía para enseñarles las primeras letras y contarles vidas de santos.

Cuando las plantitas estuvieron en condiciones de ser trasplantadas, ayudado también por sus pequeños, formó una huerta de regulares dimensiones y repuso la almáciga.

A los niños les agradaba el entretenimiento, había que ver a Juanillo jugando competencias con Tomás y Tiburcio; éstos, por más que se esforzaran, jamás podían superarlo, ¡era tan ágil aquel Juanillo!

Entre las niñas se daban casos semejantes, Modesta, delgaducha pero inquieta y risueña, aventajaba siempre a todas las del femenino redil.

Un año después de que la huerta había sido plantada pudo apreciar el padre Jesús los prodigios de aquella tierra desaprovechada; los naranjos se levanta-

ban dos tantos más que en otras plantaciones que él conociera. Con entusiasmo maduró su idea: multiplicar los naranjales y hacer de la región un modelo ejemplar de cultivo, pues si los resultados eran favorables, con seguridad los agricultores circunvecinos seguirían su ejemplo.

Pero un problema se levantaba como barrera a sus anhelos, si su plan tenía éxito: ¿cómo iban a llevar toda aquella dorada carga a los mercados? A lomo de mula, imposible. Sin embargo, lo que para cualquiera en aquellas condiciones hubiera parecido infranqueable, para el padre Jesús constituyó un acicate que lo indujo a madurar métodos. Su edificante confianza en Dios lo hacía sentirse fuerte para acometer cualquier empresa.

Lo difícil sería llegar hasta el pueblo en el que se proveían de alimentos y ropa; allí no se contaba con buenas carreteras. Pero los naranjos darían fruto después de cinco o seis años de cultivo, habría para construir un camino. Los veinte kilómetros de tierra blanda habría que endurecerlos con tierra traída de El Conito, pequeño promontorio sólido que se levantaba a un lado del caserío; cuando éste fuera insuficiente, los trabajos se irían acercando a los cerros que rodeaban la ranchería y entonces sería posible hacer uso de ellos.

El padre Jesús daba gracias a Dios por haberle puesto a mano lo necesario; ahora sólo voluntad y más voluntad para sacar todo a pedir de boca.

Con su natural zagacidad ideó la forma de sacudir

la pereza habitual de los indígenas y que se dieran por entero al trabajo.

El campo de sus corazones estaba virgen cuando él comenzó a labrarlo. Ahora, con regularidad asombrosa y humildad franciscana, practicaban los sacramentos y acataban lo que, para ser buenos cristianos, les enseñaba la doctrina santa.

Cada vez que alguno se acercaba al confesionario a descargar el fardo de sus culpas lloroso y compungido, el sacerdote lo acariciaba con su palabra dulce. Si era hombre:

— Bien hijito, procura enmendarte, de penitencia un Padre Nuestro y un viaje de piedra desde El Conito.

Si mujer o niño:

— Rezarás una Ave María y plantarás una ramita de naranjo.

La tarea era ardua; pero los feligreses, con la sana intención de lavar sus almas, acarreaban sobre sus espaldas sacos abultados.

Quienes disponían de carretas o de jumentos, hacían en ellos el acarreo, y la penitencia quedaba nivelada, ya que para ajustar la carga había que desquebrajar más piedra.

La labor era lenta, pesada, muy pesada a veces; el padre Jesús, para levantarles el ánimo, marchaba entre ellos contándoles historias de santos, vidas ejemplares de santos que habiendo sido pobres e ignorantes, a fuerza de obediencia y sacrificio, resplandecían ahora en el cielo cantando alabanzas al Señor.

Entusiasta se asignaba las tareas más arduas y con su ejemplo el trabajo era regular y la obra avanzaba.

Los naranjales, por otra parte, lucían frondosos, cuidados esmeradamente por las mujeres y los niños.

El tiempo transcurría. El tramo cuya franja hubo que solidificar fue terminado. Ahora el sistema sería diferente: había que barrenar, cavar, nivelar, limpiar. Las herramientas compradas de segunda mano se habían acabado varias veces. Los trabajadores, viendo que sus fatigas iban dejando fruto, que las huertas comenzaban a florecer y que los augurios de prosperidad escuchados tantas veces tenían una base firme, demostraban empeño y se esforzaban por propia iniciativa a duplicar sus faenas.

Y cuando después de algunos años las ramas de los naranjos se encorvaban impotentes para sostener toda aquella carga dulce y jugosa, los hombres dieron fin a sus tareas. Ya no estaban aislados de otros pueblos. Una cinta culebreaba triunfante cerro arriba, cerro abajo y se tendía después entre el sembradío de granos y los naranjales. ¡Ah, los naranjales que brotaban ya por predios de labranza y huertos familiares colmados de fruto!

¡Explosiones de júbilo! ¡Llantos de contento! ¡Plegarias de gratitud por tamaña gracial!

De todas las rancherías, de pueblos cercanos acudía gente incrédula a cerciorarse de lo que nunca hubieran imaginado posible. Entre los curiosos no faltó el comerciante ricachón interesado en adquirir toda la cosecha a precio irrisorio para trasladarla a la ciudad.

Y sin embargo, a partir de aquellos días memorables en que San Hipólito salió de lo incógnito a sumarse a los poblados progresistas, la dicha del padre Jesús se trocó en temores de que la desgracia se cernía sobre sus hijitos.

Aun cuando ellos seguían trabajando unidos, animosos, observando sus sabios consejos, él presentía males futuros al advertir las miradas de codicia que los campesinos foráneos lanzaban sobre los fértiles plantíos.

Los nativos de la región, con el vértigo de la victoria alcanzada, querían cultivar todo el valle. El padre Jesús se prestó a ayudarles, siempre que lo hicieran en común, como buenos hermanos, como dignos hijos de Dios; tenían ahí el ejemplo de sus convecinos de San Hipólito.

Pronto surgieron problemas graves. La codicia de los foráneos se hermanó con la avaricia de muchos naturales. Unos querían vender el terreno, otros se oponían; las pasiones se exaltaban, los odios comenzaron y no se hicieron esperar los golpes de guaparra a traición entre los hombres, y los pleitos iracundos entre las mujeres.

El santo varón seguía luchando, les hablaba con dulzura o con rudeza, trataba de hacerlos comprender que ofendían al buen Dios con su proceder mezquino. A los que trataban de vender, que no debían deshacerse de aquella tierra pródiga por unos centavos, que pocos o muchos, no tendrían rendimiento. Les recordaba

sus fatigas, sus anhelos, invalorable ambos para cambiarlos por unas cuantas monedas.

Pero al fin fue impotente. Todas las fuerzas del mal se cernieron sobre San Hipólito. Gente extraña se apoderó de muchos naranjales. Negocios de toda índole comenzaron a establecerse; pero lo malo, lo catastrófico, cantinas y centros de vicio en profusión.

El padre Jesús, que nunca experimentó el desaliento ante los obstáculos que hubo de vencer para sacar a San Hipólito de la miseria y del aislamiento, y ofrecerle a la patria un pequeño obsequio, ahora se siente vencido.

Por desgracia no pudo prever que junto con la riqueza entraría en la región la inmoralidad y el fango. Esta pena lo tiene consumido, es casi un anciano.

Injustamente se atormenta apropiándose la culpa. Sus hijitos le rehuyen porque saben que él reprueba su conducta. Esto lo hiere, pero los disculpa: ellos son buenos, es el mal que los ha atrapado.

Un grito estridente de ebrio lo hace estremecer. Por fin la estatua llega a cobrar vida; su cabeza se mueve levemente para fijar sus ojos en otro lugar. ¡Ah, es Juanillo, aquel Juanillo ágil y pizpireto que camina zigzagueando y lleva entre sus brazos a una mujer de las de la carpa obscena que se instaló días antes.

Escucha voces y carcajadas de mujeres jóvenes; Modesta, la niña flacucha pero alegre como canto de ruiseñor, ahora en plena juventud, pasa en compañía de unas desconocidas, y como ellas se contonea insinuante, lleva el vestido corto y la cara pintarrajeada.

Las facciones del padre Jesús se contraen dolorosamente, copiosas lágrimas corren por sus ajadas mejillas.

Con lentitud se levanta del viejo sillón y cae de hinojos en el reclinatorio que muestra ahondadas las huellas de sus rodillas; fija los ojos en el Santo Cristo de la cabecera y desde el fondo de su corazón brota una muda plegaria:

—Cuánta verdad es, Señor, que la criatura humana es mudable como blanda arcilla; el bien y el mal en continua lucha forman y deforman su espíritu.

'Estos, mis hijitos, eran sencilllos y buenos; yo me obstiné en sustraerlos de la pobreza, porque iluso imaginé que alabarían tu gracia y pregonarían tus favores.

'Quise mejorar sus medios para que su espíritu estuviera libre a tu alabanza y se han dejado asaltar por el brillo ilusorio de la riqueza.

'Mas te aseguro, Señor, que los efectos mundanos no han emponzoñado sus almas; no están asidos a su corazón, sólo cubren superficialmente sus sentidos; como disfrazó la piel de cabrito las manos de Jacob que disputara a Esaú la bendición de su padre, caerán pronto como cosa postiza.

'Ampáralos, Señor. Ellos volverán a su natural sencillez para alabar tus mercedes y pregonar gozosos tu misericordia. ¡Bendito seas!'

LUCHA DE IMAGENES

El hombre sepultó la cara entre las sábanas. En el apartamento vecino empezaba el ir y venir de la escoba, pasos, gritos infantiles y él estaba agotado. Le dolían las horas de insomnio. Se había dormido a medianoche: pero una hora después estaba despierto por culpa de esa pesadilla extraña, descabellada, como de loco.

Sabía que una cena abundante es capaz de provocar fantasías angustiosas o terroríficas mientras se duerme, pero justamente la noche anterior se acostó sin alimento. Cuando iba rumbo al café de Chong encontró a Mario Canales. "¡Qué alegría de verte, viejo, han pasado tantos años! ¡Desde que trabajamos en la Secretaría de Hacienda! ¿Recuerdas? Ahora vienes conmigo, tengo mi carro a la vuelta; tendrás agradables encuentros, voy a la cena que cada año, desde hace nueve, nos reúne a la generación del 55. Sólo nos has faltado tú. . ."

Si en ese momento hubiera rehusado. . .

Vea su entrada en el restorán de lujo, tomado del brazo por Mario. ¡Qué algarabía se suscitó alrededor!

“¡Miren a quién he traído!” “¡Pero hombre, qué sorpresa!” “¡Muchachos, es Julio Torres!”

La emoción lo embargó hasta conmovirlo. Ahí estaba Ricardo Romero, el alegre Ricardo del repertorio de anécdotas siempre a flor de labio. Rodolfo Sierra, su cuate en la preparatoria; en los exámenes se soplaban mutuamente. Enrique Vélez, campeón de fútbol del grupo. Roberto Gómez, concuño por un tiempo; fueron novios de dos hermanas. Carlos y Alfonso Martínez, el Flaco Ramos, Agustín, Tato...

Con alegría los abrazó a todos. Buen rato se prolongaron los saludos efusivos, las palmadas amistosas. “Brindemos por el gusto de verte!”, dijo una voz. “Porque no desaparezcas de nuevo!”, dijo otra.

Alguien puso una copa en su mano. La llevaba a los labios cuando Mario le susurró al oído: “Tu cubierto va por mi cuenta, eres mi invitado.”

Tanta euforia le había levantado los pies del suelo; de golpe volvió a bajarlos. ¡Claro! ¿Con qué iba a pagar el costo, indudablemente elevado, de convivir mantel de por medio, con aquellos excondiscípulos egoístas, fanfarrones y desconsiderados que jamás se habían preocupado de su paradero?

Alguien pintó a la suerte como una serpiente que arroja dinero y joyas por el hocico; a él sólo le habían tocado los colazos.

Tenía que ser Mario el que saliera en su ayuda. Mario el amigable, el cordial, a quien ya tiempo atrás tuvo que agradecerle un rasgo de amistad que no soli-

citó: conseguir, por medio de un pariente influyente, trabajo para ambos en la Secretaría de Hacienda.

Mientras recordaba todo esto en el restorán, apuró el coñac. Cuando bajó la copa, el sentimiento de complacencia se había esfumado. Los vio a todos alegres, impecablemente vestidos. La prosperidad les brillaba en los ojos, en la boca, en las manos.

Los identificó uno a uno: industriales, profesionistas, famosos políticos; y se identificó a sí mismo: encargado de registrar entradas y salidas de artículos para el hogar en una pequeña bodega, con la obligación de cobrar personalmente, casa por casa, los documentos a su vencimiento. Claro que este recorrido no lo hacía en un cómodo automóvil, como sus amigos acostumbraban trasladarse por la ciudad, sino en camiones o en el metro, lo que le pareciera más conveniente.

A las seis seguía despierto, ¡maldita pesadilla! . . . Menos mal que por ser domingo podría reponer el sueño más tarde.

Un apetitoso olor a chorizo y frijoles se coló por las paredes, por la puerta, por el techo. . . ¡el almuerzo de los de al lado! sintió hambre. . . ¡maldito chorizo y maldita pesadilla que volvió a danzarle enfrente!

Claro que sí, como lo mencionó Canales, fue en otro tiempo compañero suyo en la Secretaría de Hacienda. Ambos entraron el mismo día con igual puesto y con el mismo sueldo. El desempeñó sus labores con ejemplar eficacia, evitaba conversar con los vecinos de escritorio para no perder tiempo; Mario, en cambio,

ocupaba dos horas en su trabajo y el resto en deambular por otras oficinas y luego venía con cuentos como éste: “¿Recuerdas al licenciado Gálvez, al que le sacas la vuelta porque te parece pedante?, lo encontré en el pasillo y me detuve a saludarlo; en eso pasó el Oficial Mayor, me tomó por amigo del licenciado y a los dos nos invitó a tomar café a su oficina. Vengo de ahí. . .” ¡Era un descarado lambiscón! El caso es que empezó a ascender hasta llegar a Jefe de Departamento. La única vez que puso los pies en el privado de Mario, confirmó el refrán que dice que el poder y el dinero hacen del amigo encomendero. “Señor Canales, haga el favor de firmar”, ni siquiera advirtió el tono irónico de su voz al decirle “Señor Canales”. Tomó el legajo y sin alzar la vista le había espetado: “Estas constancias procura tenerlas listas cada día último, es mejor.” El se sintió tan herido, que en ese momento puso su renuncia.

Imaginaba que no sería difícil que en la próxima reunión de sus dizque amigos, Mario comentara en voz alta: “¿Saben?, en una ocasión divisé a Julio Torres comiendo tacos en una acera de San Juan de Letrán; por eso la vez pasada lo traje. Que una vez en su vida disfrutara una cena como nosotros.”

“Pobre Julio, tan imbécil”, agregaría Roberto Gómez, “cuando fui subgerente en el Banco de Crédito para Asuntos del Exterior, se presentó ahí un delicado problema contable. Recordé que en asuntos de contabilidad Julio había sido una bala, pude localizarlo y le comuniqué que el gerente necesitaba un experto que

desentrañara cierto embrollo; le dí mi tarjeta y le sugerí que se presentara en mi nombre, pues hasta era probable que ingresara a formar parte del equipo del departamento. Bueno, pues ni se presentó en el banco ni yo había vuelto a saber de él hasta la noche que lo traje Mario.”

“Pero si Roberto pensara de ese modo estaría en un error; las cosas sucedieron así: Fui puntualmente al banco, estaban en la antesala dos personas que perseguían el mismo objetivo. Al darme cuenta que ambos iban recomendados por altos funcionarios de muy importantes dependencias, tuve que comprender que cualquiera de aquellos sería el elegido y mejor me marché, aunque supe después que ninguno de los dos dio la medida, pero ni modo, lo cierto es que no me tocaba esa oportunidad.”

El recuerdo de la pesadilla lo atormentaba, aunque ésta no empezó mal: el cuchitril que habitaba, en su sueño era un palacete.

Desesperado se levantó para encender un cigarrillo. Paseó la vista en torno suyo. ¡Soñar que este cuarto arrinconado, oscuro y húmedo era una residencia con candiles, alfombras, cuadros en las paredes y un gran espejo en donde él se reflejaba de cuerpo entero! ¡Qué bien lucía. . .! Cuando eran amigos él y Mario, éste solía decirle: “Arroja esa timidez, enderézate, hombre, llénate de ambiciones, camina como si desafiaras a la vida.” Dentro del espejo era así precisamente su figura: erguida, firme, arrogante. ¡Y luego su elegancia. . .! El traje que lo cubría era igual al de Mario

Canales, quizá de casimir inglés; el nudo de la corbata cuidadosamente logrado. ¡Qué naturalidad para guardar en el bolsillo interior del saco su carteral abultada como las tortas de cinco pesos que se da el lujo de comer los domingos.

Con gallardía había bajado por aquella escalera majestuosa, abierta en dos alas, como las de los palacios franceses. Atravesó la estancia amueblada y salió. Afuera lo esperaba un Cadillac.

Hasta aquí los acontecimientos se desenvolvían con lógica dentro de lo ilógico de su fantasía, pero la calle estaba en completa oscuridad y es de suponer que una casa como aquella estuviera situada en colonia de primera. Cuando se acercó al automóvil tuvo la sensación de que alguien estaba a su espalda. Antes de que pudiera dar vuelta, ese alguien lo atacó. Más por la sorpresa que por la fuerza del golpe, estuvo a punto de caer; pero se rehizo y asestó un puñetazo en el pecho del agresor. Cuando supo que éste había caído, una furia incontenible corrió por sus arterias. Puntapié tras puntapié hicieron impacto en el hombre que lanzaba sordos quejidos. ¡Marica. . . ! ¡Cobarde. . . !, nada hacía por defenderse, sólo se enrollaba como culebra. A él le hervía la sangre y una tenaza aprisionaba su entendimiento. Se arrojó sobre su víctima y las manos, como horquillas flexibles, se ajustaban brutalmente en el cuello largo y huesudo. Soltó la tráquea descoyuntada para enterrar uñas y dedos hasta sentirlos mojados.

Quería ver contorsionarse aquel rostro si un hálito de vida lo animara aún, pero frente a una luz. Abrió

su automóvil, encendió los faros y arrastró el fardo humano bajo los fanales. . . . Un instante de verlo le bastó para querer huir y sentirse atrapado. Fue entonces cuando su propio grito desarticulado lo despertó y mucho rato después creía ser víctima de aquella visión inconcebible. Miraba en el suelo unos zapatos toscos y un traje barato que le pertenecían. La cara ensangrentada, con los ojos abiertos a la nada, era su propia cara. Sí, aquella piltrafa, aquella cosa inservible, era él, él mismo en persona.

El cigarro empezaba a quemarle los dedos, lo aplastó en el cenicero y optó por vestirse para ir a desayunar.

DE CACERIA

Cuando salimos de la funeraria, Socorrito me dijo:

—Josefina, estuve pensando en un grave problema que tengo y creo haber dado en el clavo para resolverlo.

La miré extrañada. ¿A qué problema y a qué clavo se referiría?

—Si resulta, usted será la primera en saberlo— me dijo sonriendo.

Socorrito me renta la parte alta de su casa, en donde vivo con mi familia.

Desde hacía tres semanas se mostraba nerviosa. Lo del casamiento de Laura su amiga la puso violenta, malhumorada, intolerante. Ya ni siquiera les permitía a mis hijos jugar en el patio. A veces, sin embargo, me confiaba su preocupación.

—Imagínese, Josefina, cuando se estableció la empresa “La Poderosa”, hace veinte años, diez muchachas ocupamos puestos de secretarias. Todas éramos solteras. Una por una se fueron casando y sólo quedamos Laura y yo. Creo que ni a ella ni a mí nos ha preocupado esta situación, acostumbradas a la rutina

del trabajo. Yo, con la ilusión del viaje a Europa, ese que le conté, pienso nomás en aumentar mis ahorros; pero ahora estoy preocupada; imagínese, a Laura le salió novio formal, nada envidiable por cierto, viejo y achacoso. Lo que no tolero es la puya que me lanzó en la oficina delante de todos: "Ahora sí Socorro, serás la solterona del grupo para toda la vida", y tuvo la crueldad de añadir: "Lo digo porque eres la mayor de las diez." ¡Qué majadería! ¿No le parece? ¡Estoy desesperada, desesperada de veras!

Traté de darle ánimo, le dije que no se preocupara, que el matrimonio trae problemas y muchas quisieran deshacerlo a los pocos días. Le referí dificultades frecuentes con mi marido; lo que cuestan los hijos y, cuando menos esperaba, cortó mis bien intencionados argumentos para pedir que la dejara sola.

Pobre muchacha, pensé, ¡si toma las cosas así!, ¡qué dieran otras por estar en su situación! Ella trabaja solamente para tener medios de realizar un viaje. Según dice, cuando pequeña, al hojear *El Mundo Ilustrado*, una revista que guardaba su madre, le nació el deseo de conocer la Calle de Alcalá y los Campos Elíseos, y aún cultiva ese anhelo.

Sus padres, al morir, la dejaron dueña de esta casa. Con ayuda de Pensiones construyó una segunda planta, la cual ocupo con mi familia. La renta que pagamos es suficiente para sus gastos.

Tres semanas después de saber lo del noviazgo de Laura, murió el gerente de la negociación donde trabajaba Socorrito y la acompañé al velorio.

Con dificultad logramos entrar a la capilla ardiente. Socorrito se metió entre los visitantes y buen rato la perdí de vista. Cuando salimos me dijo aquello de que creía haber dado en el clavo.

Desde ese día el ánimo de Socorrito cambió. Mis hijos volvieron a jugar en el patio y conmigo fue la de antes, amigable y bromista. Sólo una cosa me intrigaba, contra su costumbre comenzó a salir por las tardes y a regresar ya entrada la noche.

Una madrugada, serían las seis, oí un portazo en la entrada. Rápidamente bajé y mi sorpresa no tuvo límites al ver que Socorrito iba llegando de la calle. Advirtió mi perplejidad y vino a echarme los brazos al cuello.

—¡Dí en el blanco, Josefina! ¡ahora no fallé en la puntería!

¿Se habrá vuelto loca?, pensé. Quise volver a mi cuarto pero me sentó en su cama.

—Espere, no imagine cosas que no son. Voy a explicarle: ¿recuerda el velorio de mi jefe? Mientras la dejé fui a pasear por las otras capillas. Me agradó la presencia de caballeros en todas partes. Traía muy fresco lo de Laura y me dije: "Socorro, este terreno es digno de ser explorado." Cuando regresamos de allá, pasé muchas horas en vela formulando el plan. Confeccioné frases adecuadas, la madrugada me sorprendió frente al espejo en el ensayo final de actitudes y gestos. A partir de esa tarde, dos o tres veces por semana, con el indispensable vestido negro, he marchado a

Gayosso de cacería. En salas pequeñas, donde la concurrencia no manifestaba holgura económica, entraba de pasadita; las otras salas y los vestíbulos fueron elegidos como campo de acción. ¡Era maravilloso que en esas tertulias a nadie se le negara el acceso!

El primer paso fue tomar nota del directorio en la entrada. El segundo, situarme en lugar estratégico para observar, más que las dotes físicas de los varones, la posibilidad de abordarlos.

Mientras apuntaba la mira con precisión rezaba un Padre Nuestro en desagravio a los difuntos presentes, por si pudieran interpretar que los tomaba como alcahuetes. Bien sabía Dios que lo que yo pretendía era un matrimonio consagrado por las dos leyes. Una vez que tenía el blanco enfocado, me acercaba para musitar frases de circunstancia: "¡Qué tragedia! ¿verdad? ¿es usted pariente del extinto?" Si la respuesta era "No", mi cara acentuaba una expresión digna de figurar en el Martirologio y fluían lamentaciones por la pérdida de quien para mí fue familiar idolatrado.

Socorrito, al contarme todo esto, reía a más no poder mientras mi asombro iba en aumento.

— No crea, Josefina, pasé muchas desilusiones. El proyecto de iniciar así una amistad quedaba trunco después de unas palabras de condolencia. Tenía que cambiar de sala o ir a otra planta del edificio. Pasado mes y medio no lograba cobrar pieza. Estaba desesperada, ni se imagina a qué grado, cuando ¡ay nomás! que anoche entre los asistentes a un velorio, escuché vida y milagros del millonario tieso dentro del regio

ataúd. Las visitas abandonaban poco a poco el local y muchos asientos quedaron disponibles. Ya despejado el espacio, divisé a un joven en el ángulo menos visible del salón. Apoyaba los codos sobre las rodillas y con ambas manos se cubría la cara. Eché a volar la imaginación en consideraciones: ¡cuántas noches de angustia a la cabecera del enfermo! ¡qué dolor ante la pérdida del ser querido! No lo perdí de vista. Consulté mi libreta: capilla doscientos cinco, José Pacheco. Cuando alguien desalojó el sillón vecino fui a ocuparlo con la parsimonia ensayada. El hombre estuvo inmóvil por más de media hora. Se agotaba mi paciencia. Dio la vuelta para cambiar de posición y disparé el primer tiro. “¡Qué desgracia! ¡hombres como Pepe no deberían morir!” Mi voz tan cercana lo hizo enderezarse. ¡Qué portento, Josefina, por poco me desmayo!

Su hablar sin descanso había despertado mi curiosidad.

—Siga, Socorrito, ¿qué pasó después?

—Como iba diciendo, levantó la cabeza. Tan sólo dijo: “Si, claro”. —Recordé entonces la información acerca del muerto y proseguí: —Tantas fábricas y almacenes quedarán ahora sin su dirección—. No obtuve respuesta. —¿Es usted de su familia, verdad?

Parecía contrariado cuando contestó:

—¿Qué dice?, no la escuché.

—Entonces, ¿amigo muy querido de Pepe?

— Bueno, sí, nos estimábamos bastante — contestó en medio de un bostezo que más bien pudo ser un sollozo.

— Para mí fue como un hermano. Un hermano muy querido —. Suspiré. — Nunca me consolaré por su ausencia —. El pañuelo pasaba y repasaba mi nariz con delicadeza.

Ambos guardamos silencio. “Se estimaban bastante”, pensaba yo. “Este me conviene. ¡Amigo de ese ricachón que Dios haya perdonado. Debe ser del círculo social del difunto.”

Cuando ví que mi presa cruzaba una pierna, se removía y apoyaba un brazo en el respaldo del confidente, dispuesto a darme la espalda, lancé un segundo tiro:

— Qué barbaridad, se ha hecho tarde y ya no podré marcharme! No es correcto que una señorita vaya por la calle a deshoras. ¡Ay Pepe, como te voy a extrañar!, imagínese, mi padre y él eran muy buenos amigos. Cuando mi padre compró la casa que me heredó y en la cual vivo, Pepe le ayudó a escogerla.

Luego ví mi reloj:

— ¡Las cinco de la mañana! Tendré que esperar a que amanezca, es peligroso que me vaya sola.

Lentamente volvió el cuerpo:

— Por supuesto, señorita, ir por la calle a deshoras tiene su peligro.

Desde ese momento platicamos de todo, Josefina, hasta de usted.

— ¿De mí?, ¿cómo estuvo eso, Socorrito?

— Bueno, cuando acordé le dije que era sola en el mundo. Queriendo evitar sospechas acerca de mi reputación, le referí lo del piso agregado a mi casa, herencia de mis padres, para alquilarlo a una persona honorable. Esa persona es usted, que me hace compañía. Ahora ya sabe, pasé la noche en lugar digno de respeto y ni siquiera vine sola hasta aquí. Me trajo Poncho. ¡Qué hombre, Josefina, no llega a los treinta y cinco y es guapísimo! ¡La cara que pondrá Laura!

Cuando los veía juntos me preguntaba: ¿Qué le verá este muchacho a Socorrito? Tan bien parecido, rico y con buenas relaciones. . . Yo estaba cada día más intrigada, sobre todo cuando me aseguró que eran novios e iban a casarse.

— ¿Y dónde van a vivir? — le pregunté.

— Por lo pronto aquí. De eso ni hemos hablado; pero a Poncho le encantó este rumbo.

Socorrito apresuró los preparativos de la boda. Se casaron hace dos semanas. Como le tengo aprecio he estado haciendo investigaciones; ahora sé que Poncho realiza un viaje de bodas jamás imaginado, paseando por la Calle de Alcalá y los Campos Elíseos; pero sobre todo, no volverá a verse urgido de pasar las noches de funeraria en funeraria, único sitio en donde cómodamente, sobre confortables de piel y con clima artificial, puede dormirse gratis.

¡¡¡Ah!!! Y he sabido también que la pobre Laura está enferma de gravedad, de pura envidia.

SIGNIFICADO: TRAICION

Unos pasos ligeros y pequeños hicieron que Clara se sintiera incómoda. No necesitaba volverse para saber que detrás se encontraba Belinda, la hija del portero. Fingió no darse cuenta; sabía que los ojos de la criatura, grises e inexpresivos, se clavaban en ella como si midiera las proporciones de su espalda. Absurdo, pero este juego inocente la irritaba impidiéndole seguir su trabajo.

— ¡Chamaca del demonio! — pensó — ¡Que vaya a molestar al del escritorio vecino!

Mas la espera se prolongaba. Clara hizo a un lado el cuaderno de taquigrafía, no pudo traducir más; tiró el lápiz, lo levantó; deshizo un expediente, abrió un cajón del escritorio y al cerrarlo, se lastimó los dedos. Sabía lo que perseguía Belinda y le indignaba.

De pronto dos rápidos pasitos y la palma de la pequeña mano se estampó en su espalda mientras decía:

— ¡Es una arañota que te va a comer, Clara!

Clara reaccionaba como siempre, poniéndose tensa; luego la niña pasaba de largo e iba a tirar el lapicero del escritorio vecino.

Las travesuras a los demás empleados eran de otra índole; jamás los tocaba, sólo hacía caer al suelo o guardaba en la bolsa de su delantal útiles de trabajo o sustraía documentos que era habitual encontrar después en los depósitos de la basura.

La actitud severa de Clara sorprendía a los demás.

—Si a usted sólo le acaricia la espalda; es inquieta como todos los niños.

—A uno que a otro compañero recién llegado le incomodó este juego, así como a usted; pero pronto le tomaron afecto a la niña y dejó de repetirlo.

Se extendían en estos comentarios que Clara venía escuchando a partir de que iniciara sus labores en la Fábrica de Hilados y Tejidos “La Marsellesa”, dos semanas antes.

Y ellos tenían razón, pensaba, eran juegos inocentes; pero la referencia a las arañas siempre le producía una sensación incontenible de rechazo.

Sabía por su madre que, cuando era pequeñita, la nana se divertía y creía divertirla a ella con el juego tan común de simular con la mano crispada en alto, una araña que baja paulatinamente sobre el cuerpecito de la criatura que mira y escucha indefensa: “Aquí va la araña... aquí va la araña... aquí va la araña...” La tal amenaza le produce al inocente una gran ansiedad, hasta que la mano-araña, al tocarlo, lo sacude y le provoca risa y llanto; risa por las cosquillas y llanto por el pavor.

La nana fue severamente reprendida y a Clara, co-

mo consecuencia, le había quedado para siempre el profundo terror a las arañas.

Ya mayorcita, lloraba espantada a la vista de las arañas zanconas, esas a quienes nadie teme, esas arañas de cuerpos minúsculos rodeadas de ocho patas largas que suben parsimoniosas por las paredes.

¡Ah. . . ! ¡y la mujer araña. . . ! Sí, la araña que fue mujer y se convirtió en araña por desobedecer a sus padres. . . La presentaron en una carpa de variedades a donde la llevó su madrina. La cara de la araña gigante era de mujer joven y bonita, de tamaño natural como la de su madrina; pero alrededor de su cuello salían ocho patas peludas. La cara hablaba y movía los ojos.

Tan sólo verla le provocó un desmayo profundo y prolongado que obligó al empresario del espectáculo a solicitar el auxilio de algún médico que se encontrara entre el público. Permaneció enferma varios días, tuvo fiebre, pesadillas, visiones que le provocaban gritos de espanto.

Y ahora esta rapaza, simulando que las arañas a quienes tanto teme, le suben por la espalda.

Siempre había tratado de sobreponerse a esta absurda fobia; pero a pesar de su voluntad y raciocinio, no lo consiguió.

Todavía hace unos meses sufrió el martirio de un sueño desquiciante: tranquilamente paseaba por un sendero bordeado de árboles, tapizado de pasto y flores. Ella cantaba mirando hacia el azul del cielo. Sin-

tió deseo de cortar unas flores para adornar su pelo y al inclinarse para hacerlo, apareció una tarántula del tamaño de su mano que atravesaba el camino impidiéndole dar un paso más. Su madre, alarmada por el grito desarticulado en medio de la noche, la despertó y estuvo con ella hasta que, ya de amanecida, fue hora de levantarse.

Cuando la madre la dejó, Clara, excitada, fue a consultar su libro "El Significado de los Sueños" y lo encontró: "Soñar una tarántula significa traición de quien amas." Bueno, ella a nadie amaba.

Mes y medio atrás, cuando aún trabajaba en "La Moderna", la sorprendió su jefe con una noticia espléndida:

— Clara, me ofrecieron la Gerencia de "La Marsellesa". ¡Imagínese...!

— ¡Oh, Jefe, lo felicito. Eso es grandioso, magnífico, sensacional! "La Marsellesa", la fábrica de Hilados y Tejidos más importante del país. ¿Y qué ha decidido?

— Pues como comprenderá, no he titubeado en aceptar. Dentro de un mes estaremos usted y yo instalados en "La Marsellesa".

— ¿También yo, ingeniero?

— ¡Pero Clara! ¿No ha sido siempre mi secretaria particular? Quince años hace que trabajamos juntos; pues bien, pensando en la tarea que nos espera, superior con creces a la que desempeñamos aquí en "La Moderna" he resuelto tomar unas vacaciones con mi

familia durante tres semanas. Iremos seguramente a alguna playa. Usted tómese este mes y disfrútelo como quiera. Cuando yo tome posesión de mi puesto en "La Marsellesa", la llamaré para que se ponga al frente de la oficina.

Diariamente, al entrar en la fábrica, Clara experimentaba la misma sensación de repudio al lugar, de cuando el chofer del taxi le indicó amablemente aquella pared larga y alta como muralla de presidio:

— Hemos llegado, señorita.

Bajó del taxi para reunirse con su Jefe que había aceptado la gerencia de tan importante factoría y que por fin le había llamado para que se presentara en esa dirección.

Clara se dirigió a la conserjería.

— Tengo cita con el gerente, ¿puede indicarme cuál es su despacho?

— La tercera puerta a la derecha.

En el lugar indicado el hombre que la recibió era mayor que su jefe.

— Perdón, tengo cita con el Gerente.

— El Gerente Administrativo soy yo. ¿Es usted la señorita Clara González? La estábamos esperando. Su escritorio está listo en la oficina contigua.

— ¡Oh, no! Mi cita es con el Ingeniero Antonio Ruiz Cárdenas.

— ¡Ah, señorita! él es el Gerente General; sus oficinas están en el edificio recién construido. Puede llegar por el pasillo que está a la entrada de este edificio,

a la derecha. Tengo entendido que hoy sale en viaje de trabajo, ojalá aún lo encuentre.

Clara siguió las instrucciones. Al final del pasillo encontró la entrada principal del nuevo edificio y los elevadores. Se detuvo a leer el Directorio: GERENCIA GENERAL, tercer piso.

Se sintió deslumbrada cuando el elevador se detuvo. ¡Qué diferencia! Qué contraste tan halagador! Aquí sobraba luz; los pisos, los techos, las puertas, todo nuevecito, brillante, de materiales modernos, seguramente finos.

Se acercó a una puerta en donde se destacaba una placa negra con aristas y letras doradas: GERENCIA GENERAL.

Con timidez, pero feliz, oprimió el timbre melódico. Un joven abrió la puerta.

—¿Es éste el despacho del Ingeniero Ruiz Cárdenas?

Ante la afirmación del empleado se apresuró a decir:

—¿Sería tan amable de comunicarle que estoy aquí? Soy Clara González, él me espera.

—Señorita González, el señor Gerente General salió de viaje.

—¿Dejaría algún recado para mí? El me llamó. Soy su secretaria particular.

—No, señorita, ningún recado.

—¿Cuándo regresará? —preguntó Clara con desaliento.

— Lo esperamos para el día veinte.

— Dentro de dos semanas. Gracias, me seguiré informando.

Se dirigió al elevador, pensativa. ¡Qué confusión!; realmente no lo entendía. ¿Por qué la esperaban a ella en otro departamento? De pronto se disipó la duda: su jefe fue llamado de urgencia al regresar de sus vacaciones. Inmediatamente se vio obligado a salir de viaje y quiso que ella ingresara cuanto antes, para quedar registrada en la nómina de esta quincena. Eso explicaba el que hubiera ordenado colocarla provisionalmente en la vacante de la Gerencia Administrativa.

Regresó a la antigua construcción y se puso a las órdenes del licenciado Robles.

Le había sido imposible habituarse a la falta de privacidad; ahora trabajaba en una oficina común con otros compañeros. El ambiente sombrío de las actuales oficinas: techos altos, muy altos, sostenidos por toscos maderos; paredes blanqueadas, espesas, macizas, a prueba de milenios, ahuyentaban su entusiasmo.

¡Cómo se le habían hecho lentas las últimas dos semanas! Al final de cada día, ya para salir de la oficina, abría su agenda y, con decisión, con rudeza, con saña, como quien da el tiro de gracia para evitar una resurrección, tachaba la fecha del día que estaba por terminar.

Cuando el ingeniero llamó ella no estaba en casa y su madre recibió la llamada: debía presentarse inmediatamente. Le dejó la dirección exacta.

Ella acudió, pero el viaje precipitado de su jefe había impedido ponerse en contacto.

¡Y hoy por fin era día 20! ¡Cómo habían pasado lentas estas dos semanas! ¡Hoy era día 20 y el jefe estaría ya en su oficina! ¡Hoy es día 20! ¡Se acabaron sus tormentos!

Salió subrepticamente. Recorrió excitada el pasillo de comunicación. Con ánimo de triunfo abordó el elevador. Deliciosa sensación de seguridad la embargaba cuando entró en la Gerencia General. La puerta de la recepción estaba abierta. Con aire ejecutivo se plantó frente a la chica rubia y bonita que contestaba el teléfono. Esta, al oír el saludo de Clara, le preguntó qué deseaba.

— Ver al ingeniero Antonio Ruiz Cárdenas.

Y ante alguna posible traba de las que ella misma se había visto obligada a poner en práctica algunas veces como secretaria, agregó precipitadamente:

— Señorita, él mismo me llamó y me espera—. Como reafirmación vio su reloj—: Me citó para las once y son las once.

— ¿A quién anuncio?

— A Clara González, su secretaria particular.

La recepcionista entró al privado, luego salió y dijo que pasara.

Al entrar, Clara se cruzó con una mujer menos joven que la recepcionista, pero más hermosa y distinguida.

Su jefe, detrás del impresionante escritorio ejecuti-

vo en donde no faltaba detalle alguno, se puso en pie y le señaló un sillón para que tomara asiento.

—Siéntese, Clara. Sé que ha preguntado por mí; pero apenas tomé posesión de mi cargo, tuve que salir. Regresé anoche.

Clara, sonriente, no hablaba, sólo miraba extasiada a su Jefe. Su felicidad, su satisfacción, estaban implícitas en esa sonrisa. El merecía eso y más. Le apasionaba verlo encuadrado en este ambiente de alta categoría, de poder, de señorío; sólo le extrañaba que con ella usara una actitud tan mesurada y parca.

—¿Cómo la han tratado en la Gerencia Administrativa?

Clara seguía sonriente al contestar:

—Bien, jefe; pero lo extraño a usted. Dígame, ahora que ha regresado ¿puedo tomar mi puesto aquí en la Gerencia General como habíamos quedado?

Ruiz Cárdenas se puso serio. Guardó silencio unos segundos; luego, sin mirarle a la cara, contestó con lentitud:

—Clara, las cosas no resultaron como las deseábamos; al llegar me encontré con la novedad de que mi personal había sido nombrado. La señorita que acaba de salir es mi secretaria particular.

—¿Ni siquiera lo consultaron?

—Así son las cosas aquí y no puedo hacer nada al respecto; pero ya ve que tuve presente su necesidad. Hablé con el licenciado Robles, Gerente Administrati-

vo, para que le asegurara una plaza. Espero que esté contenta.

Ruiz Cárdenas cambió el tono de voz al ponerse de pie.

— Ahora, si me perdona, tengo una junta con los miembros del Consejo para informarles de los resultados de mi viaje.

Clara estaba emocionalmente bloqueada. La facultad de hablar, en suspenso. Luego supo que iba a llorar y eso no lo haría delante del ingeniero.

Salió precipitadamente del privado sin una explicación. En ese momento sintió que la mano de Belinda se estampaba en su espalda.

Corrió y corrió lanzándose escaleras abajo; mientras, la mano aumentaba en peso y en tamaño.

Clara quiso arrancarse los dedos que le oprimían los costados y los sintió peludos y vigorosos.

El recorrido por el pasillo fue difícil. Aquello que formaba ya parte de su ser físico, la agobiaba.

Los tentáculos le oprimían los senos y un tentáculo pasaba entre sus piernas y le presionaba el sexo dolorosamente.

Gruñidos grumosos salían de la garganta de Clara.

Sosteniéndose por las paredes entró al tocador. En el espejo vio que la cabeza del monstruo se asomaba ya sobre su propia cabeza.

Los ojos eran malignos, enormes, grises, de un gris desteñido como la niebla: los ojos de Belinda.

La boca del arácnido había rodeado su cabeza. Una visera le obscureció la conciencia. Masa gelatinosa descendía por su frente.

Encontraron a Clara caída sobre el lavabo. Desde ese día su vista ha quedado perdida en ninguna parte.

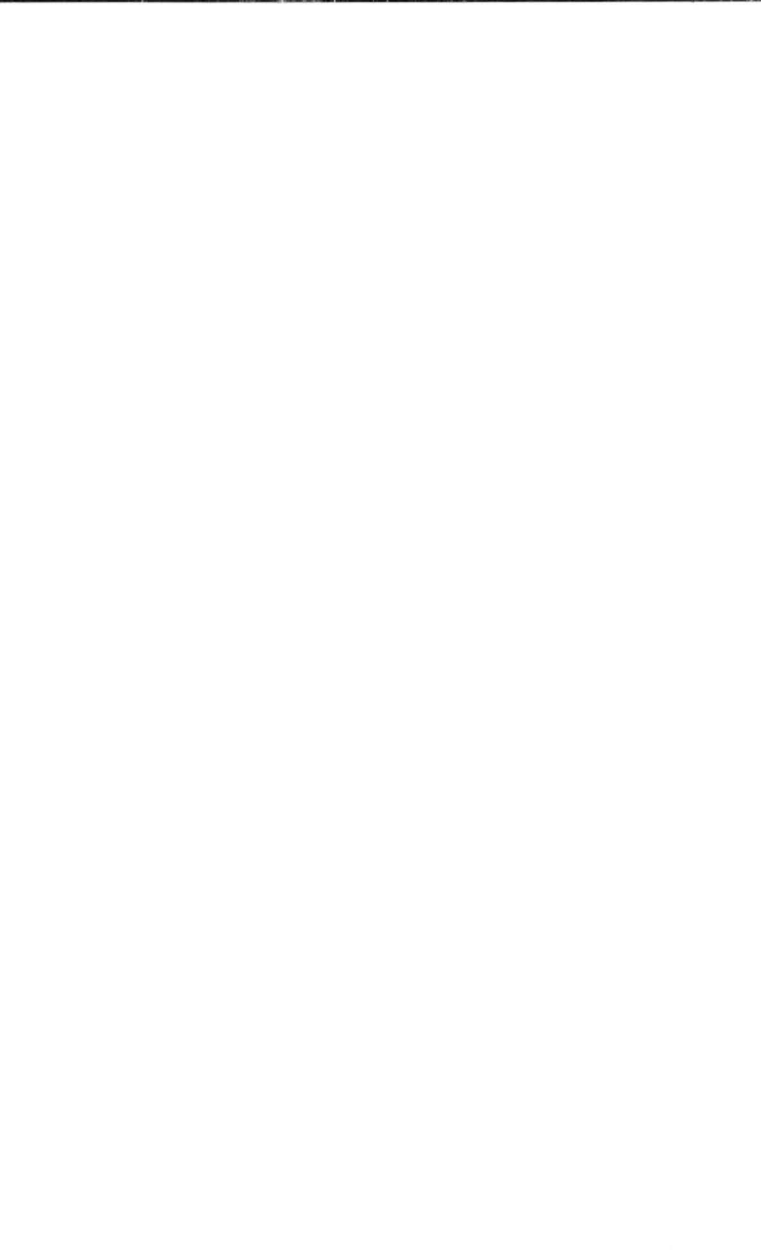
En sus balbuceos algunos creen entenderle: “¡Era verdad...! ¡Era verdad...! ¡Significaba traición...! ¡Sí... sí... significaba traición...! ¡Traición...!”

INDICE

	PAG.
María Esther Ortuño de Aguiñaga	5
Fin de la zozobra	7
El diálogo	12
Pasos de amor y muerte	15
La infinita tarea	17
Las voces roncadas	21
Requiem	25
Platillos a la carta	29
El aniversario de Lina	32
Inventario perpetuo	39
El paréntesis	49
A modo de juramento	57
El entierro	65
El santo y la feria	69
El fugitivo	75
La tragedia del campo	85

La noria	97
La locura de Chabela	106
Mi vestido azul añil	117
¡Perdónalos, Señor!	131
Lucha de imágenes	140
De cacería	147
Significado: Traición	154

El Sr. Lic. Alfonso Lastras
Ramírez, Rector de la Uni-
versidad Autónoma de San
Luis Potosí, dispuso la im-
presión de este libro en los
Talleres Gráficos de la Edi-
torial Universitaria Potosina.
La edición estuvo al cuidado
de Jesús Medina Romero y
José de Jesús Rivera Espinosa,
fue concluida el 10 de no-
viembre de 1993 y consta de
3,000 ejemplares.



COLECCION CACTVS

BREVES ANTOLOGIAS DE ESCRITORES POTOSINOS

Director:

JESUS MEDINA ROMERO

Textos publicados:

- 1 JESUS SILVA HERZOG
- 2 JOAQUIN ANTONIO PEÑALOSA
- 3 MIGUEL ALVAREZ ACOSTA
- 4 JUANA MELENDEZ DE ESPINOSA
- 5 EFREN C. DEL POZO
- 6 RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA
- 7 FRANCISCO PADRON PUYOU
- 8 JESUS MEDINA ROMERO
- 9 FRANCISCO DE LA MAZA
- 10 JOSE ROSAS CANSINO
- 11 MARIA ESTHER ORTUÑO DE AGUIÑAGA

De próxima publicación:

- 12 MANUEL LARA HERNANDEZ

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

